



¡ALÇA LA VOZ, PREGONERO!

HOMENAJE A

DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL

Organizado por la
Corporación de
antiguos alumnos de la
Institución
Libre de Enseñanza

publicado con la
cooperación de la
Cátedra-Seminario
Menéndez Pidal,
Universidad de Madrid

J.L.G. 1.682

¡Alça la voz, pregonero!
porque a quien su muerte duele
la memoria le consuele

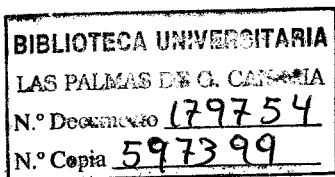


¡ALÇA LA VOZ, PREGONERO!



HOMENAJE A

DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL



S-2

Organizado por la
Corporación de
antiguos alumnos de la
Institución
Libre de Enseñanza

publicado con la
cooperación de la
Cátedra-Seminario
Menéndez Pidal,
Universidad de Madrid

© Cátedra-Seminario Menéndez Pidal.

Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre
de Enseñanza, 1979.

Depósito Legal: M. 18475 - 1979.

ISBN 84-600-1429-0.

Impreso en España. Printed in Spain.

Gr. Cóndor, S. A., Sánchez Pacheco, 81, Madrid, 1979. — 5045.

La Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza ideó este homenaje a don Ramón Menéndez Pidal en noviembre-diciembre de 1978, con motivo de cumplirse diez años de su muerte.

Se pensó después, que valía la pena conservar un testimonio del homenaje, que reflejara, en lo posible, el entrañable interés y el cariño que mostraron las personas que colaboraron en él. A este propósito obedece la presente publicación, realizada conjuntamente por el Seminario Menéndez-Pidal y la Corporación de Antiguos Alumnos de la Institución Libre de Enseñanza.



Palabras de introducción al homenaje

MANUEL VARELA UÑA

Presidente de la Corporación de
Antiguos Alumnos de la
Institución Libre de Enseñanza

Es la de hoy una reunión particularmente grata y emotiva para nosotros. Entre otras razones a las que luego quiero referirme, porque supone un testimonio importante de que algo queda vivo de aquello que esta Corporación tiene la vocación y el compromiso de lograr mantener.

Este testimonio se debe a la generosa colaboración de numerosas personas a las que quiero dar ahora las gracias. Todas han concurrido a esta convocatoria primera y fundamentalmente para recordar y honrar a Don Ramón, pero haciéndolo en el marco de esta Corporación claro es que también honran y ayudan a ésta, lo cual agradecemos muchí-

simo. Deseo que conste la gratitud que debemos a Elvira Ontañón que ha puesto la ilusión y la tenacidad necesarias para hacer posibles la organización y la realización de estas reuniones. Gracias hoy también al Instituto Internacional y a su Directora, Mrs. Conally, que una vez más nos aposentán y nos ofrecen su grata hospitalidad.

Don Dámaso Alonso y Don Rafael Lapesa han querido enriquecer esta celebración con el peso de su singular autoridad, y han aceptado el pronunciar sendas conferencias a pesar de que se las hemos pedido con un margen muy escaso de tiempo. Les agradecemos mucho la benevolencia con que nos han tratado.

Los hijos y el nieto de Don Ramón Menéndez Pidal han hecho posible la recopilación de los recuerdos que componen la exposición que vamos a ver después, han dirigido la organización de estas reuniones y han aceptado participar activamente en ellas. Con ser esto mucho, pienso que lo que más tenemos que agradecer aquí es que ellos hayan querido que sea precisamente en el marco de nuestro grupo donde se celebre esta conmemoración. Creo no hacer interpretaciones demasiado abusivas al pensar que han procedido así porque han preferido que éste sea un homenaje íntimo, y la auténtica intimidad no es fácil más que en la propia casa. Tengo la impresión de que puede haber en esta especie de intimidad doméstica un significativo simbo-

lismo que refleja afinidades muy concretas entre los Menéndez Pidal y la Institución. Me refiero a la importancia que para todos ellos tuvo siempre su casa. Si a algo aspiró la Institución fue a ser «Casa» de los que a ella quisieron acercarse. Y el recuerdo y la figura de Don Ramón son muy difícilmente separables de su casa de Chamartín, en la que hizo y dejó la mayor parte de su magna obra. Sin duda de ahí arranca el que Gonzalo haya sido también un gran trabajador doméstico.

Esta relación de gratitudes sería gravemente injusta e incompleta si en esta ocasión no reiterara yo, muy expresamente, la inapreciable deuda de gratitud que la Institución y todos los ligados a ella, tenemos contraída con «Estudio» y con las personas que lo fundaron y durante tantos años le han dedicado lo mejor de sus afanes y sus capacidades. Durante un tiempo muy largo, y nunca fácil, las personas y las ideas afines a la Institución encontraron en «Estudio» una casa amiga, y la labor de esta escuela es ciertamente la empresa educativa y pedagógica más importante de los últimos años en la línea inaugurada, hace ya más de un siglo, por la Institución. Por ello el que muchos antiguos alumnos de «Estudio» vengan a esta Corporación con la agrupación Orfeo y con el coro Juan del Encina a hacer música, y a cantar y recitar romances es una de las mayores satisfacciones que podemos tener, como también la tendrían los que hicieron renacer

los romances y el romancero, y los primeros que supieron darle cabida en la vida escolar.

Muchas gracias a todos.

* * *

MANUEL PEDREGAL

Presidente de la Fundación
Francisco Giner de los Ríos

No podía faltar hoy, en el homenaje a D. Ramón Menéndez Pidal, que fue amigo de la Institución Libre de Enseñanza, colaborador de la misma y posteriormente Presidente de la Fundación Francisco Giner y de la Institución, que el modesto representante o Presidente hoy día de la Fundación Francisco Giner, dijese unas palabras en nombre de la misma, en este homenaje que tan justamente se dedica a Don Ramón.

Desearíamos recordar y relacionar a D. Ramón con la Institución y contar algo de esa relación, no conocido por todos, y que no creo se pueda encontrar mejor ocasión para mencionarlo.

Desde que D. Ramón vino a Madrid fue colaborador de D. Francisco, de D. Gumersindo de Azcárate y posteriormente del Sr. Cossío. Por esta simpatía envió a su hija Jimena, creo en el año 1908, a la Institución (allí fue mi compañera de clase).

A la muerte de D. Francisco en 1915, se decidió crear la Fundación Francisco Giner de los Ríos para continuar su trabajo, publicar sus obras completas y velar por la Institución. En el escrito de D. Gumersindo proponiendo la Fundación, figura D. Ramón y al crearse la misma, es elegido Patrono en representación de los amigos de la Institución.

Continuamente se interesó por todo cuanto propugnó la Institución y soy testigo que, cuando en los años 1934 y 35 visité la Junta para Ampliación de Estudios y al Sr. Castillejo, siempre encontré a D. Ramón dando facilidades para poder defender las consignaciones de la misma, en relación con los presupuestos (el que estas palabras os dirige fue Secretario de la comisión de Presupuestos del Parlamento).

En los malos tiempos siempre continuó D. Ramón con sus ideas y en el año 1962, muertos varios miembros de la Fundación Giner, se pensó en reorganizarla, firmando el Acta de nombramiento de nuevos Patronos, D. Ramón, D. Manuel Varela Radío, D. Bernardo Gíner y D.^a Natalia Cossío. D. Ramón fue nombrado Presidente y en todo momento actuó con gran dignidad, pidiendo con su firma la devolución de las propiedades de la Fundación (esta carta se encuentra en nuestro poder).

Hace diez años que murió D. Ramón; todos sentimos su muerte y su falta en la Fundación-Institución, pero nos ha dejado a su hijo Gonzalo, que es

miembro de la Fundación Francisco Giner, y a Jimena, que como decía muy bien Manolo Varela, con «Estudio» ha sido una continuadora de las ideas pedagógicas de la Institución.

¿Qué menos podemos hacer que rendir homenaje a D. Ramón, que tanto ha hecho por la Institución y por sus amigos?

Yo me uno de todo corazón a este homenaje que hoy se celebra en honor de D. Ramón Menéndez Pidal.

* * *

GONZALO MENÉNDEZ-PIDAL

Después de las palabras que acabáis de oír a Manolo Varela y a Manolo Pedregal, y antes de lo que Dámaso Alonso va a decirnos, no puedo menos de daros las gracias a todos vosotros, y creo que en vuestro nombre puedo también, como compañero vuestro —si bien por poco tiempo, pero también en cosas más importantes y más durables— creo que puedo anticipar las gracias a Dámaso, no sólo por haber venido a colaborar en esta conmemoración, sino por lo que va a decir y por cómo lo va a decir, porque a Dámaso le sobra cariño hacia mi padre y le sobra conocimiento de su obra.

Podemos remontarnos a los tiempos en que Dámaso saltaba los bancos de la clase de Filología del

Centro de Estudios Históricos, podemos traspasar los muchos años «aitamartinianos» que el autor lleva ligados a estos dos topónimos tan queridos para él: *Chamartín*, *Cuesta del Zarzal*. Y puedo afirmaros con palabras de otro Gonzalo, también pueblerino: «yo so testigo, verdad es, no mentira, esto que yo vos digo», que sé muy bien cómo Dámaso es capaz, ante un grupo de amigos y de amigas, de entretener una sobremesa dando a la vez una lección magistral de fonética histórica portuguesa, y eso, envuelto en la sonrisa de todos y haciendo que todos aprendiéramos algo aquel día. Algo nuevo vamos a aprender hoy también.

Así que sólo me queda daros de nuevo las más entrañables gracias a vosotros todos los que habéis colaborado en esta conmemoración, a todos los presentes, y a ti, Dámaso. Gracias desde el corazón de esta pequeña, pequeñísima tribu a que pertenezco.

Pluralidad y unidad temáticas en la obra de Menéndez Pidal

DÁMASO ALONSO

Cuando miramos a los finales del siglo XIX en España, si lo que buscamos es ciencia nos encontramos casi con un desierto. Con dos excepciones: la una, los enormes descubrimientos de Cajal; la otra, los de Menéndez Pidal. Las dos figuras, Cajal en el campo de la ciencia biológica, en el de la filológica Pidal, han establecido un fecundante contacto con la ciencia europea, que en el siglo XIX no existía en España.

¿Dejamos fuera a Menéndez Pelayo? La obra de Don Marcelino es prodigiosa, pero está producida no por un método, sino por una genial capacidad intuitiva. En otra ocasión he dicho: la labor de Menéndez Pelayo es sintéticamente inmensa, la de Pidal inmensamente analítica. Menéndez Pelayo trabaja con su genial intuición; Menéndez Pidal con su poderosa capacidad inductiva, precedida de cui-

dadoso, riguroso y pormenorizado análisis. El método de Menéndez Pelayo no se diferencia mucho de los empleados en el siglo XVIII; el de Menéndez Pidal está en profundo contacto con los que la ciencia europea había ido elaborando y perfeccionando a lo largo del siglo XIX.

Un predecesor de Pidal, aunque de labor mucho más limitada fue Milá. Es curioso, que en sucesión meramente cronológica se suela decir, sin faltar a la verdad histórica, que Menéndez Pelayo fue discípulo de Milá, y que de Menéndez Pelayo lo fue Pidal. Atendiendo a la organización de sus estudios, hay que dejar aparte a Menéndez Pelayo. El maestro, de un modo relativo, de Pidal fue Milá. Y en cuanto a Menéndez Pelayo hay sí que dejarlo aparte, potente, genial y señero en su obra. Y aun en algún momento, por lo que toca a algunas materias, se podría afirmar que aceptó y siguió conclusiones obtenidas por Pidal.

Hasta la misma ciencia filológica llegan los avances del positivismo en el siglo XIX. La crítica literaria va a apoyarse en la precisión y exactitud de los textos, sobre todo de los medievales. Mientras tanto en el sector lingüístico se ha llegado a la casi perfecta ramificación del indoeuropeo, y en la rama latina a la científica desmembración y estudio del románico. El interés llega hasta los dialectos; se trata de recogerlos y clasificarlos, cuando aún viven.

La buscada exactitud de los textos lleva a los investigadores a ordenar la sucesión de los diferentes manuscritos de un mismo texto y a trepar por ellos por esa escala de manuscritos, seguros los investigadores de llegar al original primero, tal como salió de las manos del autor. Así lo creía un Gaston Paris. Hoy sabemos cuánta exageración había en ese optimismo. Pero manejada con prudencia no hay duda que no existe técnica mejor.

Nada de esto le importó a Menéndez Pelayo. Nunca mostró interés por la investigación lingüística. Y en cuanto a los textos, eso para él era labor de meros amanuenses y correctores de pruebas. Bien se ve en la edición de comedias de Lope que publicó la Academia: junto a los admirables, geniales prólogos de Don Marcelino, está la torpe y equívoca edición de los textos.

En cambio el joven Menéndez Pidal se había empapado profundamente de lo que su época exigía de un investigador: rigor, precisión, análisis pormenorizado, inducción sobre sólidos y múltiples puntos; inducción modesta, prescindiendo de llegar a grandes alturas, es decir, apartamiento de grandes y locas teorías. Y el joven investigador sale además al campo filológico con una profunda convicción: el estudio lingüístico y el literario son sólo diferentes aspectos de un mismo objeto: el lenguaje. La perspectiva del lenguaje y la de la literatura, especialmente de la medieval, ha de ser histórica. Y ya

desde sus primeras obras le vemos profundamente imbuido de estos conceptos.

En 1896, cuando tiene veintisiete años, publica *La leyenda de los Infantes de Lara*. De la lectura y análisis de la *Crónica general* y de la de 1344 logra extraer Don Ramón dos poemas de los Infantes de Lara según el texto de esas crónicas, la segunda de las cuales mantiene trozos de casi perfecta versificación.

Ocho años después, en 1904, sale a luz el *Manual elemental de gramática histórica española*: que había de repetirse mejorado, edición tras edición, y en el cual hemos estudiado muchas generaciones.

He aquí, pues, como desde casi el principio de su trabajo Pidal va simultaneando dos aspectos para él indestructiblemente unidos: investigación lingüística e investigación literaria.

Cómo forzosamente se le unía también la investigación histórica, lo acabamos de ver al hablar de *Los Infantes de Lara*. Pero no hemos podido apreciar cuán profunda fue esta investigación de las *Crónicas*. Pidal, valerosamente, se había metido por el bosque de las crónicas: voluminosos manuscritos, en inmensa maraña, sobre los cuales se tenían muy confusas y equivocadas noticias. Con su potente capacidad de análisis y de distinción pudo publicar su estudio de las *Crónicas generales de España*, en el que se puntualiza la identidad de cada una y se seña-

lan las relaciones de unas con otras. El libro se publica en 1898 (buen año para adentrarse en la historia y las leyendas de nuestra desgraciada España). Y ya en 1906 dará a luz el texto auténtico de la *Primera crónica general*.

Aún hay en la labor del juvenil Don Ramón otra actividad tan nueva como importante: la deportiva recogida de materiales en el campo, y también esta actividad va aparentemente a bifurcarse en los mismos dos sentidos: el lingüístico y el literario. En el primero se trata de la reunión y ordenación científica de materiales dialectológicos: ya en 1899 había publicado un trabajo sobre *El bable de Lena*, y en 1906 sale a luz su importante artículo *El dialecto leonés*. Era la primera vez que la dialectología tenía un tratamiento científico en España. Por lo que toca a la literatura, recién casado Don Ramón con María Goyri, los nuevos esposos recorren Castilla la Vieja y van transcribiendo todos los romances viejos vivos en boca de las gentes que encuentran al paso.

Procuremos considerar en su conjunto la obra temprana de Pidal: de un lado el primer estudio de literatura científica, en depurada técnica moderna, con *Los Infantes de Lara* (1896); de otro, el primero de lingüística, con su *Gramática Histórica* (1904); de otro más, el inmenso trabajo de ordenación de las *Crónicas* (1896) y el texto de la *Primera crónica general* (1906); de otro arranca la iniciación entre nosotros de los estudios de dialectología (1897 y 1906);

y en fin la recogida de elementos de la tradición popular, con los romances (1900).

Múltiple actividad, quíntuple por lo menos en sus últimos objetivos, pero especialísima y pormenorizadísima en cada una de sus ramas. Tal multiplicidad temática era en el fondo única: todas estas direcciones estaban unidas en el corazón y en el cerebro del joven investigador por un solo anhelo: el conocimiento de la expresión española a lo largo de los siglos. Materia única con dos perspectivas, de un lado la hablada, y del otro la escrita, es decir en los términos más generales, la expresión literaria. Menéndez Pidal descubrió así a la juventud española un ámbito inmenso ya abierto a la investigación, a toda España le dio múltiples espejos donde podrá verse, reconocerse y aun mejorarse.

La profunda intuición de Menéndez Pelayo se dio cuenta en seguida de la hondura de ese mundo descubierto por un hombre más joven que él: la reseña que escribió Don Marcelino sobre *La leyenda de los Infantes de Lara* de Menéndez Pidal fue publicada en 1898, dos años después de la aparición del libro; en ella saluda «con júbilo y con profundo respeto» la obra «magistral» y trata de llamar la atención del distraído público sobre su excepcional importancia.

Lo mismo ocurre fuera de España. Morel Fatio escribía en la revista *Romania* hablando de esa misma obra de Pidal:

Si en España se lee este libro, si se le comprende, puede provocar un verdadero renacimiento de los estudios filológicos e históricos. Los jóvenes, sobre todo, aprenderán en él, que nada, ni aun las dotes más brillantes, puede reemplazar al trabajo metódico, la escrupulosidad en las investigaciones y el prurito constante de la exactitud.

Palabras verdaderamente proféticas estas de Morrel Fatio porque esa obra de 1896, seguida de toda la labor de Pidal, queda a la cabeza de un movimiento, de una escuela, en la que a lo largo de los años van participando generaciones y generaciones, y que hoy llena el mundo hispánico, y aun penetra en territorios de otras lenguas. Y nada importa el giro de la lingüística en los últimos años, de la perspectiva histórica a la sincrónica. Porque los verdaderos valores hispánicos que han agregado notas interesantes a esa última dirección han estado empapados primero en la tradición de Menéndez Pidal.

Nos hemos mantenido hasta ahora en la obra de juventud de Pidal.

La madurez de Don Ramón podemos considerarla desde que alcanza los años hacia la cuarentena. Su madurez científica es resultado de un esfuerzo constante desde su primera juventud.

Precisamente en 1908 cuando el autor tenía 39 años se publica el *Cantar de Mio Cid: texto, gramática y vocabulario*, en el que se unen varias de las principales direcciones de la actividad de Menéndez

Pidal: la depuración de la edición crítica, el portentoso conocimiento lingüístico y, por muchas partes, aun en el vocabulario, precisas noticias, tanto de historia pública como de costumbres y objetos de uso. Estos tres tomos habían sido inicialmente un trabajo premiado por la Real Academia Española en 1895; pero infinitas correcciones y muy numerosas adiciones habían convertido el libro de 1908 en algo muy diferente del inicial ensayo. Yo he creído siempre que esta obra maestra había ido madurando desde 1895, al mismo tiempo que el espíritu y conocimiento de su autor.

La ya mencionada *Leyenda de los Infantes de Lara* y esta publicación del *Cantar de Mío Cid*, junto al también ya citado estudio sobre las *Crónicas generales de España* son como puntos que emergen reveladores de la gran tesis que cada vez con más solidez fraguaba en el espíritu de Pidal: la de la tradicionalidad de la literatura española; o, mejor aún, lo que iba a ser centro unitario de la dispersión temática de su obra: la tradicionalidad de España.

Esa tesis aparece ya formada en toda su extensión y engarces en el libro *La epopeya castellana a través de la literatura española*, publicado primero en francés en 1910 (y no traducido al español hasta 1945 en versión algo retocada). Es una serie de conferencias que Pidal dio en francés en la Johns Hopkins University de Baltimore. Varias veces he mencionado la curiosa casualidad de que Joseph Bé-

dier, el famoso investigador francés fuera, pocos meses después, a dar conferencias en universidades norteamericanas. Ignoro los temas de estas conferencias de Bédier. Pero estoy seguro que el principal sería su gran teoría sobre los orígenes de la épica francesa. Lo curioso es que la tesis de Pidal y la teoría de Bédier eran totalmente antagónicas. ¿Qué pensarían los norteamericanos? La teoría de Gaston Paris de la tradicionalidad de la antigua épica desde los hechos históricos, a través de varias cantilenas, hasta las grandes *chansons de geste* del siglo XII, había imperado durante años como doctrina ortodoxa en la crítica francesa. Pero en la época de esas conferencias de Bédier en universidades norteamericanas, estaban a medio publicar los cuatro volúmenes de sus *Légendes épiques* (1908-1913), que eran negación absoluta de la teoría de Gaston Paris. Para Bédier entre los hechos históricos de hacia el año 800 y los poemas, como la *Chanson de Roland* de hacia 1100, existía sólo un vacío casi absoluto. Y así ocurría para Bédier en toda la épica francesa. ¿Cómo sucedió, pues, el nacimiento de los grandes poemas franceses? En algún convento se conservaba alguna reliquia del héroe antiguo, tal vez su tumba, o un documento en el archivo conventual. Seguramente, supone Bédier, los frailes habían comunicado esta noticia a algún juglar y le habían inducido a cantar al héroe pretérito; convenía a los frailes atraer hacia su convento las masas de peregrinos

que iban a Compostela u otros lugares de veneración. Así habrían nacido la *Chanson de Roland* y muchas de las antiguas *chansons de geste*. Se habrían originado estos grandes poemas por una especie de propaganda turística.

Existen libros admirables basados en una tesis falsa; tal es el caso, creo, de las *Légendes épiques* de Bédier. Hábil abogado, que siempre clama, siempre asegura estar buscando sólo la verdad, va explicando, una por una, toda una serie de *chansons*: todas ellas se deberían a causas y procesos en el fondo idénticos. Gran maravilla. Pero el lector, cautivado primero por la magnífica argumentación del autor, termina por mirar con desconfianza esa producción de *chansons* tan igual siempre como si se tratara de productos de fabricación de una exactísima maquinaria de técnica moderna. La tesis de Bédier era absolutamente opuesta a la de Menéndez Pidal, basada toda en la tradición.

Bédier no se cuidó de los problemas de la épica española. La crítica europea apenas conocía sino un monumento de ella: el *Cantar de Mio Cid*. Entre Francia y España había en épica muchas diferencias: la distancia cronológica entre hechos históricos y poema, era mucho menor en España. En el *Cantar de Mio Cid* además hay una gran cercanía a la historia verdadera y muchos de sus personajes han existido realmente. ¿Pero es que el origen de la

épica española iba a ser completamente distinto del de la francesa?

Bédier se reía de las hipótesis de poemas perdidos. Pero no sabía que había un país, España, donde la pérdida no era hipótesis sino realidad. Ya Menéndez Pidal había exhumado de entre las crónicas, como sabemos, grandes fragmentos del *Cantar de los Infantes de Lara*, en dos versiones por lo menos. Aparte el *Cid* y esa exhumación, teníamos solo el desmoronado y tardío poema de *Las mocedades de Rodrigo*, que Don Ramón ya en 1910 considera de hacia 1400. Pero es indudable, es un hecho realísimo y perfectamente comprobado, que en España existieron bastantes más antiguos *cantares de gesta*. En el libro de que tratamos, *La epopeya castellana a través de la literatura española*, mencionó Pidal *El poema de Fernán González* (no el erudito, de clerecía, sino uno más antiguo, de juglaría, en que sin duda se basó el que se nos ha conservado); el *Cantar del cerco de Zamora* y el del *Rey Don Fernando*. Toda esta materia había de ser profundizada, pormenorizada y ampliada en estudios posteriores de Pidal, y de todo puede verse una magnífica, animada y vivificante conjunción en el prólogo de su libro *Reliquias de la poesía épica española* (impreso en 1951).

En el año 1917 había publicado el aparecido fragmento del Roncesvalles, cantar de gesta del siglo XIII. La existencia de numerosos *cantares de gesta* espa-

ñoles perdidos, no es una teoría, sino, como he dicho, un hecho, perfectamente confirmado por muchas pruebas, ante todo por el testimonio de las crónicas que los prosifican. La *Primera crónica general* testifica repetidas veces la existencia de «cantares», «fablas» y «romances» sobre Bernardo del Carpio (el más legendario de nuestros héroes épicos); lo mismo menciona la «estoria del Romanz del Infant García». El sentido de «romance» en estos textos antiguos debe designar los mismos cantares de gesta. «Romanz» se llama el *Cantar de Mio Cid* en una nota marginal del mismo. La misma crónica hablando del cerco de Zamora, dice que «los cantares de las gestas» dan al cerco una duración de siete años. En la *Crónica de veinte Reyes* se cita «el cantar que dizen del Rey Don Fernando», y también «el cantar del Rey Don Sancho». La prueba de la tradicionalidad que engarza las crónicas con los «cantares» (con los perdidos y también con el del *Cid*) no es teoría, sino un hecho realísimo, cosa que olvidan o no realzan de modo suficiente muchos historiadores de la literatura. El estudio de esos engarces, de los citados y de otras leyendas épicas, que no menciono, se debe todo a la inmensa obra de Menéndez Pidal.

El enlace *hechos históricos-cantares de gesta-crónicas* es una realidad de la literatura medieval española. El escalón siguiente son los «romances». Hay romances que indudablemente han salido de frag-

mentos de «cantares», han podido surgir otros de versificación de la prosa de las crónicas. Los procedentes de fragmentación de «cantares» han de contarse entre los más antiguos de nuestro romancero. También atiende Pidal en su libro a otro origen del romance: cree que influye en él la balada, género que florecía en Europa entre los siglos XIV y XV.

Aunque entre la transmisión de los «cantares» a romances y el influjo de las baladas quedan algunos puntos oscuros, no cabe duda de que los romances tradicionales son, esencialmente, el nuevo eslabón que sigue a dos anteriores: los *cantares de gesta* y las *crónicas*.

Se llega al siglo de oro y la tradición épica española continúa. ¿Dónde? Es cierto que el romancero sigue viviendo en la mente de los hombres y en las colecciones que durante los siglos XVI y XVII se publican. Se componen también muchos romances históricos; pero estos tienen un aire semiculto y amanerado, muy lejano de la virginidad de los viejos. Si algo recuerda lo genuino, hay que buscarlo en los romances de más atrás, en los carolingios, en los del rey Don Pedro y en los moriscos, estos últimos del siglo XV.

¿Adónde va, pues, nuestra antigua tradición en el siglo XVI y en el XVII? Pasa al teatro. Y a él dedica un capítulo de su libro Pidal. Juan de la Cueva dramatiza en la segunda mitad del siglo XVI *La muerte del rey Don Sancho*, *La libertad de España*

por *Bernardo del Carpio* y *Los siete Infantes de Lara*, tres temas directamente entroncados en los antiguos *cantares de gesta*. Pero el verdadero gozne donde se articula la literatura medieval con la que ha de ser la nueva, es entre nosotros Lope. Hay aquí que unir lo que Menéndez Pidal dice en el capítulo dedicado al teatro en *La epopeya castellana a través de la literatura española*, con el magistral estudio publicado en 1935 en la *Revista de Filología española*, sobre *Lope de Vega: el «Arte nuevo» y la «Nueva biografía»*. Pidal muestra cómo Lope se ha nutrido prácticamente del romancero. Su propia poesía brota de él y en parte lo prolonga. Su teatro abundantemente explota la *Crónica General* y los antiguos romances: así ocurre con *El bastardo Mu-darra*, *El casamiento en la muerte* (de Bernardo del Carpio), legendario personaje héroe también de *Las mocedades de Bernardo del Carpio*, *En las almenas de Toro*, *El conde Fernán González*, *El testimonio vengado* (basado también en la *Crónica General*), etc.

También Pidal da en ese capítulo el lugar que le corresponde a Guillén de Castro con *Las mocedades del Cid* y *Las hazañas del Cid o el cerco de Zamora*. Muchas más obras, de autores de segunda fila o anónimas prueban también cómo la tradición de crónicas y romances de la Edad Media va a insertarse y continuarse en el teatro del siglo de oro.

Un último capítulo del libro dedica Don Ramón al renacimiento que nuestros antiguos temas épicos

tienen en el Romanticismo, ya en forma de poemas o ya de dramas.

Nos hemos detenido en este libro sobre *La epopeya castellana a través de la literatura española* porque en él van a reunirse en maravillosa conjunción, la unidad central de España, el tradicionalismo de su espina dorsal épica, con tantos aspectos distintos de las actividades de Menéndez Pidal. El estudio lingüístico, el literario, el histórico: el de los cantares de gesta, las crónicas, los romances, el teatro del siglo de oro, el del renacimiento romántico, y en fin se puede agregar aún, como último eslabón, el renacimiento científico de la tradición épica con Menéndez Pidal y su escuela, y hasta el acto que hoy celebramos a su gloriosa memoria, todo ello forma una línea de continuidad, una sucesión de vértebras que delinean a España y que ningún español puede dejar de reconocer y recordar.

Y aún tenemos que añadir aquí los estudios especiales de Pidal sobre los romances. Con qué cariño estudió Don Ramón el tema, cuántos afanes para aumentar el tesoro de romances, por los campos de Castilla y por los de América. Quiso en fin que esta maravilla de nuestra tradición llegara a todo el mundo y publicó su exquisita *Flor nueva de romances viejos*. Estudió la aplicación a los romances del método geográfico procedente de la lingüística, y en fin dio su admirable plasmación de todo en los dos

tomos del *Romancero Hispánico* que se publican en 1953, para ser seguidos o proseguidos por otros de discípulos o colaboradores. Llevan estos dos volúmenes el subtítulo de *Teoría e Historia*, y esos dos aspectos están perfectamente deslindados. Es la consecuencia del trabajo minucioso, pormenorizado, que ya hemos visto al tratar en general de la épica: a los grandes investigadores, poco amigos de ambiciosas teorías, el enorme conjunto de datos termina forzándolos a la ordenación de ellos, y a la inducción teórica basada sobre un extensísimo campo de fenómenos recogidos en la primera tarea. De la gran columna vertebral de la tradición hispánica Pidal ha tomado en esta obra las vértebras correspondientes al «romancero» y nos ha mostrado su extensión, su historia, los varios modos de engarce con los cantares de gesta, el gran número de problemas particulares que el romancero plantea, su pervivencia aún en el siglo xx, su difusión fuera de las lindes de España.

Lanzado, por necesidad, a lo teórico, la teoría había de ser forzosamente predominante en la investigación de la lírica —que fue también en Lope de Vega gozne entre la tradición antigua y el mundo nuevo— campo al que Pidal —interesado en todo lo hispánico— había de prestar ¿cómo no? una atención muy decidida. Desde el primer momento le preocupan los orígenes de nuestra lírica, gran problema.

Ya en 1919 pronuncia en el Ateneo de Madrid su conferencia sobre la primitiva lírica española. (Yo asistí a ese acto; fue la primera vez que vi, aunque de lejos, a Don Ramón, y la emoción sentida aquel día fue uno de los determinantes de mi vocación). Pero como he anunciado, en materia de poesía lírica había por fuerza de tener una gran parte lo teórico porque sólo se podía estribar sobre textos de la tradición posterior y sobre muy pocos verdaderamente antiguos. Moviéndose por lo hipotético pudo rastrear el maestro la antigua lírica castellana. Una casualidad vendría a confirmar la tesis de Don Ramón. El descubrimiento y publicación por Stern, hace ahora una treintena de años, de un grupo de jarchas mozárabes de los siglos XI y XII, da nuevo y apasionante interés al problema mostrándonos antiquísimos restos de nuestra lírica. Me cabe la honra de haber sido el primero que en 1949 proclamé a los romanistas la enorme importancia europea del hallazgo (que hasta entonces sólo había aparecido en publicaciones semitistas, y al que habían de hacer importantes ampliaciones y correcciones García Gómez, Francisco Cantera y otros investigadores compatriotas nuestros). Las nuevas perspectivas que nos han traído las jarchas vienen a probar las hipótesis lanzadas por Pidal muchos años antes. Y me es muy grato que el maestro, en el trabajo que luego publicó, en 1951, sobre los que llaman *Cantos románicos andalusíes*, corroborara con su autoridad

y aceptara la mayor parte de mis modestas conclusiones. Más adelante en 1960 publica su monumental artículo *La primitiva lírica europea* en donde amplía grandemente su tesis: influjo de una lírica hispánica de gran antigüedad.

Nunca abandona Don Ramón la investigación histórica que es uno de los aspectos parciales de su indagación, de todos esos sentidos de su trabajo que van a fundirse en la contemplación total del alma tradicional de España. En 1929 aparece su monumental *España del Cid* que es en gran parte corroboración de la cercanía realista del *Cantar*, y de otra un amplio panorama, lleno de amplia visión y de mil pormenores de la España del siglo XI.

Pero hay dos maneras de enfocar lo histórico; una es la de los grandes hechos públicos: guerras, regímenes, alianzas, etc. Otra, la que a mí más me interesa: historia de las vidas y de los hechos particulares. A ésta dedicó también Menéndez Pidal mucha atención. En los prólogos escritos a varios de los tomos de la *Historia de España*, dirigida por él, discute Pidal los caracteres peculiares del hombre español. Véanse todos y especialmente el que inicia el tomo primero.

Hay un libro suyo donde elige Don Ramón un tipo de vida íntimamente ligado con lo literario: el modo de existir de los antiguos juglares. Su *Poesía juglaresca y juglares* fue publicada en 1924, y en una edición muy renovada en 1957: libro encantador

situado en la arista entre la historia de las artes (literarias y musicales) y la historia íntima, la vida y el quehacer de una profesión y casi una clase social. Claro está que las relaciones con la vida estatal o pública no dejan de aparecer también frecuentemente en esta obra.

Llevamos ya algún tiempo dedicados a revisar superficialmente estudios de la perfecta madurez de Menéndez Pidal, que todos versan sobre literatura, historia de España y de gentes españolas. No hemos podido puntualizar cuánta técnica y conocimientos lingüísticos se emplean y acumulan también en estas páginas: nunca don Ramón se apartó del tema bifronte, fundamento de su vida científica. Pero no tenemos más remedio que atender ahora decididamente al tema lingüístico, porque entre muchos trabajos, nos vamos a encontrar uno no sólo capital en la obra del maestro sino en la bibliografía científica de todo el siglo xx mundial. Me refiero a los *Orígenes del español*, publicados en 1926 y reeditados con correcciones después. A través de los documentos latinos de los siglos ix, x y hasta el xi rastrea ahí Pidal la tímida y vacilante aparición de los dialectos romances: el que escribe quiere escribir en latín pero con frecuencia se le escapan formas de la lengua hablada. Esos dos siglos de lenguaje, sumidos antes en noche medieval, se nos revelan en profundidad cronológica y con todos los matices de diferenciación dentro de la geografía peninsular. Es una

masa inmensa de materiales sometidos a la más rigurosa y lúcida ordenación. Nada semejante en los otros pueblos románicos. El gran romanista Von Wartburg decía al reseñar este libro: «El poder conseguir para otros países una obra semejante a ésta sería de la máxima importancia».

Menéndez Pidal, en sus *Orígenes del español* puso ante nuestros ojos multitud de testimonios de lo que era la lengua peninsular y sus variedades, en más de dos siglos (del IX al XI) que eran desconocidos porque esa lengua que entonces se hablaba no se escribía (se escribía sólo en latín). Descubre así Pidal un eslabón perdido del paso desde las primitivas formas del latín vulgar a la lengua moderna. Emplea Pidal en este libro un método original; por lo menos, por nadie practicado en tanta extensión y continuidad. El mundo del lenguaje mozárabe queda ahora por primera vez científicamente considerado. No solamente se iluminan los espacios lingüísticos de la Península Ibérica, sino que también se discuten otros, románicos y no románicos (fenómenos del provenzal, variadas particularidades de la fonética vasca); se desarrollan teorías complementarias que explican casos especiales de la tradicionalidad lingüística: la acción del sustrato, el origen itálico del latín importado a la Península Ibérica; los procesos que llevan a la diptongación; la rapidez o lentitud de los cambios fonéticos; el estado «latente» de los fenómenos lingüísticos.

Los *Orígenes del español* es un libro verdaderamente excepcional en donde además de su tema central (revelación de dos siglos de lengua sumergida), se exponen y discuten multitud de teorías del máximo interés, muchas de ellas creadas por el mismo Menéndez Pidal.

La principal interpretación del crecimiento de la lengua española no es en verdad una teoría: la formación de Castilla, su crecimiento, y finalmente su hegemonía peninsular es pura y realísima historia: vemos el núcleo castellano, con sus especiales características, rasgar, entre León y Navarra, la relativa uniformidad, de mar a mar, de las hablas peninsulares; la brecha abierta, luego comienza a ensancharse, y el castellano se vierte hacia el Sur, y se abre como un varillaje de abanico; más tarde saltará los mares y ya el español llenará inmensas extensiones en América y en otras partes del globo. Es el cuadro expuesto primero de modo muy escueto en el discurso de contestación de Pidal a Codera en la Real Academia Española (año 1910) y que informa luego los *Orígenes del español* y todos los estudios lingüísticos de Pidal.

El hombre que, como he dicho repetidamente, nació a la ciencia con una atención muy meticulosa a los hechos, fue llevado poco a poco a formular importantes y aun osadas teorías. La del crecimiento del castellano, no es sino verdad realísima. Pero no así, por ejemplo, la tan discutida del carácter

provincial de la colonización latina. Ya en su vejez don Ramón con un espíritu juvenil y deportivo dedicó casi dos años a una aventura de alta etimología, buscando capas étnicas y lingüísticas anteriores a la colonización romana: así se formó el volumen titulado *Toponimia prerrománica hispana*.

Por campos muy diversos, a veces perseguía las características de la lengua de grandes escritores como Santa Teresa, de grandes personalidades, como Cristóbal Colón, o épocas españolas (el siglo XVI, el gongorismo, etc.).

Se preocupó también repetidas veces por el destino de nuestra lengua. ¿Qué va a ser del español? Conocida es la respuesta pesimista del gran filólogo americano Rufino José Cuervo. Muy contraria era la opinión de Pidal. Ya desde 1918 (en la revista *Hispania*) y luego en 1944 en su discurso *La unidad del idioma* afirmó una y otra vez su gran optimismo ante el futuro de nuestra lengua.

Las obras de la ancianidad de don Ramón tienen la mayor parte de las características generales de las juveniles y maduras. Pero aparecen rasgos nuevos. En su juventud el escritor era contenido, en cuanto a su estilo, friamente objetivo en sus juicios. En las obras de su vejez surge como una ardorosa primavera. Sus libros ya no son fríos; rebosan de generosa pasión. Es que Pidal había llegado en su vida a un punto en que sus prudentes y fundamentados avances teóricos de la mocedad, se habían ido

alzando y juntando hasta formar bóveda continua; una serie de teorías particulares llegaban necesariamente a juntarse en teoría general. Habían surgido también contradictores.

Ya hemos visto en lo anterior que la tradición épica española sólo puede ser teoría en algunos pormenores: en el modo de enlazarse cantares, o quizás crónicas, con romances. Pero la columna vertebral continua de nuestra tradición no puede ofrecer duda. Algunos extranjeros, sin embargo, no lo pueden entender, como no lo podía entender Bédier para Francia. Contra los contrarios a la tradición épica arremete Pidal, con sueltísimo estilo, muchas veces impregnado de ironía, en sus *Reliquias de la Épica*.

Mi hallazgo y publicación de la *Nota Emilianense*, prueba indudable de una tradición intermedia entre Roncesvalles (año 778) y la *Chanson de Roland* del manuscrito de Oxford (de hacia 1100), alegró y sacudió intensamente al maestro, y le decidió cuando tenía ochenta y seis años, a la defensa de la tradicionalidad, ahora ya dentro de la épica francesa. Así nació su libro *La «Chanson de Roland» y el Neotradicionalismo*. Para prepararlo tuvo que meterse en montañas de bibliografía rolandiana, hacer largos viajes, trabajar en archivos franceses... El libro salió al cumplir el autor ¡los noventa años! En él no sólo defendía con contundentes argumentos su posición sino que pudo aportar nuevos datos impor-

tantes que comprobaban su tesis y que no habían sido encontrados por tantos investigadores como en el mundo han manoseado esos asuntos.

El otro tema sobre el que se vertió el ardor juvenil del anciano escritor es España en sus características y en su constitución nacional a lo largo de la Edad Media por la progresiva vinculación de sus elementos integrantes (*El Imperio hispánico y los Cinco Reinos*, publicado en 1959) y también en la acción española en el mundo, principalmente en América. *El Padre Las Casas: su doble personalidad*, publicado en 1963, cuando don Ramón tenía 94 años, es un libro heroico y casi quijotesco: sale en él contra el mito antiespañol difundido por los enemigos de España y aceptado (¿cómo no?) por los historiadores del mundo entero.

En torno a la gran tesis de la tradicionalidad hemos visto, o se podrían haber agregado, otras que en realidad van a entroncarse en ella, como son la tendencia al anonimato de la antigua literatura española o la aplicación a la variada supervivencia de romances de los métodos de la geografía lingüística. Casi todo el pensamiento científico de Pidal lleva en el terreno español, como hemos visto repetidas veces, no sólo a la aproximación sino casi a la unión de la investigación lingüística y la literaria. El juntar ambas cosas, de don Ramón nos ha pasado a sus discípulos, y yo podría citar una

veintena larga, en que de un modo u otro es evidente esta herencia.

En el centro de todo, pues, la gran tesis de la tradicionalidad. Pero hay algo en su pensamiento que no hemos tratado y es de especial importancia. Me refiero a la noción de «latencia». Aplicada primero por él sólo a lo lingüístico, Pidal llegó en seguida a percatarse de que la gran tradición es inexplicable sin la existencia de «estados latentes» en cualquiera de los aspectos de la cultura humana colectiva, y, ante todo, lo mismo en el lenguaje que en literatura. Su misión como investigador fue precisamente trabajar sobre las partes sumergidas de estos Guadianas de la tradición literario-lingüística española, descubrir la corriente subterránea, el fluir que antes no veíamos: dos siglos de lengua escondida quedan aflorados en sus *Orígenes del español*; él nos encuentra los escondidos canales antiguos que van a dar al romancero; o saca a luz cómo la savia tradicional está nutriendo el «arte nuevo» de Lope; o la gran subterrneidad de la desaparición de f- (inicial) en castellano durante muchos siglos. Cada uno de estos hallazgos pone al descubierto lo que parecía «latente»; pero la idea de «latencia» persiste: es un flujo indiscutible que hace a veces que las consecuencias literarias o lingüísticas se produzcan a varios siglos de sus antecedentes o causas.

La gran tesis de Menéndez Pidal tiene, pues, dos aspectos de lo que en el fondo es una misma cosa: tradición en unos tramos patente, en otros latente. En realidad, tradición que vemos solo en «testigos» que afloran, o que logramos extraer, aquí y allá, alejados unos de otros, pero inexplicables si no pensamos que un fluido secreto los une; «estados latentes» que no son sino tradicionalidad escondida.

La labor gloriosa de Menéndez Pidal consistió precisamente en investigar los «estados latentes». También a lo largo de la existencia de don Ramón hubo un «estado latente» que estalló con apasionada lozanía precisamente en los años de su ancianidad: su amor a España que había fluido dentro del exacto y metódico investigador a lo largo de toda su vida.



Menéndez Pidal, creador de escuela: el Centro de Estudios Históricos

RAFAEL LAPESA

Los organizadores de esta conmemoración me han encomendado hablar de la actividad de don Ramón Menéndez Pidal al frente del Centro de Estudios Históricos. Me es muy grato hacerlo por tratarse de un maestro inolvidable y por haber pasado yo en el Centro años juveniles llenos de esperanza. Ahora bien, cuando entré allí como becario, en septiembre de 1927, el Centro llevaba diecisiete años funcionando y había alcanzado brillante plenitud. Mis noticias sobre sus tiempos heroicos, sobre sus etapas iniciales, son en su mayor parte indirectas y proceden a veces de tradición oral. En cambio me cupo vivir intensa e ilusionadamente sus nueve últimos años de existencia efectiva; y me tocó asimismo ser testigo de su descomposición a lo largo de la guerra civil.

El Centro de Estudios Históricos se fundó en 1910 como uno de los primeros organismos depen-

dientes de la Junta para Ampliación de Estudios, creada en 1907. Constaba de las Secciones de Filología, dirigida por Menéndez Pidal; de Arte y Arqueología, con don Elías Tormo y don Manuel Gómez Moreno a la cabeza; de Instituciones Medievales, bajo el magisterio de don Eduardo de Hinojosa; y de Estudios Árabes, con don Julián Ribera y don Miguel Asín, que se separó amistosamente al poco tiempo; antes lo habían hecho los componentes de la Sección de Filosofía, cuya principal figura era Ortega y Gasset. Menéndez Pidal fue después director de todo el Centro.

En 1910 don Ramón era ya el maestro indiscutible de la filología española, respaldado por una serie impresionante de publicaciones tan sólidas como nuevas en la España de entonces: todo el enorme ciclo que comprende desde *La leyenda de los Infantes de Lara* (1896) hasta *L'épopée castillane* (1910), incluyendo el catálogo de las *Crónicas Generales de España* (1898); la edición de la *Primera* de ellas, la de Alfonso el Sabio y sus inmediatos continuadores (1905); el *Manual de Gramática histórica* (1904), *El dialecto leonés* (1906), los tres volúmenes del *Cantar de Mío Cid. Texto, Gramática y Vocabulario* (1908-1911) y multitud de otros estudios y ediciones. Al fundarse el Centro don Ramón contaba cuarenta y dos años de edad y once de cátedra; se hallaba en plenitud de facultades, con la capacidad de entusiasmo necesaria para fundar escuela; y su

enseñanza en la Universidad, donde profesaba la asignatura de «Filología comparada de las lenguas latina y española», había despertado la vocación de valiosísimos discípulos. No era profesor brillante, pero sí eficaz. Hablo según mis experiencias de los años 1927 al 30, cuando su cátedra era ya la de Filología Románica correspondiente al Doctorado: tuve la suerte de asistir a ella durante tres cursos consecutivos. Entonces el Doctorado sólo podía hacerse en la Universidad de Madrid, la Central, y el auditorio de don Ramón apenas rebasaba la veintena de alumnos, procedentes de toda España y del extranjero algunos. Nada menos espectacular que aquellas clases en que el profesor, provisto de abundantes papeletas, hablaba sin alzar la voz, imponiendo a su exposición oral el mismo sobrio rigor que a sus obras escritas. Pero tal sencillez, extremada hasta la modestia, no podía ocultar hechos excepcionales en la Universidad española de aquellos tiempos: cada año variaba el tema del curso; en 1927-28 fue la diferenciación regional del latín vulgar hasta la formación de las lenguas románicas, tomando como base de comentario el manual de Bourciez; don Ramón lo enriquecía con los resultados de sus propias investigaciones y puntuales referencias a planteamientos de la más candente actualidad, como la neolingüística italiana y las afinidades por ella señaladas entre las áreas laterales de la Romania—Iberorromania y Dacorromania—; o como el pro-

blema de las generaciones, renovado por Pinder en 1926 y 1928, y su aplicación al estudio de los cambios lingüísticos. En 1928-29 expuso los resultados de sus últimas investigaciones sobre la primitiva épica de Castilla, estudiando el desarrollo de las leyendas referentes a los condes castellanos, a la partición de los reinos por Fernando I y a las guerras fratricidas entre sus hijos, mediante exhaustivo análisis de los vestigios registrados en las crónicas más antiguas. Y en 1929-30 se ocupó del lenguaje literario del siglo XVII orientando y estimulando la cooperación de los estudiantes en verdadera labor de seminario: recuerdo las clases finales, en que formuló las conclusiones, anticipando lo que años después sería el admirable artículo *Culteranos y conceptistas*, no impreso hasta 1957.

En mis años de estudiante y posgraduado, tanto don Ramón como Américo Castro, don Elías Torno y don Manuel Gómez Moreno daban sus clases universitarias en el Centro de Estudios Históricos, no en el viejo caserón de San Bernardo donde estaba la Facultad de Filosofía y Letras. Era una muestra del nuevo espíritu: la Facultad madrileña era, salvo excepciones, desesperantemente arcaica; la mayor parte de las Humanidades que allí se enseñaban carecían de humanidad, reducidas a gramáticas anquilosadas. Aquella osamenta petrificada se resistía a toda innovación, y así se mantuvo hasta que el inolvidable decanato de García Morente introdujo, por breves

años, afanes de superación y esperanzas. El ambiente del Centro de Estudios Históricos era radicalmente distinto al de la Facultad. Era un ambiente de trabajo alegre porque se sabía bien orientado. Sus primeros resultados saltaban a la vista: publicaciones que inmediatamente ganaban la estimación de los mejores, en España y en el extranjero. En 1914 apareció la *Revista de Filología Española* y cada uno de sus números traía una sorpresa, debida muchas veces a aportaciones del Director: poemas desconocidos del siglo XIII, como *Elena y María* (1914) y *Roncesvalles* (1917); artículos donde no sólo puntualizaba y ampliaba el conocimiento de problemas lingüísticos o literarios concretos, sino que, apoyándose en la nueva información suministrada, formulaba teorías renovadoras y de gran trascendencia: *Poesía popular y Romancero* (1914-16), *Sobre geografía folklórica: ensayo de un método* (1920), *Relatos poéticos en las crónicas medievales* (1923), *Sobre las vocales ibéricas e y o en los nombres toponímicos* (1918), sobre «*La frontera catalano-aragonesa*» de A. Griera (1916), y tantos más. Acompañando a don Ramón hacían sus primeras armas en la Revista los discípulos de la promoción más antigua, convertidos ya en doctos colaboradores: Américo Castro daba a conocer una *Disputa entre un cristiano y un judío*, texto inédito de principios del siglo XIII (1914), corregía y completaba el Diccionario de Meyer-Lübke con extensas *Adiciones hispánicas* (1918-19),

editaba y estudiaba unos *Aranceles de aduanas del siglo XIII*, entraba a fondo en el concepto del honor según las distintas interpretaciones que le dan nuestros clásicos, y aportaba nuevos datos a la biografía de Lope de Vega; Solalinde centraba su atención en textos medievales e iniciaba su dedicación a la figura del Rey Sabio con el fundamental artículo *Intervención de Alfonso X en la redacción de sus obras* (1915); Federico de Onís analizaba *La transmisión de la obra literaria de Fray Luis de León* cotejando las varias redacciones de la *Vida retirada* (1915); García de Diego desentrañaba *Dialectalismos* (1916), *Etimologías españolas* (1920) y *Cruces de sinónimos* (1922); y Navarro Tomás exponía los resultados de sus trabajos de laboratorio sobre el timbre y cantidad de las vocales españolas (1916-17), la duración de las consonantes (1918) y *La cantidad vocálica en unos versos de Rubén Darío* (1922), a la vez que estudiaba *La doctrina fonética de Juan Pablo Bonet* (1920). Al grupo inicial de discípulos españoles se añadían dos ilustres hispanoamericanos: Alfonso Reyes, con *Góngora* y «*La gloria de Niquea*» (1915), *Cuestiones gongorinas* (1919) y las *Contribuciones a la bibliografía de Góngora* que publicó en colaboración con el después gran novelista Martín Luis de Guzmán (1919), anunciaba el interés con que la generación siguiente iba a exaltar a los pocos años la figura del poeta cordobés; por otra parte estudiaba con brillantez y hondura el te-

ma del hombre y la naturaleza en el monólogo de Segismundo (1917). Pedro Henríquez Ureña distinguía nuevos tipos acentuales en *El endecasílabo castellano* (1919) y replanteaba la génesis y diversificación geográfica del español de América en sus primeras *Observaciones* sobre él (1921).

Perdonen Vds. que me haya extendido en esta enumeración, pero lo he hecho para mostrar la variedad de temas e intereses. El magisterio de don Ramón no constreñía la personalidad de sus discípulos ni desviaba sus respectivas preferencias. Tampoco imponía opiniones: escuchaba con afabilidad y corregía con paciencia. No regateaba su ayuda: enriquecía con datos e ideas los trabajos primerizos del neófito. Por eso le consultaban hasta quienes habían llegado a ser maestros consagrados, que solicitaban su orientación y recibían a veces lecciones de medida: hacia 1930 presencié cómo uno de ellos le sometía una reseña demasiado acre y acataba su consejo de reescribirla en términos más comedidos. Su asidua, activa y ejemplar presencia, la admiración que sus discípulos le profesaban, la cordialidad que los hermanaba, hacían que la naciente escuela se sintiera como una gran familia donde los logros de cada uno eran bienes comunes. Todo contribuía al jubiloso entusiasmo, a la alegría juvenil. Por aquellos años Francisco Vighi supo reflejar tal actitud parodiando humorísticamente el poema valleincla-nesco «Es la hora del lubricán»; tras la primera

estrofa, dedicada a Valle-Inclán mismo, las restantes se referían a la Junta para Ampliación de Estudios y al Centro de Estudios Históricos:

Es la hora de Castillejo,
que indaga, sonsaca, pregunta;
cuando alguien habla de la Junta,
Bonilla frunce el entrecejo.
Es la hora de Castillejo.

Es la hora de don Américo
—no sé si teórica o práctica—;
junto a su pericia sintáctica
Meyer-Lübke es algo quimérico.
Es la hora de don Américo.

Es la hora de Solalinde,
el Benjamín de los filólogos,
que escribe notas y prólogos,
de quien don Ramón no prescinde.
Es la hora de Solalinde.

En el Centro se trabajaba en equipo: de una parte por la continua consulta con el Director y la constante comunicación de unos colaboradores con otros; de otra, por la distribución de parcelas individuales dentro de empresas más amplias; finalmente, por la intervención en trabajos colectivos. Examinaremos algunas de las tareas que entonces se emprendieron.

En primer lugar, los *Documentos Lingüísticos de España*: la labor conjunta de todo el equipo reunió un ingente material de textos notariales de

la Edad Media rigurosamente transcritos, que por contener suficientes datos respecto a localización y fecha, son testimonio inigualable para conocer la geografía y la historia de los romances hablados en el centro de España. En 1919 se publicó el volumen correspondiente al Reino de Castilla, colección de 372 documentos que van del año 1044 al 1492 y que abarcan desde La Montaña hasta Andalucía y Murcia. Salió con justicia a nombre de don Ramón porque suyos fueron el plan de la obra, la selección de los documentos, las normas de transcripción y los prólogos que encabezan la serie de cada comarca. En cambio los *Documentos Lingüísticos del Alto Aragón* llevan el nombre de Navarro Tomás, que los reunió y transcribió en su integridad. La Imprenta de Hernando, que tenía en su poder el original, ardió en un bombardeo durante el otoño de 1936; afortunadamente se salvó una serie completa de capillas, que, reimpresa en offset, vio la luz en 1957, publicado por la Syracuse University Press. La restante documentación aragonesa, así como toda la de Asturias, León y Extremadura leonesa se conserva en el archivo de Menéndez Pidal, esperando que alguien la seleccione, elabore y estudie. Hay una excepción: los documentos correspondientes al dialecto asturiano occidental me fueron confiados por don Ramón en 1931 para que los estudiara en mi tesis de Doctor, de la que sólo he publicado las conclusiones.

Tarea colectiva fue también la formación de un nutrido fichero con vistas a un vocabulario del español medieval. Se llegaron a reunir unas 400.000 cédulas de textos literarios, históricos, jurídicos, notariales y técnicos, aparte de no pocas referencias a arcaísmos dialectales de hoy. Aunque incompleto y sin elaborar, sigue siendo muy útil; pueden dar fe de ello quienes actualmente trabajan en el Instituto Miguel de Cervantes del Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Allí se encuentran igualmente los materiales para un índice de los Documentos Lingüísticos de Castilla, y se encontraban hace años los de Navarro Tomás para el índice de sus Documentos altoaragoneses.

Desde muy pronto comenzó don Ramón con sus colaboradores del Centro el acopio de textos para una *Crestomatía* que sirviese al estudio del español medieval como las de Bartsch, Monaci y Appel para el francés, italiano y provenzal antiguos. Cuando el Seminario Menéndez Pidal preparó definitivamente la publicación —que se hizo en 1965-66— identificamos las letras de Castro, Navarro, Solalinde y otros pioneros en buena parte de los materiales.

Era necesario facilitar el aprendizaje de nuevos filólogos mediante manuales adecuados. Tal fue el propósito de las «Publicaciones de la Revista de Filología Española», colección donde fueron apareciendo la *Introducción a la Lingüística romance* de Meyer-Lübke, traducida con notas y adiciones por Amé-

rico Castro; la *Antología de prosistas españoles* de Menéndez Pidal, olvidada por él desde 1899, pero cuyos prólogos, llenos de certeras observaciones, representan una primera tentativa de historiar los estilos literarios; el *Manual de pronunciación española* de Navarro Tomás, todavía no superado a pesar del tiempo que ha transcurrido desde su primera edición (1918); *La oración y sus partes* de Rodolfo Lenz (1920), novedoso intento de gramática psicológica que aún hoy es aprovechable en bastantes ocasiones; la *Paleografía española* del P. Zacarías García Villada (1923), que fue nuestro vademécum hasta que apareció la de Millares; las valiosísimas *Fuentes de la Historia española* de Benito Sánchez Alonso, el ejemplar bibliotecario del Centro, y la *Introducción al latín vulgar* de Grandgent en versión de Francisco de Borja Moll (1928). Junto a manuales y repertorios, dos monografías de máximo atractivo: *La versificación irregular en la poesía castellana*, de Pedro Henríquez Ureña (1920), que revolucionaba la historia de la métrica, y sobre todo la *Poesía juglaresca y juglares*, de Menéndez Pidal (1924), que presentaba con la animación de la novela más atrayente la vida literaria de la Edad Media en la varia actividad de sus más caracterizados agentes creadores, el juglar, el trovador y el clérigo.

El teatro del Siglo de Oro carecía de ediciones dignas. Buena prueba de ello eran las dos de Lope de Vega patrocinadas por la Academia: si en la de

Menéndez Pelayo la valía de los estudios preliminares contrastaba con la incuria de los textos, la de Cotarelo era un amasijo informe sin cualidad alguna que lo salvase. La colección «Teatro Antiguo Español. Textos y estudios» trató de remediar estos males con transcripciones exactas de manuscritos autógrafos o ediciones antiguas fidedignas, con análisis rigurosos y cumplida anotación: Menéndez Pidal y doña María Goyri dieron en colaboración *La serrana de la Vera* de Vélez de Guevara (1916); Gómez Ocerin, *El príncipe en su imaginación*, del mismo autor (1920); Américo Castro, *Cada cual lo que le toca* y *La viña de Nabot* de Rojas Zorrilla (1917); y más tarde Montesinos *El cuerdo loco* (1922), *Pedro Carbonero* (1929) y *Barlaán y Josafat* (1935), comedias todas de Lope de Vega.

El trabajar en equipo no impedía que cada cual desarrollara su personalidad y orientase su capacidad creadora hacia un campo determinado. Castro manifestó desde el primer momento la honda atracción que sobre él ejercían los grandes problemas ideológicos y espirituales del pasado, que revivía con generosa impetuosidad; siempre consideró la técnica filológica como un saber indispensable que debía servir a preocupaciones más altas. Navarro Tomás, en cambio, se concentró en la fonética experimental, rama científica no cultivada hasta entonces en España, pero imprescindible para los estudios lingüísticos; así lo habían demostrado las aportaciones del

Abate Rousselot en Francia, las de Sievers en Alemania, las de Scripture y Sweet en el mundo anglosajón. El laboratorio de don Tomás contaba al principio con pocos aparatos; los suficientes, sin embargo, para iniciar el análisis riguroso de los sonidos y articulaciones de nuestra lengua. Pronto encontró un discípulo valioso, don Samuel Gili y Gaya, ocho años más joven, que ya en 1918 empezó a publicar importantes artículos sobre fonética y a estudiar la entonación.

La Sección de Instituciones Medievales se vio privada de su gran maestro al morir en 1919 don Eduardo de Hinojosa. Sus *Documentos para la historia de las instituciones de León y Castilla* se publicaron entonces sin el estudio preliminar que había proyectado, pero su monografía *El elemento germánico en el Derecho español* (1915) había dejado profunda huella. Pronto destacaron, como continuadores de Hinojosa, Sánchez-Albornoz, Ramos Loscertales, Galo Sánchez, Torres y López, Prieto Bancos y López Ortiz; el *Anuario de Historia del Derecho Español*, que empezó a publicarse en 1924, mostró la pujanza de la escuela. Tampoco los filólogos olvidaron las enseñanzas de Hinojosa, cuyo estudio sobre *El Derecho en el Poema del Cid* había sido muy tenido en cuenta por Menéndez Pidal. Castro y Onís, interesados a la vez por el lenguaje y las instituciones, editaron los *Fueros leoneses de Zamora, Ledesma, Salamanca y Alba de Tormes* (1916),

anticipándose a la publicación de los de Soria y Alcalá de Henares por Galo Sánchez (1919). En la clase de Castro aprendí las normas del derecho consuetudinario medieval sobre la venganza de la sangre, la prenda extrajudicial o la exigencia de «carpirse» el rostro la mujer que se querellaba de violación. La atención de los colaboradores del Centro a sus respectivas especialidades no les impedía integrarlas en una visión histórica más amplia. Es lo que venía haciendo Menéndez Pidal desde que estudió *La leyenda de los Infantes de Lara* y lo que tendría más acabada manifestación en sus *Orígenes del español* al mostrar la interpenetración de los hechos lingüísticos, literarios, jurídicos, sociales y políticos en el entramado de la historia.

A su vez historiadores del arte y arqueólogos hacían incursiones en terreno literario o lingüístico: Sánchez Cantón publicó en la *Revista de Filología Española*, aparte de artículos menores, el *Arte de trovar* de don Enrique de Villena (1919); Gómez Moreno entraba en el dominio de la epigrafía y lenguas ibéricas, publicaba crónicas latinas de la alta Edad Media y en sus *Iglesias Mozárabes* (1919) mostraba la penetración del arabismo en el latín arromanizado de cenobios y catedrales de la España cristiana durante los siglos IX al XII.

* * *

En sus primeros años el Centro estuvo alojado en los bajos de la Biblioteca Nacional. Hacia 1920 —no puedo precisar la fecha— la Junta para Ampliación de Estudios y el Centro se instalaron en un hotel situado en el número 26 de la calle de Almagro, donde hoy se alzan construcciones modernas sin carácter. Era el Centro que yo conocí y empecé a frecuentar como estudiante pocos años después: un hotel modesto y acogedor, algo destartado, pero con encanto. Lo rodeaba un jardín grato en su abandono. Desde las mesas cubiertas de libros y papeles la mirada podía descansar en los boquetes de cielo que se abrían entre las ramas. En la primavera y el verano se oía el canto de los mirlos. En la planta baja había un vestíbulo con escalera al fondo. A la derecha estaba la Sección de Arte y Arqueología; a la izquierda, la Secretaría de la Junta, con el despacho de Castillejo, y a continuación, la biblioteca. Arriba, en el primer piso, miraba hacia la calle una amplia sala de clases, con larga mesa; a los lados de la sala, los despachos de Castro y Navarro. A los pasillos laterales se abrían salas de trabajo para colaboradores y becarios, la secretaría del Centro y otra clase más chica. El despacho de don Ramón, soleado, con gran cristalera en rotonda, estaba al fondo y daba al jardín. Los suelos eran de madera y crujían bastante. No había alfombras. La calefacción se reducía a unas cuantas estufas de carbón, cosa corriente en aquel entonces;

de todos modos, cuando vinieron a doctorarse los primeros becarios puertorriqueños, Margot Arce no se quitaba su «osito», como llamaba al abrigo de pieles con que intentaba defenderse del invierno madrileño, y Rubén del Rosario se acurrucaba junto a una estufa. El mobiliario correspondía a la austeridad dominante: en el despacho de don Ramón había un tresillo de mimbre; de mimbre eran también las butacas reservadas en otros despachos a los visitantes distinguidos. Pero en cambio se había reunido en pocos años una biblioteca especializada, nutrida y eficaz, donde podían consultarse cuantas publicaciones de interés para la bibliografía hispánica aparecían en España y fuera de ella. Tampoco faltaba la creación literaria reciente: recuerdo haber leído allí, a poco de publicarse, *Los cuernos de don Friolera* y *Tirano Banderas* de Valle-Inclán, *Tigre Juan* y *El curandero de su honra*, de Pérez de Ayala, *Doña Inés* y *Una hora de España*, de Azorín, los libros poéticos del nuevo Juan Ramón Jiménez... La proyección hacia la historia no implicaba ceguera frente a la actualidad.

* * *

En 1968, con motivo de un Homenaje a Dámaso Alonso cuando se jubiló, escribí unas líneas que me permito repetir ahora: «Toda escuela científica, filosófica o artística forma una familia donde los vínculos establecidos por la transmisión del saber se

refuerzan con el afecto creado por la convivencia. Así surgen relaciones, intelectuales y cordiales a la vez, de paternidad, filialidad o hermandad; o semejantes a las que el vasallaje común, el ejemplo y la edad establecían en las mesnadas medievales. Hacia 1925, en la escuela filológica de Menéndez Pidal, don Ramón era el patriarca, el Cid de vellida barba, camino de convertirse ya en Carlomagno de barba florida; su Alvar Fáñez, su Martín Muñoz o su duque Naimés eran Américo Castro, Navarro Tomás y, allá en el lejano Wisconsin, entre nieves y lagos, Solalinde; los tres, maestros consagrados ya. La segunda generación de discípulos, la de los caballeros jóvenes y hazañosos, tenía su Per Vermúdez, su Roldán y su Oliveros en Montesinos, Amado Alonso y Dámaso Alonso. A ellos me sumé sin hazañas, con la inexperiencia del "bachelier léger" en el otoño de 1927, cuando entré de becario en el Centro de Estudios Históricos. Pero Montesinos estaba en su lectorado de Hamburgo, y Amado Alonso acababa de marcharse a Buenos Aires para dirigir allí el Instituto de Filología; de momento, pues, recibí de ellos las lecciones de sus obras, sin que hasta años más tarde los acompañara relación personal. Con Dámaso la tuve casi al mismo tiempo que empecé a aprender de sus escritos».

Esas líneas reflejan someramente los relevos y la expansión que se iban produciendo en la escuela. Tras desempeñar cátedra en las Facultades de Ovie-

do y Salamanca, Federico de Onís había pasado a la Columbia University de Nueva York en 1916. Solalinde, aunque dirigía en Wisconsin un Instituto de Estudios Hispánicos Medievales dedicado principalmente a las obras de Alfonso el Sabio, siguió vinculado al Centro, con frecuentes viajes a Madrid y repetida colaboración en la *Revista de Filología*. Desde 1920 empieza a publicar en ella Montesinos artículos cuyos temas —Lope de Vega, el *Diálogo de Mercurio y Caron*— se relacionan claramente con los intereses intelectuales de Américo Castro y revelan su influencia: Lope y los Valdés habían de centrar la atención de Montesinos hasta la guerra civil. A instancias también de Castro, Dámaso Alonso editó y estudió dos traducciones de textos erasmianos hechas en la España del siglo XVI: la del *Enquiridion* por el Arcediano del Alcor y la anónima de la *Paráclisis*; acompañadas con un prólogo y un apéndice de Marcel Bataillon, se publicaron en 1932. Mientras tanto, desde 1927, Dámaso se entregaba al redescubrimiento de Góngora, Gil Vicente y la canción tradicional. Amado Alonso había ingresado en el Centro en 1917 para estudiar fonética con Navarro Tomás; continuó su aprendizaje en Hamburgo bajo la dirección de Panconcelli-Calzia de 1922 a 1924; y vuelto a Madrid patentizó su gran valía con un extenso artículo sobre *La subagrupación románica del catalán* (1926). La estancia de los tres en el extranjero como pensionados o lecto-

res les proporcionó técnicas nuevas, a la vez que les permitía ver con perspectivas europeas las realidades españolas. Dámaso y Amado Alonso habían de ser después grandes teóricos del lenguaje y de la estilística.

La salida al extranjero no se hacía sólo para recibir enseñanzas o para darlas en los estrechos límites del lectorado. A las misiones magistrales de Onís y Solalinde se añadió en 1925 la de Américo Castro al recién inaugurado Instituto de Filología de la Universidad de Buenos Aires. Fruto de ella fue la edición de un Pentateuco según manuscritos escurialenses del siglo XIII, hecha en colaboración con Agustín Millares y Ángel J. Battistessa. El libro salió en Buenos Aires en 1927 y va prologado por Amado Alonso, nuevo Director del Instituto. Amado transplantó al Río de la Plata las conquistas de la escuela pidaliana y las inquietudes teóricas recibidas en Alemania; y aplicó unas y otras al español de ambos mundos con sagaz comprensión del ambiente y mentalidad americanos. Llevó también, como herencia de don Ramón, la entrega cordial, el tesón contagioso, el don de consejo; y como herencia del Centro, el sentido del trabajo solidario. Así logró renovar al otro lado de los mares y bajo las estrellas del Sur el legado pidaliano, convertido en nueva escuela de filología hispánica.

* * *

El Centro de Estudios Históricos había alcanzado su plenitud. Lo visitaban destacados hispanistas de Europa y América: Arturo Farinelli, con su aire de romántico soñador; Karl Vossler, entusiasmado por su reciente descubrimiento de la literatura española; Leo Spitzer, con su casi melena de artista, tan agudo en su mirar y en su palabra como en su apellido; Fritz Krüger, de manos enormes y rudas, endurecidas al contacto de instrumentos campesinos... Los jóvenes franceses Marcel Bataillon y Jean Sarrailh eran como de la casa. El norteamericano C. Carroll Marden se instaló en el despacho de don Ramón para transcribir los manuscritos de Berceo que acababa de encontrar en la Rioja. Recuerdo también haber conocido allí a Gunnar Tilander, Giovanni Maria Bertini, Arnald Steiger, Salvatore Battaglia... La lista sería interminable. En las vacaciones o aprovechando sus años sabáticos venían de América Solalinde, Buceta y Amado Alonso, que se doctoró en Madrid en 1931; de París, Aurelio Viñas; de Sevilla y Murcia, Pedro Salinas y Jorge Guillén. La relación con el hispanismo extrapeninsular se mantenía además con los Cursos de extranjeros que el Centro organizaba, muy concurridos por estudiantes y docentes.

En 1925, con motivo de sus bodas de plata con la cátedra universitaria, se ofreció a Menéndez Pidal un *Homenaje* en tres gruesos tomos, al que contribuyeron 133 filólogos e historiadores, más de la mi-

tad extranjeros. Al año siguiente, en 1926, vio la luz la obra capital de don Ramón en el terreno lingüístico, los *Orígenes del español* que transformaba radicalmente las doctrinas y métodos de la lingüística histórica: los hechos de lenguaje aparecían enmarcados en las formas de vida y de cultura de cada comunidad hablante. Se ponía de relieve su lentitud: se documentan tras haber permanecido largo tiempo en estado latente; sólo se imponen después de seculares contiendas durante las cuales coexistían con formas que representan distintos grados de evolución; y a veces se frustran a causa de reacciones conservadoras. La visión concreta de la historia lingüística peninsular en los siglos IX al XII se ofrecía totalmente renovada: el castellano, excepcional variedad lingüística de un área muy reducida en un principio, se propagaba rompiendo la fundamental coincidencia existente entre los romances vecinos —leonés, mozárabe y navarro-aragonés— y extendiéndose a costa de ellos, se erigía en creador de una nueva unidad lingüística.

A los *Orígenes del español* se les reservó el primer lugar en la serie de Anejos de la Revista de Filología Española, aunque ya habían salido en 1923 la *Contribución al Diccionario hispánico etimológico* de García de Diego, *La inflexión de las vocales en español* de Max Krepinsky y *El dialecto de San Ciprian de Sanabria* de Fritz Krüger, así como en 1925 *El pensamiento de Cervantes* de Américo Cas-

tro. Después, hasta 1930, fueron publicándose, entre otros, los *Cuatro poemas* y los *Veintitrés milagros* de Berceo en edición de Marden, *El judeo-español de Oriente* de Max Leopold Wagner y el *Garcilaso de la Vega* de Margot Arce. La colección de Anejos no podía inaugurarse con más brillantez.

En 1923 se incorporó al Centro el profesor Homero Serís, que previamente había enseñado e investigado en los Estados Unidos. Aparte de tomar a su cargo la secretaría, inició la recolección de materiales para una vasta bibliografía de la literatura española. En 1936 las fichas reunidas eran unas 40.000; al terminar la guerra civil quedaron en poder del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Otra gran obra iniciada en el decenio 1920-30 fue el *Tesoro Lexicográfico (1492-1726)* dirigido y elaborado por don Samuel Gili y Gaya. Trabajaba don Samuel con dos o tres auxiliares en una cámara abuhardillada a la que se subía por estrecha escalera, creo recordar que de caracol. Aquel desván hacía pensar en el recóndito albergue de un alquimista o en el estudio de un pintor bohemio: pero lo que guardaba eran pilas y pilas de cajas con fichas a las que estaban adheridos recortes de fotocopias en negativo, sacadas de noventa y tantos diccionarios, cuyas fechas iban de 1495 a 1726, esto es, desde el de Nebrija hasta que la Academia, con su Diccionario de Autoridades, inició una nueva época en la lexicografía castellana. Con muy pocos auxi-

liares don Samuel transformaba en cosmos aquel maremagnum de papeletas, fumando, para ayudarse, abundantes cigarrillos de recio tabaco negro. El admirable corpus reunía las definiciones y noticias dadas a palabras españolas por los vocabulistas nacionales y extranjeros durante el período áureo de nuestras letras. Allí figuraban juntas, completándose, las equivalencias latinas de Nebrija, las italianas de Casas y Franciosini, las inglesas de Percivale, Minsheu y Stevens, las francesas de Palet, Oudin y Sobrino; anotaciones inspiradas ya en textos literarios, como los de Ayala, Henríquez y otros lexicógrafos de la segunda mitad del siglo XVII que preparan el camino al primer Diccionario académico, el de Autoridades; finalmente, multitud de vocabularios técnicos que cubren desde el campo de la botánica o de la medicina hasta el de la náutica, sin que falten los especializados en voces de germanías. Las cifras de 268.000 papeletas, 55.000 artículos y 93 diccionarios incluidos dicen por sí solas la excepcional importancia de esta empresa, no sólo capital para cuantos estudien el léxico y semántica españoles, sino para todos los que hayan de interpretar textos de nuestros autores clásicos. Iniciadas las tareas en 1920 bajo los auspicios del Centro de Estudios Históricos, en 1936 estaban impresos ya los 20 primeros pliegos; pero los años azarosos que siguieron impusieron una larga interrupción. Al fin los fascículos del primer volumen, que comprende

desde la A hasta la E, fueron publicados entre 1947 y 1957 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Circunstancias lamentables hicieron que esta obra extraordinaria quedara sin terminar.

Por los mismos años se emprendió un *Glosario del español primitivo* que había de recoger voces romances atestiguadas en textos anteriores al *Cantar de Mío Cid*; constituiría, pues, el complemento léxico de los *Orígenes del español*. Comenzó la reunión de testimonios Pedro Sánchez Sevilla, buen dialectólogo que murió en el verano de 1927 arrastrado por las olas en una playa asturiana. Fue entonces cuando Américo Castro me propuso que entrase en el Centro como becario para continuar la tarea de Sánchez Sevilla. Yo había terminado en junio mi licenciatura en Letras y me sentía tan atraído por la filología grecolatina como por la hispánica; pero el ofrecimiento de Castro, con las perspectivas de trabajar directamente con Menéndez Pidal, decidió mi elección. Los dos primeros meses de aprendizaje consistieron en leer documentos en letra visigoda y estudiar a fondo los *Orígenes*, en espera de que llegase don Ramón, recién operado de la vista en Suiza. Tuve el privilegio de iniciarme en la investigación filológica bajo su dirección y seguir recibiendo su enseñanza en continuas consultas durante nueve años. La elaboración del *Glosario* se interrumpió varias veces por distintos motivos—oposiciones mías a cátedras de Instituto, atención

a otros trabajos que interesaban de momento a Don Ramón—, pero aun así había llegado hasta la letra «r» en julio de 1936. Abandonada entonces la tarea se ha reanudado más de veinte años después con la eficaz intervención de Constantino García González, y es de esperar que el *Glosario* no tarde mucho en ver la luz. Otro *Glosario*, el *de voces comentadas en ediciones de textos clásicos*, reunido por Carmen Fontecha y revisado más tarde por Montesinos, se publicó en 1941.

El estudio del Romancero y de la canción tradicional por don Ramón exigía atención complementaria hacia la música. El gran representante de la musicología en el Centro fue Eduardo Martínez Torner, extraordinario conocedor de la lírica tradicional moderna y de sus relaciones con la de la Edad Media y Siglo de Oro. Más adelante colaboraron con él Jesús Bal y José Castro Escudero.

* * *

En los últimos tiempos de la dictadura de Primo de Rivera el Estado adquirió el edificio de lo que había sido Palacio de Hielo, en la calle del Duque de Medinaceli, para alojar en él organismos de diversa índole. Entre ellos se contaban la Junta para Ampliación de Estudios y el Centro de Estudios Históricos. Llevó algún tiempo transformar aquel local, destinado originariamente a patinaje y baile, en albergue adecuado para la investigación, lo que

dilató el traslado hasta 1930. La nueva instalación no era suntuosa, ni mucho menos, pero sí más amplia y cómoda que en el hotel de la calle Almagro. Sin embargo las vistas a edificios o patios sin carácter hacían añorar los árboles y evónimos del azoriano jardín perdido.

En su nueva sede el Centro extendió e incrementó sus actividades. En la obra personal de don Ramón el interés por la dialectología se había manifestado desde el principio con unas notas de 1899 sobre el bable de Lena y con la monografía de 1906 sobre *El dialecto leonés*. En los primeros tiempos del Centro, Navarro, Castro y Onís habían explorado zonas y rincones leoneses; Navarro, además, recorrió algunos valles del Alto Aragón. Ya hemos visto la buena acogida que en los Anejos de la Revista de Filología Española tuvieron estudios dialectológicos de Krüger y Max Leopold Wagner. Por último la tesis doctoral de Sánchez Sevilla había versado sobre *El habla de Cespadosa de Tormes*, en los límites de Ávila y Salamanca, y se publicó póstumamente en 1928; era la primera vez que se estudiaba un habla rústica del Centro de España sin dialectalismos acusados. Pero en los planes de don Ramón figuraba una empresa de alcance mucho mayor: un *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica* que fuese para las lenguas iberorrománicas lo que para las galarrmánicas era el *Atlas linguistique de la France* de Gilliéron y Edmont. Hacia 1928 ó 29 la realización



del proyecto fue encomendada a don Tomás Navarro Tomás, que trazó las directrices, dispuso los cuestionarios para las encuestas, eligió los puntos que habían de visitarse, estableció las normas de transcripción y formó su equipo de colaboradores. Lorenzo Rodríguez Castellano, Aurelio Macedonio Espinosa (Junior), Manuel Sanchis Guarner, Francisco de Borja Moll, Aníbal Otero y Armando Nobre de Gusmão fueron los expedicionarios encuestadores, mientras Jacinto Vallelado e Ignacio Aguilera se encargaban de la coordinación. Desde 1933 fueron apareciendo los primeros resultados de la exploración: *La frontera del andaluz*, extenso artículo de Navarro, Espinosa y Rodríguez Castellano (1933); los *Arcaísmos dialectales*, tesis de Espinosa (1935); *La aspiración de la «h» en el Sur y Oeste de España*, de Espinosa y Rodríguez Castellano, y *Extensión y vitalidad del valenciano «apitxat»*, de Sanchis Guarner. Al mediar 1936, año al que corresponden los dos últimos artículos citados, estaba explorada la mayor parte de la Península, así como las Baleares. El 18 de julio sorprendió a Aníbal Otero cuando en compañía de Gusmão se hallaba encuestando aldeas portuguesas; la transcripción fonética y el automóvil del Ministerio español en que hacían el recorrido infundieron sospechas en el país vecino; Otero fue entregado a las autoridades de la España nacional, y salvó su vida gracias a que don Ramón, desde Francia, intervino eficazmente en favor suyo.

Al fin de la guerra Navarro Tomás, temiendo por la suerte de los materiales reunidos, los depositó en la Columbia University; allí permanecieron hasta que en 1950 el Consejo Superior de Investigaciones Científicas se ofreció a completar las encuestas que faltaban y publicar la obra. El primer volumen, compuesto por 80 mapas, apareció anónimo en 1962 y no ha tenido continuación. Lástima grande, pues el ALPI es un testimonio excepcional del estado en que se hallaban las hablas de los pueblos peninsulares antes que las alterasen o barriesen la guerra civil, la modernización de las técnicas agrarias, el creciente abandono del campo y la influencia de los grandes medios de comunicación.

Siguieron apareciendo, sin perder calidad, la *Revista de Filología Española* y sus Anejos. Entre éstos sobresalen la *Fonética del hispano-árabe*, de Arnald Steiger (1932); la *Historia Troyana en prosa y verso*, texto de hacia 1270 editado y estudiado por Menéndez Pidal en colaboración con E. Varón Vallejo (1934); dos de Dámaso Alonso, la edición y estudio del *Enquiridion* y la *Paráclisis* de Erasmo, en sus versiones del siglo XVI, con prólogo de Ba-taillon (1932), y *La lengua poética de Góngora* (1935); finalmente, los *Glosarios latino-españoles de la Edad Media* (1936), que habían de ser el último trabajo puramente filológico de Américo Castro.

Desde mucho antes proyectaba don Ramón una *Crestomatía del español medieval* semejante a las

del francés y provenzal antiguos reunidas por Bartsch. Ya sus primeros colaboradores le ayudaron en la recolección de textos. Los trabajos se reanudaron hacia 1930 con intervención de Enriqueta Hors, eficaz y esmerada en su labor; de Enrique Moreno Báez, recién venido de La Plata, donde había tenido por maestro a Pedro Henríquez Ureña; de Rosa Castillo, romanista y semitista procedente de Barcelona; y de Pilar Lago, a quien don Ramón, con supremo acierto, asignó una mesa fronterera de la mía para que preparase textos críticos de Berceo. No creo que en los propósitos del maestro entrase el fomento de la endogamia, pero ésta surgió espontáneamente: Pilar y yo nos casamos en 1932, y meses después siguieron nuestro ejemplo Rosa y Enrique. Tras la interrupción impuesta por la guerra, dos volúmenes de esta *Crestomatía* fueron publicados por el Seminario Menéndez Pidal en 1965-66 con la cooperación de María Soledad de Andrés.

Durante los veinte años iniciales del Centro, los estudios literarios que en él se hacían estuvieron orientados hacia la Edad Media y el Siglo de Oro; pero en junio de 1932 surgió la revista *Índice Literario. Archivo de la Literatura Contemporánea*, con Pedro Salinas como director y Guillermo de Torre, José María Quiroga y Vicente Llorens como redactores. Por entonces también se creó una Sección que, bajo la dirección de Castro, publicó la revista *Tierra Firme* (1935-36) y se ocupó de temas hispanoameri-

canos. En ella Angel Rosenblat, llegado de Alemania y procedente de Argentina, estudiaba ya los problemas de la población de América, las lenguas indígenas y la obra del Inca Garcilaso, mientras Ramón Iglesias y Antonio Rodríguez-Moñino preparaban una edición de la *Verdadera Historia* de Bernal Díaz del Castillo según el código de Guatemala, con variantes del de Alegría; los pliegos impresos en 1936 fueron publicados en 1940 por el Consejo Superior de Investigaciones Científicas sin mencionar a los editores ni advertir que se trataba sólo de una parte de la obra.

La influencia política de Sánchez-Albornoz, diputado en las primeras cortes de la República, le permitió conseguir subvención estatal para que en el Centro se creara un Instituto de Estudios Medievales que, además de continuar investigando sobre la historia del Derecho y de las instituciones, preparase la edición de los *Monumenta Hispaniae Historica*. Este grandioso corpus, similar a los *Monumenta Germaniae Historica* y a los *Portugaliae Monumenta Historica*, había de comprender crónicas y anales, leyes y fueros, diplomas y escrituras notariales. Al grupo de estudiosos ya formado en el Centro en torno a Sánchez-Albornoz y Galo Sánchez se unieron otros nuevos; así trabajaron juntos en el Instituto, entre otros, Ángel Ferrari, Luis García de Valdeavellano, Alfonso García Gallo, Luis Vázquez de Parga, Gerardo Núñez, Ramón Paz, Concha Mue-

dra, Consuelo Gutiérrez del Arroyo, Pilar Loscertales, Carmen Caamaño, Teresa Casares, María del Carmen Nogués, Ana Pardo, Carmen Ortueta, María Braña y Francisca Ruiz Pedroviejo. Entre ellos y los que nos ocupábamos del español preliterario hubo continuo intercambio de consultas.

La última creación importante que hubo en el Centro fue la Sección de Estudios Clásicos. No había faltado atención a éstos en los decenios anteriores: en el Centro se habían formado latinistas como José Vallejo, Bienvenido Martín y Abelardo Moralejo, y habían dado cursos monográficos don Pedro Urbano González de la Calle y don Benito Sánchez Alonso. Pero en 1932 ó 33 se llamó al lingüista italiano Giuliano Bonfante para que coordinase el esfuerzo, antes disperso, de latinistas y helenistas españoles. En 1934 Menéndez Pidal interesó al ministro de Instrucción Pública don Filiberto Villalobos, que concedió los fondos necesarios para que la Sección funcionara seriamente. Bonfante, con insuperable celeridad, reunió una rica biblioteca y lanzó una revista, *Emerita*, que en 1936 publicaba su cuarto volumen. Colaboraron en la nueva Sección Sánchez Barrado, Vallejo, José Manuel Pabón, Clemente Hernando Balmori, Antonio Magariños, Vicente Blanco y el entonces muy joven Antonio Tovar. A Hernando Balmori se debió el primer estudio científico de una inscripción céltica o precéltica peninsular, la de Lamas de Moledo, en Portugal; y a To-

var, la primera edición que de un texto clásico se hizo en el Centro, la de las *Églogas* de Virgilio. Don Ramón celebraba con justo orgullo que, impulsadas por él, las humanidades clásicas hubieran renacido en España a nivel europeo.

* * *

Esta enumeración de lo que se llevó a cabo o sólo se comenzó en el Centro de Estudios Históricos es muy incompleta por dos razones: en primer lugar está hecha sobre recuerdos; por otra parte se limita a los campos de la filología, la historia jurídica y la diplomática por ser los más estrechamente vinculados a la iniciativa u orientación de Menéndez Pidal. Aparte queda la enorme labor de las Secciones de Arte y Arqueología, cuyos frutos no estoy en condiciones de reseñar, aunque tantas veces, buscando noticias para el léxico español primitivo, acudiera con provecho a las *Iglesias Mozárabes* de don Manuel Gómez Moreno y a sus textos de viejos cronicones.

La creciente extensión del Centro y la nutrida incorporación de miembros nuevos no llegaron a quebrantar el sentimiento cohesivo, de familia intelectual, que en él dominaba. A pesar de que en la sociedad española las fisuras políticas e ideológicas se estaban abriendo con amenaza de abismo, en el Centro las diferentes reacciones de cada cual no eran piedra de escándalo ni motivo de exclusión

para los demás. Hasta julio de 1936 el clima de comprensivo liberalismo seguía manteniéndose allí, a diferencia de lo que ocurría en la calle o en el Parlamento. Pero la guerra civil cayó sobre el Centro, como sobre toda España, igual que un hachazo. Por de pronto fue causa de dispersión: el 18 de julio Américo Castro se encontraba en San Sebastián, Pedro Salinas en Santander, Sánchez-Albornoz en Lisboa, Salvador Fernández, último secretario del Centro, en Salamanca; tal fue el principio de una diáspora que había de acrecentarse a lo largo de la contienda. Un mes más tarde, en Madrid, los locales de Medinaceli 4 sufrieron un conato de asalto por parte de extremistas resentidos, que buscaron a Castillejo y Prieto Bances en forma tan amenazadora que los dos decidieron buscar su seguridad saliendo de España. Un comité político sometió a interrogatorio a los presuntos derechistas. A fines de octubre la movilización sindical afectó a todo el personal dependiente del Ministerio de Instrucción Pública. En aquellos trágicos días el conserje del Centro, el buenísimo Benito Almazán, pagó con su vida el amparo a un pariente perseguido. Y a primeros de noviembre las planas mayores de la Junta para Ampliación de Estudios y del Centro se trasladaron a Valencia, más adelante a Barcelona. También don Ramón y la parte de su familia que había quedado en zona republicana marcharon a Valencia, desde donde pasaron a Francia.

El Centro permaneció unas semanas prácticamente abandonado, a riesgo de que los bombardeos o la instalación de cualquier entidad militar o política dieran al traste con los libros y materiales de investigación. A fines de diciembre o primeros de enero logré que a un grupo de colaboradores de la Junta y profesores del Instituto Escuela, movilizados todos para servicios auxiliares, se nos encomendase proteger los locales de Medinaceli, 4. Bajamos a los sótanos los ficheros, originales y demás documentación, y establecimos un turno para, con las armas de la palabra, pues no teníamos otras, salir al paso de posibles allanamientos. Poco a poco, dentro de las penosas circunstancias de la ciudad sitiada, la vida se iba haciendo menos insegura. En el Centro se fueron reanudando tímidamente algunas actividades. Navarro Tomás me encargó mantener la relación entre los restos del Centro en Madrid y el núcleo de Valencia, a fin de sostener, en lo posible, la continuidad de las publicaciones. Algo se consiguió, gracias a que las imprentas de Hernando y Aguirre siguieron funcionando a pesar de las dificultades; así salieron algunos fascículos de la *Revista de Filología Española*, de *Emerita* y del *Archivo Español de Arte y Arqueología*, así como el libro *De Virginitate Beatae Mariae* de San Ildefonso, editado por Vicente Blanco e increíblemente acabado de imprimir en el Madrid de 1937. Pero a aquel último reducto de convivencia llegaban continua-

mente noticias adversas: Bonfante y Rosenblat fueron expulsados de la zona republicana; Castro, Salinas y Sánchez-Albornoz, en exilio y destituidos por el gobierno de Burgos o Salamanca, lo fueron también por el de Barcelona. Éste se había hecho cargo de los materiales reunidos por don Ramón para su Romancero, a fin de mandárselos a Nueva York; pero después los retuvo, sin permitir el envío. Movilizado nuevamente en 1938, dejé aquella especie de secretaría en manos del modelo de noble humanidad que fue don Benito Sánchez Alonso; pero seguí frecuentando el Centro cada vez más despojado. Y confieso que, deambulando por aquellos despachos y pasillos solitarios, lloré más de una vez, convencido de que, cualquiera que fuese la suerte de la contienda, el Centro y su espíritu no sobrevivirían.

Cuando, terminada la guerra, volvió don Ramón a España, un dirigente de la nueva situación lo recibió con un artículo hostil; el Tribunal de Responsabilidades Políticas le instruyó expediente y congeló sus cuentas bancarias; permaneció apartado de la Academia Española hasta 1947; y el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, sucesor de la Junta para Ampliación de Estudios, le ofreció un cargo secundario que él no pudo aceptar. Es cierto que el Consejo acogió a arqueólogos, historiadores del arte o de las instituciones, cultivadores de la filología clásica, etc., que antes habían colaborado

en el Centro de Estudios Históricos; pero la mayoría de quienes se habían dedicado allí a la filología hispánica estaban en el exilio, en la cárcel o alejados de Madrid; algunos, a pesar de los esfuerzos de Dámaso Alonso en su favor, fueron rechazados por los gerifaltes del Consejo. Todo parecía concitarse para acabar con la escuela de Menéndez Pidal.

Y sin embargo, no pereció. Don Ramón volvió al trabajo sin más colaboración que la hogareña: doña María, sus hijos Jimena y Gonzalo, algún fiel discípulo como Manuel Muñoz Cortés. Algo aliviaron su aislamiento el Instituto de Estudios Políticos y más tarde el de Cultura Hispánica por iniciativa de Joaquín Ruiz Giménez. En esos años formó directamente a su sobrino Álvaro Galmés y a su nieto Diego Catalán, que había de proseguir en el futuro Seminario Menéndez Pidal la obra del abuelo. Por otra parte la herencia científica del Centro se transmitió a la Universidad de la posguerra gracias a la labor de Dámaso Alonso en Madrid, de García Blanco y Tovar en Salamanca, y de algunos más. Don Ramón y quienes como él quedamos fuera de los organismos oficiales de investigación pudimos ver con alegría cómo, pese a todas las adversidades, la semilla soterrada retoñaba en universidades españolas que antes de la guerra eran ajenas a los estudios filológicos. ¿Quién iba a pensar en 1936 que de Granada podía salir veinticinco años después el *Atlas Lingüístico y Etnológico de An-*

dalucía, que en Oviedo se publicaría una revista como *Archivum*, o como *Verba* en Santiago? El legado científico de don Ramón vive en todo el mundo hispánico; vive en las generaciones nuevas que, conscientes de ello o no, combinan lo heredado con las apetencias de la investigación actual.

El modelo de investigación pidalino cara al mañana (*)

DIEGO CATALAN

Dejando aparte mis recuerdos de Ramón Menéndez Pidal como abuelo, mi contacto con él, en cuanto maestro y guía intelectual, se refiere, básicamente, a los años que van desde 1944 hasta su muerte, ahora hace 10 años, esto es, a un período de su vida comprendido entre los 75 y los 99 años. La Guerra Civil, la diáspora intelectual, el desmantelamiento del «Centro de Estudios Históricos» por el franquismo triunfante, la nueva orientación intelectual (o anti-intelectual) de España en los años 40, habían dejado a Menéndez Pidal sin colaboradores y discípulos, sin un centro de trabajo y sin perspectivas inmediatas de encontrar apoyo para concluir los numerosos proyectos, de carácter colectivo, iniciados durante los treinta años de actividad del Cen-

* Este trabajo fue nuevamente leído, por especial encargo del profesor Contini en la «Scuola Normale Superiore» de Pisa, el 5 de marzo de 1979.

tro y que aún no habían llagado a su coronación. Ante una edad y unas circunstancias desalentadoras, Menéndez Pidal, convencido de que «la agerasia es caso bien común en los tiempos actuales»¹ y fiado en la fuerza rejuvenecedora de la actividad creativa, había reaccionado refugiándose en su hogar de Chamartín, donde trató de hacerse ejemplo de que «la voluntad lo puede todo, es decir, todo lo que depende de nosotros mismos, y no de otros»², reconstruyendo su vida de investigador como un *Privatgelehrter*, pero sin por ello renunciar a la esperanza de ver renacer, algún día, un centro de trabajo capaz de recoger los frutos de los largos años de planificación de obras colaborativas de largo alcance.

En esos años de continuada rebelión —en todo lo que la rebeldía puede ser sensata—³ contra la senectud, Menéndez Pidal no produjo, quizá, sus ensayos más originales —yo diría que su período más creador en el plano ideológico se sitúa entre sus 45 y sus 60 años—, pero sí supo coronar su obra con un conjunto de grandes síntesis —*Los españoles en la Historia* (1947), *El Imperio hispánico y los cinco reinos* (1950), la tercera edición revisada de *los Orígenes del español* (1950), *Reliquias de la poesía*

¹ R. Menéndez Pidal, «Los noventa años...», *Papeles de Son Armadans* 39 (jun. 1959). Reed. en *Non omnis moriar. Dos lecciones de Ramón Menéndez Pidal*. (Madrid, Seminario Menéndez Pidal y Gredos, 1969), págs. 11-20 (pág. 12).

² *Non omnis moriar*, pág. 19.

³ *Non omnis moriar*, pág. 19.

épica española (1951), *Romancero Hispánico* (1953), etcétera—, algunas de ellas llenas de sorprendentes hallazgos —como la *Chanson de Roland y el neotradicionalismo* (publicada a sus 90 años: 1959)—, y hasta se permitió el lujo de dejar inconclusas, si bien prácticamente completas, dos de sus obras magnas más queridas, la **Historia de la lengua española* y la **Historia de la épica* (cuya publicación sería posible si alguna institución patrocinase el trabajo de un par de colaboradores extraordinarios de la Cátedra Seminario Menéndez Pidal que rematasen la labor previa editorial de los manuscritos conservados)⁴.

La sorprendente nueva juventud de Menéndez Pidal en su ancianidad le hacía mirar constantemente hacia el futuro:

Se dice —escribía a sus 90 años⁵— que la más triste limitación que pesa sobre la vejez es el no disponer de un *mañana*. Pero esto debemos rechazarlo como inexacto. Con el *mañana* cuentan los viejos lo mismo que los jóvenes, y cuentan precariamente tanto los unos como los otros, por aquello de que, 'No hay viejo que no pueda vivir un año, ni mozo que no pueda morir mañana'.

⁴ Sobre la **Historia de la lengua* cfr. D. Catalán, *Lingüística ibero-románica*, «Biblioteca Románica Hispánica-Manuales», 34 (Madrid, Gredos, 1974), págs. 125-127; la **Historia de la épica* está en vías de publicación dentro de las «Obras Completas» de R. Menéndez Pidal que edita Espasa-Calpe.

⁵ *Non omnis moriar*, pág. 13.

En los paseos vespertinos que, mientras viví a su lado, solía dar diariamente conmigo —ya sea por los desmontes que entonces existían en Chamartín y Hortaleza, ya sea por la sierra de Guadarrama— nunca se le ocurrió acudir al pasado como tema de conversación. Discutíamos sobre el presente, co-redactábamos páginas de obras en elaboración o hacíamos planes para un mañana. Dispuesto siempre a no dejar decaer la actividad vital —ya sea intelectual, ya física— y preocupado por vivir en el *hoy*, Menéndez Pidal se dejó envolver en el nuevo ritmo vital que, poco a poco, ha ido aniquilando la pausada concepción de la vida investigadora que a él aún le tocó vivir en su juventud, allá en el pasado siglo y principios de éste, y que le había permitido construir sus primeros libros, piedra a piedra, desde los cimientos. La prosa pidalina ganó en frescura lo que sus obras perdían, ya que no en solidez, en ambiciosa aspiración al control exhaustivo de los datos primarios:

El mañana breve apremia para que no perdamos tiempo en lo que no es absolutamente indispensable (...). Si la juventud encuentra tiempo para todo, la vejez vive días fugaces que no tienen veinticuatro horas, años fugacísimos que no tienen 365 días⁶.

Por entonces, los especialistas y los lectores en general se habían acostumbrado a la eterna «actua-

⁶ *Non omnis moriar*, págs. 14-15.

lidad» de Menéndez Pidal, a su continuada presencia en el ruedo intelectual a pesar del paso de las generaciones. Se veneraría su figura, ese «omne esencial» (como le llamó Yakov Malkiel⁷, robando el concepto a Fernando del Pulgar); pero nadie veía su obra desde una perspectiva histórica, esto es, como ciencia, genial sí, pero representativa de métodos e ideologías identificables con un determinado período inactual. Hoy, entrados en el último cuarto del siglo xx, diez años después de la muerte de Menéndez Pidal la situación ha cambiado. Lógicamente, Menéndez Pidal ha recobrado su puesto en su generación, y su privilegiada agerasia no desdibuja su definición histórica. A primera vista, el cambio de perspectiva supone para la obra pidalina un peligro, al ser posible el considerarla lejano antecesor de la investigación presente; pero la necesaria vinculación de un «monumentum aere perennius» a una determinada época histórica, a una filosofía, en nada disminuye su valor como construcción ni como modelo.

El propio Menéndez Pidal nos puso en guardia, en unas reflexiones escritas en 1953⁸, acerca del peligro que todo joven investigador corre cuando acomete la empresa «de modificar una construcción

⁷ *Romance Philology*, 23 (1969-70), pág. 371.

⁸ «Novedad y alcibiadismo», «*Alcalá*». *Revista Universitaria Española*, 25-III-1953. Reed. en *Non omnis moriar*, páginas 21-32.

ya hecha», sobre todo «si le apremia la comezón de publicar algo original»:

El investigador que corre la recia tormenta de la prisa echa a un lado aspectos esenciales en el problema estudiado y deja a medias la consideración del asunto (...). En las ciencias exactas estos olvidos no son concebibles, pero en las ciencias humanas (...) no sólo son pasaderos sino corrientes, tanto que los juicios aligerados son causa principal del fatigoso tejer y destejer opiniones, con gran pérdida de tiempo en la fijación de algunos jalones seguros para encaminar el pensamiento histórico.

Las construcciones pidalinas, levantadas sobre un conjunto de campos del saber que hoy tienden a considerarse parcelas autónomas —suponiendo que es posible y hasta, según algunos, deseable su planificación autárquica—, siguen siendo, aún para aquellos que las proclaman viejas y próximas a la ruina, las únicas que, hoy por hoy, resultan medianamente habitables. Ello es verdad respecto a la épica medieval castellana y respecto a la poesía lírica y la poesía narrativa de tradición oral, respecto a la historia medieval castellano-leonesa y respecto a su historiografía, respecto a los orígenes de las lenguas ibero-románicas y respecto a los orígenes del español de América, respecto a las transformaciones lingüísticas del español común en el siglo XVI y respecto a los cambios generacionales en el español literario a lo largo del biseccular Siglo de

Oro, etc., etc. Los que hoy trabajamos en alguno de los muy variados espacios de la historia —política, cultural, literaria, lingüística— de España que atrajeron la atención de Menéndez Pidal, tenemos, por lo común, conciencia de que, si no queremos caer en el pueril incendiario de Eróstrato, debemos seguir apoyando nuestras nuevas construcciones en los viejos muros que levantó Menéndez Pidal.

Al mismo tiempo, es preciso reconocer que el impacto pidalino en la historia universal de las ciencias humanas no corresponde, ni con mucho, a la importancia teórica y a la originalidad de sus contribuciones a pesar de la actualidad que hoy podemos descubrir en sus teorías. Es más, ni siquiera está en relación con el prestigio, en cierto modo «de oídas, que no de vista», gozado por Menéndez Pidal entre varias generaciones de investigadores europeos y americanos durante sus largos y fructíferos años de senectud. Ello no es de extrañar. En parte, por eso de que la lengua es compañera del Imperio, y el español —en que Menéndez Pidal escribía— no es precisamente una de las grandes lenguas en que las ciencias modernas se expresan. En parte, por la auto-suficiencia de la ciencia centro-europea y norteamericana, para quienes el «tercer mundo» —al cual seguían adscribiendo a España— sólo pesaba gracias a su exotismo. Finalmente, a causa del nacionalismo noventayochista de Menéndez Pidal, que le llevaría, ciertamente, a europeizar la investigación

filológica española, pero siempre dentro de un programa de renovación nacional cuyo fundamental objetivo era llegar a una más profunda y auténtica comprensión de la peculiar tradición cultural española, no el trascenderla.

Es a la luz de estas consideraciones como creo que conviene plantearse hoy todo acercamiento a la obra de Ramón Menéndez Pidal. Por una parte, es preciso verla como un conjunto arquitectónico de amplitud extraordinaria, cuyas partes contribuyen a, y dependen de, la concepción total que preside el conjunto. La parcelación del saber en forma muy distinta a la que hizo posible la construcción pidalina no debe privarnos de tener presente, en cada caso, que una determinada obra de Menéndez Pidal, perteneciente a una determinada parcela, se apoya siempre en cimientos y muros que rebasan el área ocupada por la especialidad en que nosotros tendemos a movernos. Si, preocupados por la renovación del edificio, pretendemos substituir una fachada aquí, una techumbre allá, o, más modestamente, dos o tres columnas, es preciso que, antes, aprendamos a apuntalar el edificio en su conjunto y trabajemos provistos de un andamiaje apropiado. Otra posibilidad es condenar al derribo la totalidad del conjunto de edificios, y empezarlos, uno a uno, de nueva planta, aprovechando, de paso, los materiales de las viejas construcciones pidalinas. Pero, en este caso,

me temo que el polvo que levantaríamos no nos dejaría fabricar en mucho tiempo.

Las dificultades señaladas no deben amilanarnos, la posibilidad de situar la obra pidalina en su debido lugar dentro de la historia nos permitirá levantar *a su lado* las nuevas construcciones que una nueva época —con su nueva filosofía (y entiendo por ella el entramado ideológico sustentador de su actividad social: económica, política, estética, ética, epistemológica, etc.)— pide de nosotros.

Pongamos unos ejemplos. A fines del siglo pasado, Menéndez Pidal, seducido por los esfuerzos reconstructivos de la poesía heroico-popular realizados por M. Milà i Fontanals, emprende, provisto de los nuevos utensilios que le proporcionaba la tecnología filológica, el estudio sistemático de la historiografía medieval hispánica. Su objetivo final era descubrir y restaurar el viejo edificio de la épica española a partir de las venerables ruinas que de ella quedaban en las crónicas; pero, en el camino consiguió desembrollar la compleja genealogía de las historias medievales, apartando del hacinamiento en que yacían los tipos más notables que de ellas existieron, y describir sus características más salientes. Hoy podemos tener serias dudas respecto a la validez del árbol genealógico de las crónicas establecido por Menéndez Pidal; personalmente creo incluso haber demostrado que la *Primera crónica general* editada por Menéndez Pidal no puede iden-

tificarse, ni mucho menos, con la «versión matriz», con la *Estoria de España* concebida por Alfonso X (aunque siga creyendo que, entre todas las crónicas generales, es la más próxima a ella, en el estado en que Alfonso X la dejó)⁹. Pero, antes de intentar proponer una nueva genealogía de las crónicas en sustitución de la pidalina es preciso volver a explorar en todos sus rincones la «selva selvaggia e aspra e forte» constituida por cerca de un centenar de manuscritos cronísticos, atendiendo con igual cuidado a los pasajes basados en fuentes conocidas (historias latinas, poemas narrativos, poemas heroicos) y a los que se basan en fuentes desconocidas (historias árabes, anales, y poemas épicos perdidos), y no creer que el estudio intensivo de una sola crónica o el examen detenido de un fragmento de historia en las varias crónicas generales basta para construir una hipótesis de recambio. Por muy necesaria que nos parezca la tarea de elaborar una nueva historia de la historiografía medieval española, sería un «juicio aligerado», presuntuoso e irresponsable, el considerar caduca la concepción pidalina de la «tradi-

⁹ Véase *Primera Crónica General de España*, ed. por R. Menéndez Pidal. Tercera reimpresión, con un estudio actualizador de D. Catalán, vol. III (de próxima publicación); y, por el momento, D. Catalán, *De Alfonso X al Conde de Barcelos* (Madrid, Seminario Menéndez Pidal y Gredos), págs. 19-203 y «El taller historiográfico alfonsí. Métodos y problemas en el trabajo compilatorio», *Romania*, 84 (1963), 354-75.

cionalidad» de las crónicas medievales. Nuestra obligación es, por el contrario, analizar ese concepto y ahondar en él, tratando de explicar la «apertura», del significante y del significado, en las obras anteriores a la mercantilización de la creación literaria que Guttemberg hizo posible, y, en especial, en los géneros que interesan a un grupo social amplio y diversificado. La superación de la etapa de investigación que Menéndez Pidal representa podrá entonces consistir en el intento de dar respuesta a la pregunta ¿qué propósitos mueven a los transmisores de una crónica a alterar la narración tradicional?, pregunta que presupone la admisión del hecho, incontrovertible, de que la variación del texto y de la estructura de una crónica no es (salvo casos excepcionales) un accidente en el proceso de la transmisión, sino algo consubstancial al modo de reproducirse el modelo, pero pregunta que, pese a su importancia, nadie se había parado a formular. La contestación requiere tener bien presente que el «perfeccionamiento» del relato puede hacerse aplicando los recursos de transformación de los textos recomendados por la retórica, o sometiendo a una crítica interna la intriga del modelo para suplir las secuencias de «fábula» que se echan en falta en la cadena de eventos narrados, o reaccionando —por razones morales— ante lo narrado e intentando imponer a los hechos una deseable ejemplaridad, o transformando el mensaje para ajustarlo a nuevas intencio-

nes. políticas¹⁰. En consecuencia, sólo un saber que abarque el variado conjunto de disciplinas que tradicionalmente formaban parte de la «Filología» hará posible comprender los varios niveles de organización de los relatos historiográficos y descubrir la red de relaciones paradigmáticas que se manifiestan en la sintagmática de cada texto.

Del mismo modo, para levantar una nueva historia de la épica medieval española es imprescindible volver a plantearse, en su conjunto, la cuestión de las relaciones entre unas crónicas y otras y de su cronología relativa y absoluta; y, si queremos avanzar más allá de donde Menéndez Pidal dejó esa cuestión, conviene que examinemos no sólo el cómo y el por qué las historias se refunden —debido a cambios en la concepción estilística, ética y política de la historiografía— sino también a qué principios está sujeto, en cada caso, el arte de prosificar y resumir las fuentes poéticas de carácter juglaresco. En mis estudios sobre la historiografía de los siglos XIII, XIV y XV he podido comprobar que ciertos relatos «novelizados» de las crónicas ciertas «variantes» de una leyenda épica no se explican a partir de refundiciones poéticas —según pensaba Menéndez Pidal—, sino que responden a nuevas formas del

¹⁰ Cfr. D. Catalán, «Los modos de producción y 'reproducción' del texto literario y la noción de apertura», *Homenaje a Julio Caro Baroja* (Madrid, Centro de Investigación Sociológicas, 1978), págs. 245-270 (págs. 265-270).

arte de historiar o a manipulaciones de la narración por parte de los cronistas en función de razones artísticas, éticas o políticas¹¹. Pero sería locura por mi parte apoyarme en ese hecho —como han querido hacer algunos críticos¹²— para negar la vida «latente» (otro esencial concepto pidalino) de las refundiciones épicas varias del *Mío Cid* o de *Los Infantes de Salas*, pues su existencia nos consta a través del testimonio convergente —más o menos explícito— de una serie de hechos que quedarían inexplicables si no aceptáramos esa hipótesis.

El *Mío Cid*, al exaltar, en la figura del gran «salido» de la tierra, a la pequeña nobleza fronteriza, sin bienes raíces, pero capaz de ganar, no sólo el pan, sino también envidiables riquezas y bienes muebles y fungibles mediante la acción y mediante el cultivo de un conjunto de «virtudes» heroicas, quizá responda a tensiones económico-políticas posteriores a «la España del Cid», quizá refleje una «lucha de clases» pre-capitalista propia de los años que siguieron a la gran crisis provocada por el fin

¹¹ D. Catalán, «Poesía y novela en la historiografía castellana de los siglos XIII y XIV», *Mélanges ... Rita Lejeune*, 1 (Gembloux, Duculot, 1969), págs. 423-441 (págs. 438-441).

¹² Me malinterpreta C. Morón Arroyo en *Hispanic Review*, 38 (1970), pág. 38, cuando considera que en *Hispanic Review*, 31 (1963), 300-301, 306, he «demostrado» que, respecto al *Mío Cid*, «sólo queda constancia de un Poema sin refundiciones». Véase en «Poesía y novela...» (artículo cit., nota 11), págs. 434-435, donde cito dos trozos de la **Refundición del Mío Cid* conservados —en verso y todo— por la *Crónica de Castilla*.

del flujo monetario de las «parias» (al producirse, con los triunfos almorávides, el colapso de la política colonial de Alfonso VI)¹³. El *Mio Cid* posiblemente sea una obra que responde a intereses políticos navarros y no castellanos: a la enemiga de la dinastía bastarda de Pamplona, heredera de la sangre del Cid, respecto a la familia castellano-navarra de los descendientes de Garci Ordóñez y la infanta doña Urraca, usurpadores de la Rioja desde el fratricidio que puso fin a la anterior dinastía navarra¹⁴; o en, particular, a los modos de evaluar el pasado y el presente que tuvieron los descendientes de Diego Téllez, «el que de Albar Fáñez fo» (*Mio Cid*, v. 2814), ese caballero vecino de San Esteban —«una buena çipdad» (*Mio Cid*, v. 397), cuyos habitantes, al decir del poeta, «siempre mesurados son» (*Mio Cid*, v. 2820)— que tan buen papel juega en la fabulosa historia del robledal de Corpes, gracias, creo yo, a los dineros invertidos por él, o por sus descendientes, en el cantor de «mio Cid» y de su supuestamente inseparable compañero Minaya Alvar Fá-

¹³ La «revolución» almorávide y sus consecuencias en la España cristiana no han sido aún bien estudiadas desde un punto de vista socioeconómico. Apunto algunas sugerencias en «De Nájera a Salobreña. Notas lingüísticas e históricas sobre un reino en estado latente» *Studia Hispanica in Honorem R. Lapesa*, 3 (Madrid, Seminario Menéndez Pidal y Gredos, 1975), págs. 97-121 (104 y 109).

¹⁴ Cfr. D. Catalán, «Sobre el 'ihante' que quemó la mezcquita de Elvira y la crisis de Navarra en el siglo XI», *Al-Andalus*, 31 (1966), 209-235.

ñez¹⁵. Pero, el defender que el autor del *Poema del Cid* cantó al héroe en función de «maneras de pensar y de sentir» próximas a él¹⁶, nada resta a la esencial afirmación pidalina de que «sin la epopeya ignoraríamos, con muchas costumbres, ritos y modos de ser, muchas maneras de pensar y de sentir, las más impulsoras de la vida, las que nos dan a conocer la antigua civilización medieval mejor que cualquier otra crónica de la época»¹⁷, y en modo alguno nos obliga a renunciar, como algunos historiadores neo-positivistas propugnan, a la información proporcionada por la épica a la hora de com-

¹⁵ Si los personajes tratados negativamente en el *Mio Cid* son importantes para comprender el trasfondo político del poema, sobre todo cuando se les acusa de crímenes que no cometieron (como la afrenta de Corpes), los personajes gratos al poeta, y especialmente aquellos a quienes se atribuyen hechos positivos que contradicen a la historia o que no pudieron realizar por ser legendarios, pueden aclararnos a quiénes pretendía complacer el poeta cuando inventó el *Mio Cid*.

¹⁶ Estoy conforme con María Eugenia Lacarra, «Ideología y conflicto social en el *Poema del Mio Cid*», Doctoral Dissertation (University of California-Los Angeles, 1976) con que el *Mio Cid* ha de reflejar ideologías y conflictos sociales propios del tiempo en que se escribe y no, puramente, de los días de Rodrigo Díaz. Pero difiero profundamente en la interpretación del «mensaje» ideológico que el poeta trató de hacer llegar a los oyentes.

¹⁷ R. Menéndez Pidal, «Alfonso X y las leyendas heroicas», *Cuadernos Hispanoamericanos* 1 (enero 1948); reed. en *De primitiva lírica española y antigua épica*, «Colección Austral», 1051 (Madrid, Espasa-Calpe, 2.ª ed., 1968), pág. 62.

pletar el cuadro histórico de unos tiempos sobre los que los hechos documentables son, a menudo, de una gran pobreza y una no menor parcialidad¹⁸. Claro está que —como reconoció en todo momento Menéndez Pidal— «siempre, más que hechos concretos, la epopeya nos habrá de dar situaciones, costumbres, ideario y ambiente; pero también es cierto que todas estas cosas son de más alto interés histórico que los hechos mismos»¹⁹.

En los estudios recientes sobre el romancero hay una marcada tendencia a colocar sobre la mesa de discusiones aquellos romances que, por desarrollar temas narrativos universales y no particulares, inte-

¹⁸ Sirva de ejemplo la fundamental contribución documental a la historia de Alfonso VIII de J. González, *El reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, 3 vols. (Madrid, 1960), en que la historia castellana resulta ideológicamente empobrecida por su total desconfianza respecto a las fuentes no documentales. Ese purismo le lleva a confiar sólo, entre las fuentes historiográficas, en la personalísima y apasionada versión de los sucesos del arzobispo Ximénez de Rada desechando los datos de las crónicas de origen analístico y la información ideológicamente valiosísima de la **Historia nobiliaria* que todas ellas combinaron con la traducción de la *Historia gótica* del Toledano. Véase, por ahora, D. Catalán, «Don Juan Manuel ante el modelo alfonsí», en *Juan Manuel Studies*, ed. por I. Macpherson (London, Tamesis, 1977), 17-51 (págs. 43-46 y n. 96). Recuérdese, por otra parte, el interés histórico de *El romanz del infant Garcia*, comentado por R. Menéndez Pidal en *Historia y epopeya*, Madrid, 1934, págs. 29-98.

¹⁹ Menéndez Pidal, «Alfonso X y las leyendas heroicas», reed. 1968 (cit. n. 17), pág. 54.

resaron menos al punto de vista predominantemente historicista de Menéndez Pidal²⁰. El romancero resulta hoy una verdadera tierra de promisión para quienes se interesan en la poesía oral, en la poesía de la mayoría de la población humana —pues sólo unas minorías dentro de la minoría de pueblos que han llegado a desarrollar una cultura literaria han participado en la consumición y, no digamos, en la producción de la poesía escrita—. La posibilidad de estudiar cada romance en multitud de realizaciones ocasionales (distantes en el tiempo y en el espacio) y observar de cerca el fenómeno de la variación, con una riqueza de datos inigualable en cualquier otro género de tradición oral, hace del romancero el corpus natural ideal para un estudio semiótico modélico de las estructuras «abiertas» y para intentar describir el mecanismo reproductor mediante el cual se crean un sinnúmero de objetos semióticos efímeros a partir de unas estructuras virtuales, de unos arquetipos tradicionales. La apertura se manifiesta, de una parte, en la variación de los significantes, correspondientes a una misma invariante de

²⁰ Cfr. P. Bénichou, *Creación poética en el romancero tradicional* (Madrid, Gredos, 1968); G. di Stefano, *Sincronía e diacronía nel Romanzero*, «Istituto di Letteratura Spagnuola e Hispano-Americana», 15 (Pisa, Università, 1967); D. Catalán, «La creación tradicional en la crítica reciente», *El Romancero en la tradición oral moderna*, ed. D. Catalán, S. G. Armistead et al. (Madrid, Seminario Menéndez Pidal y Gredos, 1972), páginas 153-165.

contenido —variantes verbales de un discurso dado, variantes de discurso que dramatizan diversamente una misma cadena de eventos, variantes de intriga que manifiestan una misma fábula—; y, de otra, en algo aún más importante, en la descodificación múltiple de expresiones invariantes, que hace posible la utilización de un mismo verso-arquetipo en funciones diversas, con la consiguiente modificación de la intriga, y que, en un plano más profundo, garantiza la eterna actualidad del mensaje, al permitir atribuir a la cadena de eventos tradicional una nueva interpretación fabulística que haga posible seguir considerando la narración como una proyección simuladora de la realidad social en que el romance se transmite, se reproduce²¹. Pero nuestras observaciones semiológicas, lejos de oponerse a las concepciones de Menéndez Pidal sobre el romancero, no hacen sino traducir, a un metalenguaje atento a las preocupaciones de la crítica de los años 70, la noción pidalina de «tradicionalidad» y sus ideas y observaciones sobre la existencia de «un arte tradicional, sustancialmente diverso del arte personal y culto», de un arte «anónimo, no por mero accidente, sino por su esencia misma», cuyas creaciones «vive[n] en variantes», «rehaciéndose continuamente, variante a variante» en boca «de los refundidores diversos que

²¹ Catalán, «Los modos de producción y 'reproducción'...», págs. 245-270 (págs. 250-264).

cooperan a la obra del autor primero en lugares y tiempos diversos»²².

Y es que a Menéndez Pidal debemos uno de los tratamientos más sistemáticos de ese problema esencial —para las Ciencias Sociales y Políticas y para las Humanidades— que es la relación entre individuo y colectividad²³. En su desarrollo utilizó Menéndez Pidal el examen particular y comparativo de tres actividades sociales, inter-relacionadas pero bien diversas. Ante todo, el lenguaje, las lenguas naturales, estudiadas tanto en sus períodos pre-literarios como en sus períodos literarios, tanto antes de su normalización como después de ella, tanto en el marco de las grandes lenguas nacionales como en el de las comarcales y aún locales, en los dialectos. Como complemento de sus conocimientos sobre el lenguaje común, Menéndez Pidal utilizó su inigualada familiaridad con la actividad artística del hom-

²² R. Menéndez Pidal *et al.*, *Cómo vive un romance. Dos ensayos sobre tradicionalidad*, «Revista de Filología Española. Anejos», 60 (Madrid, CSIC, 1954), págs. V-VI.

²³ Como observó certeramente J. A. Maravall, «Menéndez Pidal y la renovación de la Historiografía», *Revista de Estudios Políticos*, 105 (1960), 49-97 (págs. 65-71); reed. en *Menéndez Pidal y la historia del pensamiento* (Madrid, Arión, 1960), págs. 83-160 (págs. 111-122). Y, anteriormente, D. Catalán, *La escuela lingüística española y su concepción del lenguaje* (Madrid, Gredos, 1955), caps. IV («Individuo y colectividad en la creación lingüística»), V («Extrema lentitud del cambio») y VI («Fuerzas impulsoras de la norma neológica y fuerzas conservadoras de la norma arcaizante»), págs. 50-66, 67-85 y 86-105.

bre más relacionada con su condición de *homo loquens*, la poesía oral, actividad en la que participa un número mucho más reducido de «hablantes», pero a cuya continuada recreación contribuyen también cadenas múltiples de transmisores. Finalmente, sus estudios sobre la tradición manuscrita de las crónicas de España y Portugal le permitieron examinar el proceso refundidor en un género en que los transmisores sólo pertenecen a la minoría letrada, pero que representan aún un número suficiente para que el encuentro entre las reacciones del individuo y la colectividad conserve su dialéctica. El examen sistemático del problema en estos tres campos ejemplares permitió a Menéndez Pidal levantar una articulada teoría —a la que llamó «tradicionalista», pero que bien pudiera definirse como «pluri-individualista»— acerca de la creación y el cambio en las más variadas esferas de la actividad colectiva. El individuo por sí solo es impotente para alterar el curso de las actividades sociales, tradicionales; pero toda transformación tiene que tener su punto de arranque en la iniciativa de un individuo que, al desviarse de lo habitual, logre la adhesión o imitación de otros y éstos la de otros, etc. Sólo la persistencia de una idea innovadora en sucesivas generaciones de transmisores logrará, con el tiempo, socializar cualquier cambio, lo mismo en el lenguaje, que en las costumbres, que en las creaciones poéticas tradicionales, que en la tradición manus-

crita de textos de interés colectivo. La diferencia del fenómeno en unos campos de la vida social y otros consiste solamente en que la velocidad de propagación de un cambio es inversamente proporcional a la densidad humana y a la extensión del grupo en que se propaga: en la evolución del lenguaje común, puesto que intervienen la totalidad de los individuos que constituyen una comunidad lingüística, los cambios son lentos, pluriseculares, casi imperceptibles, mientras en otras actividades de menor participación la evolución puede acelerarse²⁴.

La presencia de Menéndez Pidal en el mundo científico, cultural y aún político de hoy, ocurre, ante todo, de forma no inmediata ni consciente, sino a través de su fundamental impacto al haber ido descubriendo y trayendo a la luz zonas de la realidad española antes olvidadas, que no habían caído bajo el ángulo visual de los intereses de los historiadores de otros tiempos, zonas cuya iluminación

²⁴ R. Menéndez Pidal, *La unidad del idioma* (Madrid, Instituto del Libro, 1954), págs. 18-19 (reed. en *Castilla. La tradición, el idioma*, «Colección Austral», 501; 4.ª ed. Madrid, Espasa-Calpe, 1966, págs. 192-195); *Orígenes del español*, 3.ª ed. (Madrid, Espasa-Calpe, 1950) § 112; *Cómo vive un romance* (Madrid, 1954), págs. 119-131 y 140-141; *Reliquias de la poesía épica española* (Madrid, Espasa-Calpe, 1951), págs. vii-xii; *Romancero Hispánico*, I (Madrid, Espasa-Calpe, 1953), págs. 40-50; *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas* (Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957), págs. 361-374; «Tradicionalidad de las Crónicas Generales de España», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, 136 (1955), 131-197.

ha venido a proyectar decisivos reflejos del pasado sobre el presente. Dejando a un lado la inmensidad de datos, de la máxima importancia, exhumados y puestos en circulación por Menéndez Pidal, el historiador, el lingüista, el lector o crítico de obras literarias, el jurista, el sociólogo, el filósofo, el político que hoy se interese por España (o el mundo hispánico), manejará, de necesidad —citándole o sin citarle, consciente o inconscientemente— un conjunto de categorías acuñadas por Menéndez Pidal y una multiplicidad de interpretaciones de la realidad dependientes de la difusión de la obra pidalina. Las ideas de Menéndez Pidal permean el ambiente, habiendo marcado una nueva época en la concepción histórica nacional.

Pero esta sutil presencia de Menéndez Pidal entre nosotros, a través de la profunda transformación, a él debida, de las maneras en que actualmente piensa y siente el pasado —y con el pasado, el presente— la comunidad de pueblos que contribuyeron a crear España y su historia no necesita de nuestra atención, pues es, de cualquier manera, un hecho histórico irreversible. En cambio, me parece necesario invocar la memoria de Menéndez Pidal como exponente de un modelo de investigación necesario en la España de hoy —y aún fuera de ella— y que, sin embargo, corre el peligro de degenerar o de olvidarse, sin que los modelos de recambio representen una superación metodológica del mismo.

En el juego combinado de la inducción y la deducción, que, quiérase o no, está en la base de todo razonar y, por lo tanto, de toda ciencia, hay períodos en que se prima el componente inductivo, se exalta el dato junto con el trabajo experimental, y se colocan en segundo plano o se dejan de hacer explícitas las hipótesis, las teorías que presiden la organización de los materiales objeto de la investigación. Pero hay otros períodos en que reina la deducción y en que todo investigador que se precie aspira a conquistar, como princesa de su *quête*, de su demanda, la deseada teoría; entonces se considera posible incluso desdeñar los datos y se dan por suficientes los ejemplos ilustrativos, corroborativos de las hipótesis previamente avanzadas. Hoy las ciencias humanas y sociales se ven amenazadas por un doble peligro. De una parte, a lo largo del siglo, fueron mostrando sus limitaciones y perdiendo crédito las investigaciones experimentales, inductivas, legas de teoría, y resurgió potente la elaboración de sistemas interpretativos generales, la «gramática» de los hechos. El golpe de péndulo era necesario. Pero la exaltación de las visiones sincrónicas y la crisis de la Historia que acompañó, en rama tras rama de las Ciencias Sociales y de las Humanidades, al nuevo estructuralismo, supuso, pronto, la mutilación de los objetos examinados, al privarles de una de sus propiedades esenciales: el cambio, el dinamismo propio de toda situación en que entra en jue-

go la relación dialéctica entre individuo y comunidad, la historicidad inherente a todo hecho social. El estructuralismo diacrónico, de una parte, el generativismo, de otra —con sus paralelos en otras ciencias humanas y sociales— intentaron, intentan, reducir las implicaciones de esa mutilación; el marxismo estructuralista buscó, busca, la recuperación total del sentido de Historia sin renunciar a una metodología básicamente deductiva... Pero la dificultad de encuadrar en los modelos deductivos el conjunto total de datos pertinentes que las décadas anteriores de experimentalismo habían aportado y que resulta hoy imposible ignorar, lleva a muchos teóricos a buscar la fácil salida de descalificar, como impertinentes, bloques enteros de datos y a considerar más que suficientes un conjunto limitado de ejemplos aptos para ser ensamblados en el edificio prefabricado. De otra parte, los escépticos ante la teoría, que hoy empiezan a pulular de nuevo, suelen conformarse con un neo-positivismo de cortos alcances, horror de ideología, que confunde el acopio de datos, la mera observación inarticulada de hechos en bruto, con la ciencia.

Frente a uno y otro peligro el modelo de Menéndez Pidal conserva plena validez.

Como Dámaso Alonso ha subrayado en más de una ocasión ²⁵, la obra de Ramón Menéndez Pidal fue,

²⁵ Por ejemplo, D. Alonso, *Menéndez Pidal y la cultura española* (La Coruña, Instituto José Cornide, 1969), págs. 12-16.

básicamente, analítica, y su método esencial fue la inducción, pues «le estuvo reservado [el papel de] derribar la barrera que nos aislaba de los métodos científicos conquistados en el último tercio del siglo XIX». En efecto, entre sus 25 y sus 39 años, Menéndez Pidal fue invadiendo, una por una, todas las parcelas cultivadas por la filología —la edición de textos paleográficos y críticos y la clasificación de manuscritos, la etimología, la gramática histórica, la dialectología, la historia de las instituciones y costumbres—, en un rápido sucederse de libros y artículos sin precedentes en la España de su época: *La leyenda de los infantes de Lara* (1896), el catálogo descriptivo de las *Crónicas generales de España* (1898), la «Nueva edición del *Poema del Cid*» (en el mismo año), seguida de toda una serie de ediciones de textos literarios arcaicos que hoy pueden leerse reunidos en volumen póstumo²⁶ (la *Disputa del alma y el Cuerpo* y el *Auto de los Reyes Magos*, en 1900, el *Poema de Yuçuf* en 1902, la *Razón de amor* y la *Serranilla de la Zarzuela* en 1905) y, finalmente la edición de la *Primera crónica general de España* (1906). Junto a estas ediciones, sus primeras «Etimologías españolas» (1900), el *Manual elemental de gramática histórica española* (1904) y «El dialecto leonés» (1906), inauguraban otros tantos campos de estudio. Finalmente, como espléndida

²⁶ R. Menéndez Pidal, *Textos medievales españoles*, «Obras Completas», 12 (Madrid, Espasa-Calpe, 1976).

coronación de esta época inicial, concluía los tres volúmenes del *Cantar de Mio Cid. Texto, gramática y vocabulario* (1908).

En todas estas obras de juventud, Menéndez Pidal procuró siempre ser completo y exacto, evitando toda inmixción intepretativa de su personalidad. Consideraba, fiel aún a los dogmas positivistas, que los hechos, reunidos pacientemente y depurados con minuciosa precisión científica, debían hablar por sí mismos, sin necesidad de un apoyo expositivo dilatado, tan sólo con ordenarlos y yuxtaponerlos convenientemente en vista de una hipótesis; los sillares, pensaba Menéndez Pidal, si se hallan bien tallados y si se colocan ordenadamente, deben formar, sin argamasa ninguna, el edificio perdurable y admirable. Menéndez Pidal, dispuesto a conquistar la exactitud filológica y para contener la arbitrariedad subjetiva, rechazó, desde un principio, el modelo —dominante en los ambientes nacionales— del escritor «polígrafo», y se propuso limitar austeramente su campo de actividad. Esta limitación —acompañada de una renuncia al tradicional maridaje del hombre de letras con el hombre político— vino a quedar redondeada en su aspecto formal con el descubrimiento de un nuevo estilo de prosa: Menéndez Pidal arrinconó la sintaxis oratoria que prevalecía en su época e hizo gala de una extrema sobriedad expositiva ²⁷.

²⁷ Catalán, *Lingüística ibero-románica*, págs. 24-25. La no-

Pero, en el curso de esta tarea heroica de poner la filología española, en sus dos ramas —literaria y lingüística— en pie de igualdad con sus hermanas francesa e italiana, Menéndez Pidal se vio forzado a ir coronando sus construcciones con bóvedas teóricas cada vez más amplias y ambiciosas. «Cuando un trabajador emplea estos métodos a lo largo de los años —comenta Dámaso Alonso²⁸—, forzosamente el terreno se le va cuajando de tal modo que ha de llegar a la formulación de teorías generales que expliquen como sistema el vasto panorama descubierto». Al aproximarse a sus cincuenta años, Menéndez Pidal, en el período de entre guerras, inicia una nueva etapa de su actividad investigadora caracterizada por la concepción y realización de estudios de alcance general, de grandes obras elaboradas sin prisa. Es indudablemente ahora, en su plena madurez, cuando produce, en sorprendente sucesión, toda una serie de obras maestras. Después de sacar de su estado «latente» al romancero oral y apoyándose en el estudio de la poesía tradicional moderna, elabora una concepción nueva de la poesía tradicional antigua (lírica, épico-lírica y épica) en un conjunto

vedad de su estilo fue prontamente sentida por A. Morel Fatio (*Romania* 26, 1897, 305-320). Véase C. Morón Arroyo, «La teoría crítica de Menéndez Pidal», *Hispanic Review* 38 (1970), 22-39 (pág. 24).

²⁸ D. Alonso, «Menéndez Pidal y su obra», en R. Menéndez Pidal, *Los Reyes Católicos según Maquiavelo y Castiglione* (Madrid, Universidad de Madrid, 1952), pág. 23.

de estudios fundamentales: *Poesía popular y romancero* (1916), *La primitiva poesía lírica española* (1919) «Sobre geografía folklórica. Ensayo de un método» (1920), *Poesía popular y poesía tradicional* (Oxford, 1922), «Relatos poéticos en las crónicas medievales» (1923), *Poesía juglaresca y juglares* (1924), estudios completados con una exquisita *Flor nueva de romances viejos* (1928) en que el investigador del romancero y la épica abandona el terreno de la ciencia filológica para adentrarse, de mano del pueblo-autor, en el de la creación poética activa. Simultáneamente, inicia (1918) su primera gran reconstrucción filológica de un período histórico, que será *La España del Cid* (1929). Si la filología le conducía a la historia general, con más motivo habría de llevarle a la historia cultural. La actividad lingüística de Menéndez Pidal tiene en esta época un objetivo lejano, que preside la elaboración de todas sus obras parciales, incluso de aquellas que por su volumen e importancia podrían parecer completas en sí mismas: la realización de una monumental **Historia de la lengua española*. Después de un artículo, de gran originalidad, en que se introduce en el campo aún no roturado de los orígenes pre-romanos, ibero-vascos de la toponimia (1918)²⁹, y tras concluir el estudio sistemático de los *Documentos lingüísti-*

²⁹ R. Menéndez Pidal, «Sobre las vocales ibéricas e y o en los nombres toponímicos», *Revista de Filología Española* 5 (1918), 225-255.

cos del Reino de Castilla (1919) y de los dos dominios, leonés y navarro-aragonés, que enmarcan al castellano, Menéndez Pidal se adentra en el estudio de una etapa de la historia de la lengua española que hasta entonces había quedado fuera de la historia, los siglos IX-XI, los siglos de los *Orígenes del español* (como se titulará el libro impreso lentamente entre 1924 y 1926 siguiendo el ritmo de su crecimiento).

Menéndez Pidal ha conseguido en esta época, a sus 50 años, un equilibrio admirable. Fiel a su pasado, parte siempre de una copiosísima documentación de primera mano, laboriosamente reunida durante años de disciplinado trabajo, y somete los datos que ha ido allegando a un análisis minucioso y profundo: pero al ir acendrando y combinando los hechos (decubiertos mediante la aplicación de métodos nada usuales ni corrientes) llega, de un paso en otro, a visiones sintéticas más y más amplias. Entonces, con un gran talento combinatorio, compuesto de dosis compensadas de prudencia científica y generosa audacia, moviliza los hechos y todo su saber al servicio de unas teorías generales capaces de explicar el vasto mundo que ha ido presentándonos. Finalmente, sobre los sólidos cimientos documentales, levanta un edificio de un equilibrio y sobriedad elegantes, en que no falta la emoción del arte y el calor vital³⁰.

³⁰ D. Alonso, *Del siglo de oro a este siglo de siglas* (Ma-

José Antonio Maravall no se dejó engañar por las apariencias del método inductivo. En Menéndez Pidal, afirma³¹, hubo siempre —desde sus primeros trabajos de fachada más positivista— dos métodos: «un *método de investigación*, que le permite descubrir y depurar nuevos datos, y un *método de construcción*, que hace posible la elaboración inteligible y teórica de estos datos. Ambos están presentes desde el comienzo en su obra: no hay manera de investigar datos si no se sabe previamente para qué son dados; no hay manera de construir si no se tienen materiales. Lo que acontece es que, naturalmente, en los comienzos la labor de acopio y depuración de materiales predomina. Pero (...) lo que de verdaderamente extraordinario había, desde el primer momento, en la obra de Menéndez Pidal, frente al enteco positivismo —o, mejor, pseudopositivismo— de entonces y de después, era, precisamente, la teoría».

Lo que cambió en Menéndez Pidal al pasar los años fue la conciencia del método aplicado, con lo que su obra fue ganando, progresivamente, en libertad. En sus trabajos juveniles Menéndez Pidal había considerado que el investigador objetivo debía abstenerse de interpretar los hechos, limitándose a des-

drid, Gredos, 1962), págs. 113-125; R. Lapesa, «Don Ramón Menéndez Pidal. Ejemplo y doctrina», *Filología*, 13 (1968-69) [1970], 1-32; Catalán, *Lingüística ibero-románica*, págs. 57-58.

³¹ Maravall, *Menéndez Pidal*, págs. 83-160 (págs. 90-91).

cribir de un modo exacto y completo el espectáculo natural que aparecía ante sus ojos una vez coleccionados y ordenados los datos documentales. Pero, ya a partir de los años 10, manifiesta ostensiblemente su apartamiento de esos principios que habían encorsetado su más temprana producción. En adelante, Menéndez Pidal estimará que la coordinación de los datos directamente observables sólo se consigue teniendo presente la existencia de miríadas de hechos indocumentables, y que, por tanto, es imprescindible formular expresamente teorías que expliquen conjuntamente los hechos documentados y los hechos indocumentados exigidos o presupuestos por los documentados³². Más tarde, Menéndez Pidal afirmará decididamente: «alguna hipótesis es siempre necesaria, pues sin ella no podríamos salir de un atontado agnosticismo», «lo hipotético es siempre necesario en todo trabajo bien fundado, y es de asombrosa ingenuidad la ilusión que la crítica positivista se hace sobre prescindir de toda hipótesis»³³; es más, cuando un investigador presume de excluir de su trabajo toda formulación hipotética, o bien ignora las hipótesis que han presidido la búsqueda y ordenación de los datos que maneja, o bien las escamotea maliciosamente. La negación de una ideología encubre siempre o confusión mental o negación de la libertad del prójimo a pensar desde un

³² Catalán, *Lingüística ibero-románica*, págs. 26-27.

³³ R. Menéndez Pidal, *Reliquias*, págs. XIII-XIV.

sistema de principios diferentes. La enérgica repulsa de «la vana pretensión de Newton»³⁴ —el «hipótesis non fingo»— por parte de Menéndez Pidal «tiene —según ha observado Maravall³⁵— un interesante parentesco con toda la teoría de la ciencia en nuestros días, tal como ha sido formulada por Einstein, Schrödinger, De Broglie». «En la ciencia, cualquiera que sea su órbita con tal que se trate de una ciencia de hechos, no tratamos de alcanzar criterios absolutos de verdad, sino de ensayar interpretaciones que nos den razón de los hechos observados».

Los *Orígenes del español*³⁶ son, sin duda, el ejemplo más sobresaliente de cómo una combinación de laboriosidad, de rigor analítico y de imaginación interpretativa pueden obtener un espectacular rendimiento en un campo de trabajo sumamente pobre y enmarañado. Me detendré brevemente a recordar su estructura como ejemplo de la metodología pidalina.

Aunque las páginas de «Conclusiones», con que se cierran los *Orígenes*, son sin duda una de las contribuciones más sobresalientes hechas a la lingüis-

³⁴ Menéndez Pidal, *Reliquias*, pág. XIII.

³⁵ Maravall, *Menéndez Pidal*, págs. 97-98.

³⁶ R. Menéndez Pidal, *Orígenes del español. Estudio lingüístico de la Península Ibérica hasta el siglo XI*, «Revista de Filología Española. Anejos» 1 (Madrid, Centro de Estudios Históricos, 1926), 3.^a ed. muy correg. y adic., «Obras Completas» 8 (Madrid, Espasa-Calpe, 1950).

tica general desde el campo de la romanística, Menéndez Pidal no se propuso en esta su obra maestra demostrar una teoría. Al igual que en estudios anteriores, los cimientos están en ella constituidos por unos copiosos y seguros datos, y el edificio fue levantado, lentamente, columna tras columna y bóveda tras bóveda, según nos revela la propia estructura del libro. Menéndez Pidal comienza por editar un significativo, aunque parco, muestrario de los documentos manejados en su estudio. Después, entre la multitud de rasgos fonéticos, morfosintácticos y léxicos que con paciente trabajo había ido sacando de los abundantes materiales examinados, selecciona unos cuantos, altamente ilustrativos, a cuyo examen minucioso aplica todo el potencial disponible. Mediante una inteligente utilización de las estadísticas, consigue fijar la cronología y la distribución de los varios rasgos o fenómenos estudiados. Pero no se detiene en la constatación de estos hechos, y a continuación interpreta dinámicamente esa paleo-geografía, descubriendo la existencia de regiones más y menos innovadoras y de centros de expansión para estos o aquellos fenómenos. Convencido de la íntima unidad entre lengua y cultura, Menéndez Pidal va entonces explicando los caracteres de cada dialecto peninsular en relación con la personalidad histórica de la región correspondiente y, con extraordinaria maestría, consigue poner en evidencia la lucha por la hegemonía lingüística y el auge y deca-

dencia de los varios dialectos romances. Por otra parte, al lado de la diferenciación y pugna entre las varias regiones, Menéndez Pidal descubre la lucha entre tendencias estéticas diversas: entre corrientes de cultismo o de vulgarismo, de arcaísmo o de neologismo, de énfasis o de abandono en la expresión, etc. De esta forma, el estudio de unos inexpresivos textos notariales y de unos datos en apariencia insignificantes y caóticos viene a iluminar de un modo sorprendente la vida de las lenguas romances en los siglos preliterarios, cuando los idiomas no se hallaban cohibidos por la tradición letrada. Pero Menéndez Pidal no se conforma con reconstruir la vida multicolor de las lenguas vernáculos desgajadas del latín hispánico en los siglos críticos de orígenes, y en las páginas finales se aplica a extraer de los hechos particulares observados toda una serie de importantes enseñanzas acerca de la evolución de las lenguas.

En estas conclusiones de carácter más general, Menéndez Pidal compara las observaciones de la protohistoria lingüística con las observaciones de la moderna dialectología. «Si los dialectos modernos nos han abierto un gran campo de enseñanza, con puntos de vista muy importantes para la vida del lenguaje, a su vez el estudio de los documentos illiterarios de la época más arcaica, hasta ahora desatendida, nos manifiesta otros horizontes de gran novedad también», pues «esos viejos documentos nos

permiten observar algunos fenómenos a través de varios siglos, cosa que en los dialectos modernos no se ha podido hacer aún»³⁷. La paleo-geografía lingüística, al poder incorporar las observaciones diacrónicas a las geográficas, sociales y estilísticas, vino a clarificar, sobre todo, los problemas conexionados con la difusión de los fenómenos lingüísticos. Superando de una parte las simplistas «leyes fonéticas» de la gramática histórica, que desatendía la complejidad geográfica y cronológica de los cambios lingüísticos, y de otra el casuismo grato a la moderna dialectología, que reducía la historia fonética de las lenguas a las historias fonéticas particulares de las distintas palabras, Menéndez Pidal observó la perduración plurisecular de las corrientes innovadoras pugnando por abrirse camino frente a la tradición establecida. Esta lucha tenaz, gobernada por tendencias y gustos colectivos (no por fuerzas mecánicas), se desarrolla en múltiples y revueltos episodios que se extienden, a veces, a lo largo de cuatro o más siglos (y no se completan con el simple paso de dos o tres generaciones). Durante la prolongada pugna entre la innovación, que trata de convertirse en norma, y la antigua norma, que terminará por sobrevivirse a sí misma como arcaísmo, caben de hecho toda una serie de situaciones históricas de compromiso que explican la exceptividad de las

³⁷ *Orígenes*, § 107.

«leyes fonéticas». Complementariamente, el estudio de las largas épocas preliterarias permitió documentar a Menéndez Pidal el estado latente, durante siglos, de ciertos fenómenos lingüísticos y la posible coexistencia de evoluciones fonéticas divergentes.

Con esta obra definitiva, Menéndez Pidal abre nuevos caminos a la lingüística diacrónica, reemplazando la esquemática visión de la «gramática histórica» por una verdadera «historia de la lengua». La vieja filología, que parecía incapaz de competir con otras ramas modernas de la lingüística, renace en los *Orígenes del español* dotada de una flexibilidad nueva y convertida en un instrumento de trabajo apto para explorar la multiforme realidad de las lenguas históricas y para explicar las complejas corrientes que condicionan la evolución lingüística. Con los *Orígenes* pone Menéndez Pidal de manifiesto las ventajas de su concepción unitaria de las ciencias filológicas, de su capacidad de movilizar para la mejor comprensión de los hechos lingüísticos unos conocimientos profundos y variados acerca de la historia cultural de España, obtenidos a través de toda una serie de investigaciones independientes sobre la literatura y la historia medievales ³⁸.

³⁸ Cfr. Catalán, *Lingüística ibero-románica*, págs. 62-67 y las valoraciones de *Orígenes del español* citadas allí en la n. 144; especialmente, las de Y. Malkiel, en *Studies in Philology* 49 (1952), 442-444, V. García de Diego y R. Lapesa, en *Boletín de la Real Academia Española* 39 (1952), 17-18 y 23, respectivamente, D. Alonso, *Del Siglo de Oro a este siglo se siglas* (Ma-

En una apreciación de conjunto, por somera que sea, de los métodos de investigación pidalinos, no puede faltar el recuerdo de la importancia que siempre concedió a la actividad creativa colectiva en la investigación misma. Menéndez Pidal, mientras pudo, mientras no tropezó con la voluntad negativa de otros, invirtió enorme esfuerzo y no menos valioso tiempo en la creación y dirección de verdaderos «laboratorios humanísticos», de centros de trabajo en que jóvenes investigadores pudieran adquirir los conocimientos teóricos y prácticos necesarios para el cultivo de una ciencia humanística a través de un diario laborar en común con maestros ya formados y en que esa docencia quedase perfectamente integrada en el quehacer investigador de esos maestros.

La cultura y la ciencia hispánica han solido progresar por el impulso ocasional y aislado de potentes individualidades sueltas, de espíritus independientes de excepcional fuerza creadora, más que gracias a grupos disciplinados de investigadores que contasen con el apoyo de amplios sectores de la sociedad, como ha ocurrido en Centro Europa; de resultas, los «maestros» sólo nos han legado su propia obra. Pero Ramón Menéndez Pidal constituye

drid, 1962), pág. 120, H. Meier «Ramón Menéndez Pidal und die Methoden der Sprachgeschichte», *Archiv für das Studium der neueren Sprachen und Literaturen* 205 (1968), 418-430 y P. M. Lloyd, «The Contribution of Menéndez Pidal to Linguistic Theory» *Hispanic Review* 38 (1970), 14-21.

una notable excepción a la regla. Desde muy pronto se mostró capaz e interesado en actuar no sólo como investigador solitario, sino como director e impulsor del trabajo de otros, fomentando vocaciones, trazando múltiples y diversos caminos a la investigación, apoyando las iniciativas particulares de discípulos y colaboradores, permitiendo en torno suyo el crecimiento de nuevas actitudes teóricas y metodológicas sin que por ello quedara desvirtuada la base en que venían a injertarse. Menéndez Pidal, tras su primer decenio de trabajo en la Universidad española, consiguió algo inesperado en el ambiente intelectual español, la formación de una escuela de investigadores ³⁹.

Es cierto que semejante maravilla pudo producirse, y, sobre todo, no abortar, gracias a unas circunstancias exteriores favorables poco comunes en España: la fundación y sostenida vitalidad de un organismo nacional permanente, autónomo y responsable, dedicado al fomento de la educación y la investigación, la «Junta para ampliación de estudios e investigaciones científicas» (creada en 1907). Gracias a la «Junta», Menéndez Pidal dispuso de un instituto de investigación en que desarrollar su actividad, el «Centro de Estudios Históricos» (fun-

³⁹ Cfr. Y. Malkiel, en *Studies in Philology* 49 (1952), 441-444, E. Coseriu, en *Revista de la Facultad de Humanidades y Ciencias*, Montevideo, 10 (1953), 32, y Catalán, *Lingüística ibero-románica*, págs. 22-32 y 38-43.

dado en 1910), dedicado al estudio de la lengua, la literatura y el arte español y al fomento de las lenguas clásicas. Por otra parte la «Junta» facilitó la formación de nuevos investigadores a través de un sistema de pensiones en el extranjero y mediante la creación de una «Residencia de Estudiantes» que contribuyó notablemente a la formación de un nuevo ambiente cultural y de un espíritu corporativo en la Universidad española. Pero la creación en el «Centro» de una verdadera «escuela» filológica no necesitó aguardar a la fructificación de las semillas que entonces empezaron a sembrarse, pues Menéndez Pidal contaba ya por entonces con una primera generación de discípulos colaboradores, la de F. de Onís, A. Castro, T. Navarro Tomás. Cuando en 1914 se inicia la publicación de la *Revista de Filología Española* los equipos investigadores del «Centro» se sienten tan seguros, que aspiran a alzar, con ambición babélica, construcciones completas sobre la historia de la lengua, la de la épica, la de la literatura, la de la civilización española en general...⁴⁰.

La madurez y el apogeo de la escuela de Madrid coincide con el período de entre guerras; a lo largo de los años 20 su influjo se haría sentir no sólo en el ambiente nacional, sino en tierras americanas. Los estudios lingüísticos pasaban por un mal momento en la América hispana, las grandes figuras de

⁴⁰ Según recordó, con mezcla de admiración e ironía, A. Castro en *Papeles de Son Armadans* 13, núm. 39 (1959), 28-90.

fines del siglo XIX habían desaparecido sin llegar a crear unas verdaderas escuelas filológicas. Buenos Aires, entonces en su creciente de expansión, vino a convertirse en el foco irradiador de la nueva filología hispánica procedente de Madrid y de sus nuevos métodos de trabajo, gracias a la fugaz estancia, primero de A. Castro, y a la más durable permanencia, después, de A. Alonso como directores del recién creado «Instituto de Filología». A. Alonso, durante la veintena de años (1927-46) que dirigió el «Instituto» de Buenos Aires, llevó a la cumbre la filología hispano-americana (cumbre inigualada en tiempos posteriores) y fertilizó para la lingüística los campos americanos, desde la Argentina hasta México.

También el hispanismo norteamericano de los años 20 recibió el impacto de la escuela madrileña. A. G. Solalinde (desde 1924) y F. de Onís (desde 1916) llevaron a universidades de Estados Unidos la técnica y los intereses adquiridos durante sus años de trabajo con Menéndez Pidal en el «Centro de Estudios Históricos» y contribuyeron a crear nuevas escuelas de investigadores cuando la filología de raíces germánicas pasaba en Estados Unidos por un momento crítico. La «escuela de Wisconsin», heredera de las iniciativas de Solalinde aún está en pie y es capaz de renovarse en función de los nuevos tiempos ⁴¹.

⁴¹ Buena muestra de ello, su reciente *Bibliografy of Old*

El interés de Menéndez Pidal por el trabajo colaborativo, de equipo, nunca decayó, ni siquiera en los años de obligada enclaustración en su celda y jardín de Chamartín, cuando la hostilidad o desconfianza de la media España victoriosa había desmantelado el «Centro». Repetidas veces intentó reiniciar esa modalidad de docencia tan desatendida por la Universidad española. El primer intento, fallido, contó con el apoyo de Joaquín Ruiz Giménez, entonces Director del «Instituto de Cultura Hispánica», quien creó para Menéndez Pidal un «Seminario Histórico» en el «Instituto», donde se llegaron a poner en marcha varios proyectos: la edición de la *Crónica de 1344*, la exploración del Romancero de tradición oral y su estudio geográfico, las *Reliquias de la poesía épica*. Pronto cayó víctima de la hostilidad de nuevos líderes políticos del «Instituto» que aún veían en Menéndez Pidal un peligro para la «Cultura Hispánica» (1951)⁴². El segundo intento, la creación en 1954 del «Seminario Menéndez Pidal» en la

Spanish Texts (Literary Texts, Edition 2), compiled by A. Cardenas, J. Gilkison, J. Nitti, and E. Anderson (Madison, Wisc.: University, 1977), fruto de un sofisticado empleo de la tecnología electrónica, que constituye un modelo para cuantos intentamos sacar partido de los nuevos métodos de composición.

⁴² El «Instituto» no quiso figurar como patrono de las *Reliquias*, renunció a la edición de la *Primera crónica general* y cortó su ayuda, primero, a los redactores de *Cómo vive un romance* y, poco después, a los que preparaban la edición de la *Crónica de 1344*.

Universidad de Madrid por el entonces Ministro de Educación Nacional Joaquín Ruiz Giménez ha sido más duradero⁴³. En vida de Menéndez Pidal vieron la luz siete volúmenes, sobre crónicas generales e historiografía medieval, dialectología astur-leonesa y sobre el romancero tradicional hispánico. Hoy sigue funcionando y otros treinta volúmenes han salido en las varias series publicadas por la Cátedra-Seminario Menéndez Pidal. El modelo de investigación pidalino tiene, en este aspecto de la creación de centros de investigación que son a la vez centros de docencia, una actualidad extraordinaria. La Universidad, no ya sólo en España —donde su anquilosamiento puede y debe atribuirse en buena parte a condiciones históricas particulares—, sino en general, está pasando por una crisis de desarrollo sumamente grave, al haber dejado de ser, por fortuna, una ciudadela de difícil conquista para amplios segmentos sociales y al haber tenido que renunciar a las ventajas y defectos del elitismo para acoger, si no en su seno al menos en sus aulas, a las masas. Pero más problemática que esta su masificación es, a mi parecer, la necesidad ineludible de abrirse en abanico a una multiplicidad de ciencias más o menos nue-

⁴³ La historia externa puede verse en «La Cátedra-Seminario Menéndez Pidal — Sesión de apertura», *El romancero en la tradición oral moderna. Primer coloquio internacional*, págs. 1-30 y en *Buscad su pares, pocos*, tres ensayos de R. Lapesa (Madrid, Seminario Menéndez Pidal, 1978), 65-86.

vas y de especialidades inusitadas surgidas de la reorganización mundial de las sociedades humanas y de lo que hoy ha de entenderse por cultura y por «saber». Y en esta otra apertura es donde la Universidad puede perecer, bien sea por refugiarse en unos conceptos inactuales de lo que es su papel, bien por gigantismo. El juego combinado de estos factores está produciendo la alienación del estudiante y del profesor respecto a su tarea universitaria y, con ella, promociones enteras de licenciados desorientados.

La necesidad de proporcionar a esos jóvenes licenciados centros de trabajo, en que comenzar a experimentar —bajo techos científicos de solidez comprobada y no a la intemperie— con materiales y metodologías apropiadas a su futura especialización como investigadores, es hoy tan acuciante como cuando, a comienzos de siglo, Menéndez Pidal, Cajal y Giner, desesperanzados con las posibilidades de revitalizar la Universidad de su tiempo, se dedicaron a la empresa de dar forma a un organismo investigador y docente capaz de hacer frente a esa fundamental deficiencia nacional⁴⁴.

⁴⁴ Hay en el «Archivo Menéndez Pidal» una curiosa papeleta autógrafa con unos principios prácticos de «Reforma». Dice así: «1.º Condiciones de estabilidad. 2.º Dinero. 3.º Junta pagada con Giner, Hinojosa, Santa María, Azcárate, de todos colores, que sepa tolerar ideas de todos a pesar de obispo que excomulgue o de radical que insulte. 4.º Crear Revista

Crítica. 5.º Ceñir la enseñanza a fines prácticos (...). 6.º Desentenderse de Catedráticos, dejándoles excedentes con todo el sueldo. Crear núcleos pequeños pero mucho mejor retribuidos (...).».

HOMENAJE MUSICAL

CONCIERTOS EN MEMORIA DE DON RAMÓN
MENÉNDEZ PIDAL

INSTITUTO INTERNACIONAL DE BOSTON
27 DE NOVIEMBRE / 29 DE NOVIEMBRE
1 9 7 8

Primer concierto

(27 DE NOVIEMBRE)

CORAL «JUAN DEL ENCINA»

En las navidades de 1977, con motivo de la representación por los alumnos de «Estudio» del Auto de Navidad de Jimena Menéndez-Pidal, Iñigo Guibert mantuvo una charla con un pequeño grupo de ex-alumnos de «Estudio» recién salidos del colegio. El tema obligado en ese tipo de reuniones, el anecdotario escolar, les llevó de la mano a tratar de la música y, al recordar con añoranza el repertorio de música popular del colegio, decidieron constituir un coro. El núcleo inicial, de dieciséis personas, comenzó a preparar un repertorio de música española popular y del Renacimiento al finalizar esas Navidades y en Abril la coral dio su primer concierto.

Aunque basada inicialmente en un grupo de ex-alumnos de «Estudio», la coral, que actualmente consta de unos cuarenta miembros, nunca ha sido

un círculo cerrado y exclusivo. En ella han cabido todos cuantos buscan desarrollar la amistad por medio de la música.

Director: Iñigo Guibert.

Sopranos: Almudena Cavero, Rosario Rodríguez, Judith García Galiana, María Alonso, Rocío Balbás, Belén Bengoa, Eloísa Ortega, Isabel Ruiz de Elvira María Teresa Pascual, Marta Galcerán.

Contraltos: Marta Muñoz, Inés Miret, Pilar Regato, María Jesús Santasmases, Emilia Pascual, Ana Iglesias, María José Guibert, María Echanove, Paloma Pérez-Ugena, Elisenda Galcerán.

Tenores: Ignacio Cavero, Ignacio Lorenzo, Ricardo Martín, Alberto Mayo, Miguel Gutiérrez del Arroyo, Enrique Gómez.

Bajos: Ignacio Mouliña, Fernando de la Torre, Bruno Aguilera, Javier Olalde, Enrique Iborra, Miguel Manella, Vicente Ruiz de Zárate, Pedro Regato.

Presentación

JIMENA MENÉNDEZ-PIDAL

A lo mejor por eso de que no quedase ningún miembro de la familia sin figurar en el programa, se me ha designado a mí para hacer esta presentación; o quizás pueda esto ser debido a una pequeña confusión.

Confusión nacida de otro error, como es el que este coro de muchachos aparezca en el programa como de Antiguos alumnos de «Estudio». Y entonces, como tales, era natural que fuesen presentados por mí.

Cierto que este coro fue iniciado por Iñigo, profesor de «Estudio» que animó a unos cuantos alumnos a formarlo, pero hoy no todos los que lo forman son Antiguos alumnos, quizás porque Iñigo no encontrase entre ellos bastantes colaboradores, quizás porque hay muchos jóvenes entusiastas que han encontrado en esta iniciativa algo que deseaban; regularmente por ambas circunstancias.

Así, que os presento, honrándome mucho con ello, no a un grupo de Exalumnos, sino al conjunto de voces que hoy lleva el nombre de «Juan del Encina».

El repertorio que hoy cantan sí que pertenece, en mucho, al ambiente de «Estudio», y a la tradición que «Estudio» representa.

Al oírlos, seguro que todos los aquí convocados vamos a revivir muy profundos recuerdos.

Unos recordaremos la representación de «Historia del Romancero» donde otros muchachos (esta vez sí que de «Estudio») bregaron por vencer muchas dificultades. Había que demostrar a D. Ramón que no era aventura de tan difícil logro el poner en escena aquella Historia. En otros que aquí estamos se nos harán presentes las clases del Sr. Blanco (a quien D. Ramón había contagiado). De ellas salimos todos empapados de aquel rico caudal de poesías, que ningún otro escolar entonces conocía, y que aun hoy somos capaces de recitar gozándonos en ellas.

También hoy aquí puede estar entre nosotros algún antiguo «residente» y relacionar el nombre de Juan del Encina con aquella «Égloga de las grandes lluvias» que por primera vez unos estudiantes paladeaban; eran los más antiguos «de la casa»: Solalinde, Rubio, Moreno Villa (de apuntador Américo Castro), pastores que cantaban, también por primera

vez con voces de estudiante, el «Ay triste que vengo...».

Para otro el oírlos supondrá revivir sus andanzas recogiendo de viva voz del pueblo las narraciones romancísticas, o el encanto de sus melodías, como la de ese «Vitor vitanda» estribillo de una versión de *El prisionero* recogida por Eulalia Galvarriato en la provincia de Zamora, y que ella (eslabón de tradición oral) enseñó el otro día a Belén Bengoa para que, en nueva siembra, lo recibamos ahora nosotros.

En fin, con esta contribución vuestra al homenaje, saturáis el presente de aquello que fue entorno de Menéndez Pidal (La Institución, la Junta, «Estudio», el Romancero, la lírica primitiva...) entorno al que, a su vez, alimentaba él con sus descubrimientos y aficiones.

El encontrar placer en descubrir valores del pasado y darles nueva vida era una de las cosas que ponía en tensión de vibrar al unísono a aquel sector de España al que aunaba vigorosa potencia intelectual.

Finalmente, a vosotros, el conjunto coral «Juan del Encina», tanto como al de «Orfeo» (que aquí oiremos el viernes) hoy quiero descubriros algo de lo que no sois conscientes, que está en un más allá de vuestro arte, y es que en ese hacer, en que ponéis tan amoroso empeño, estáis cogiendo el tono de aquel vibrar acordes de otros tiempos.

Sois los brotes de una semilla que ha estado soterrada durante largos años, y hoy, los viejos ejemplares del bosque, nosotros, contemplamos (confirmada la firme teoría del maestro, del estado latente) que el momento es propicio: la semilla dormida vuelve a cobrar vigor.

Este es el público que tenéis con vosotros. Quizás no os aplauda tanto como esperabais, pero sabed que en ningún otro día vuestra canción calará más profundo.

Adelante, y ya os felicito y os doy gracias. Aún antes de empezar.

Las obras de la polifonía cancioneril que fueron interpretadas son bien asequibles en espléndidas ediciones modernas, por lo que sería impertinente incluir cualquiera de ellas aquí. Proceden del Cancionero musical de Palacio (CMP), del Cancionero musical de Medinaceli (CMM), del Cancionero musical de Upsala (CMV), del Cancionero musical de la Colombina (CMC) y del Cancionero musical de Juan Vázquez. En cambio, las tres obras de la tradición popular incluidas en el concierto, al ser inéditas, merecen dejar de serlo; de ahí que las hayamos incorporado a esta versión impresa del Homenaje.

*Las dos partes de que constó el concierto fueron ilustradas, con comentarios sobre los textos cantados, por Diego Catalán. Aprovechamos algunas de sus palabras para hacer una crónica del evento (señalando con * los poemas interpretados).*

Al margen de un concierto de música de los siglos xv-xvi: 1

DIEGO CATALÁN

Cuando, a finales del siglo xv y principios del siglo xvi, los *romances* y los *villancicos* comienzan a hacer su aparición —en los grandes cancioneros antológicos (manuscritos e impresos), en los libros de música, en los pliegos sueltos, en los cancioneros y romanceros de bolsillo— tienen ya tras de sí una larga historia. Historia documentable en parte, a través de testimonios indirectos, pero imposible de reconstruir plenamente.

La vida oral, el estado latente (para los observadores externos), en que vivieron los *romances* y los *villancicos*, antes, durante y después de ser ocasionalmente puestos por escrito en el período de su gran boga literaria, fue primero intuita y más tarde probada por Ramón Menéndez Pidal en una constelación de artículos y libros que en estos días han sido repetidamente recordados.

Para ilustrar las dos vías, bien diversas, a través de las cuales los poemas de fines del siglo xv han llegado a nuestros oídos —gracias a las notaciones de los preciosos cancioneros musicales del Renacimiento, que nos permiten «leer» la polifonía de entonces, y gracias a la memoria popular, que ha seguido reteniéndolos y recreándolos de viva voz durante cinco siglos— hemos elegido, para la primera parte de este concierto, varios *romances* de los cuales tenemos versiones, textuales y musicales, tanto antiguas (de los siglos xv a xvi), como modernas (recogidas de la tradición oral en el siglo xx).

* * *

Los tres primeros poemas cantados («Yo me estaba reposando», *CMP, núm. 77; «Por unos puertos arriba», *CMP, núm. 107, y **La mort i l'enamorat*) ejemplifican el caso, raro y singular, del nacimiento de un romance tradicional, *El enamorado y la muerte* a partir de un romance trovadoresco de autor conocido. En

Yo me estaba reposando,
durmiendo como solía,
recordé, triste, llorando
con gran pena que sentía

.....

Mi pasión era tan fuerte
que de mí yo no sabía,

comigo estaba la muerte
por tener me compañía

.....

Juan del Enzina había ensayado un tipo nuevo de «romance» —en que los versos pares son todos monorrimos (en *-ía*) y cuyos versos impares consueñan entre sí de dos en dos—, que imitaba aspectos varios de la técnica del romancero viejo para analizar «narrativamente» (con simulación de una cadena de sucesos) lo que no era sino un estado afectivo del yo. Por otra parte, un poeta desconocido, quizá Antonio de Ribera (a quien se debe la versión musical) había dotado de un desenlace diferente al romance trovadoresco anónimo «Por unos puertos arriba», utilizando un motivo, cuyo origen desconocemos, que puede sintetizarse en la pregunta:

—Digas me tú, el ermitaño,
que hazes la santa vida,
el que por amores muere
si tiene el alma perdida
o por las penas que pasa
si tiene gloria conplida.

La tradición oral soldó los dos temas trovadorescos y acertó a crear un romance novelesco de extraordinaria belleza, que inspiró a Ramón Menéndez Pidal uno de sus mejores «hallazgos» de la *Flor nueva de romances viejos*. La versión catalana que damos a conocer (procedente del «Archivo Menéndez

Pidal») fue recogida en Prats de Rei (Barcelona) y transcrita por mosén J. Sala en 1927-28 para el «Cançoner Popular de Catalunya». A diferencia de las restantes versiones modernas de Cataluña y de Zamora de *El enamorado y la muerte*, en esta versión de Prats de Rei los motivos de la visita de la Muerte, la angustiada *quête* en medio de la noche y la insensibilidad de la amada —heredados de «Yo me estava reposando»— no se complementan con la pregunta al ermitaño, final tradicional que don Ramón tampoco acogió en su versión facticia y que ejemplifico con una versión sin lugar recogida por M. Aguiló:

—Dóna'm una hora de temps per pujar en esta ermita, que n'hi hay un pare ermità que fa de molt santa vida.
 —Déu vos guard, pare ermità, vós que feu tan santa vida, cavaller que d'amors mor, en té la glòria perdida?
 —No, per cert, lo cavaller, que en té la glòria complida
 El mal que tu passes ara jo l'he passat algún dia.

La versión de Prats del Rei dice así:

A - ques - ta nit so - mi - a - va —
 so - mi - a - vai no dor - mi - a — so - mi - a - va de l'a -
 mor, — queen nos bra - ços la te - ni - a. —

Aquesta nit somiava, somiava i no dormia;
somiava de l'amor, que en mos braços la tenia.
—Per on has entrat, amor; com has entrat, amor mia?
—No só la teva amor, no só la mort que Déu t'envia.
Ai, mort, no em sies ingrata, don-me un dia més de vida
per confessâ i combregar, anâ a veure l'amor mia.
—No puede ser, caballero, només que una hora complida.
Caballero, adelante, en el momento, vestido.—
Va por las calles llorando, allà on ella vivia.
Al moment truca a la porta: Baixa a obrir, estimada mia.
—No puede ser, caballero, que mon pare em renyaria:
mon pare que està en palacio, ma mare que no ho voldria.
—Vamos, vamos, caballero, que l'hora ja està complida.—

La cantó el solista Ignacio Cavero.

* * *

La siguiente pareja de romances interpretada («Por mayo era por mayo», *CMP, núm. 85 y *Vitor vitanda) está también constituida por un poema antiguo y una versión tradicional moderna del mismo tema. Pero en este caso, el poema cancioneril no es el prototipo. Nos lo evidencia la existencia, en las colecciones manuscritas e impresas de los siglos xv y xvi, de, a lo menos, cinco versiones distintas del romance *El prisionero* y la imposibilidad de establecer un esquema genealógico que explique sus relaciones textuales como refundiciones literarias sucesivas. Las cinco versiones viejas reflejan —con mayor o menor exactitud, según los casos— versiones

orales diversas, que en la tradición antigua competirían, con otras muchas hoy desconocidas, por ganarse la adhesión de las gentes. La versión oral moderna interpretada es representativa de la tradición zamorana, pues aunque ha llegado a nosotros a través de la voz de una ilustre novelista, Eulalia Galvarriato, mujer de Dámaso Alonso, procede, en anterior instancia, de una portadora de folklore de Puebla de Sanabria. Su texto nos era ya conocido, pues Eulalia se lo comunicó, en su día, a Eugenio Asensio, quien lo publicó en *Poética y realidad en el cancionero peninsular de la Edad Media* (Madrid, Gredos, 1957; 2.^a ed. 1970, pág. 260). Damos aquí la transcripción de la melodía hecha por Emilio Núñez sobre una versión fragmentaria cantada, hace bastantes años, por Eulalia Galvarriato para Gonzalo Menéndez-Pidal. La música transcrita corresponde a las estrofas segunda en adelante. En la primera estrofa el segundo compás varía, estando compuesto por tres negras en Mi. Actualmente se halla en publicación otra transcripción, debida a Israel J. Katz, basada en una recitación de Eulalia diferente (del 30-III-1976, esta vez para Ana Valenciano y Jesús Antonio Cid); forma parte del ensayo de Sandra Robertson, «The Limits of Narrative Structure: One Aspect in the Study of *El Prisionero*» (*El romancero tradicional hoy. I: Poética*, en prensa por la CSMP). Esa transcripción utiliza otra tonalidad (Fa mayor, en vez de Mi mayor). El texto de esta versión sanabresa

(no sé si también la música) ha retenido una propiedad esencial de la poesía oral, la «apertura». Las varias recitaciones de Eulalia muestran cómo el modelo memorizado se exterioriza con variaciones, adaptándose insensiblemente al medio cultural en que se realiza su reproducción, de forma en todo similar a lo que ocurre cuando la transmisión tiene lugar en medios campesinos (con la sola diferencia de que las variantes preferidas reflejan el distinto ambiente que preside el proceso de transformación). El texto que aquí publicamos es transcripción fiel de la versión cantada por Eulalia Galvarriato en enero de 1979. Después de cada hemistiquio impar se canta el estribillo *Vitor vitanda* y detrás de cada hemistiquio par *Vitanda vitor*, según el siguiente modelo:

Por mayo era, por mayo
vitor vitanda
 mes de la rica calor
vitanda vitor

Allegro

Por Ma-yo e - ra por Ma-yo-Vi - tor, vi -
 tan - da — Mes de la ri - ca ca - lor, Vi -
 tan - da, Vi - tor — Cuan - do los e - na - mo -

ra-dos, Vi - tor, vi - tan - da i - ban a - ver
a sua - mor, Vi - tan - da, Vi - tor. —

- Por mayo era, por mayo, mes de la rica calor,
 2 cuando los enamorados iban a ver a su amor,
 y yo, la triste de mí, que yago en esta prisión
 4 sin saber cuando amanece ni cuando se pone el sol,
 si no es una avecica que me cantaban l'albor.
 6 Una es la golondrina, otra era el reiseñor,
 otra era la calandria, la que lo hacía mejor.
 8 Ella no se posa en prado ni en árbol que tenga flor;
 posárase en las aradas y en la sombra de un terrón.
 10 Y estando un día reclamando un pastor me la mató.
 Si lo hizo por la pluma, de oro se la daba yo;
 12 si lo hizo por la carne, no pesaba un cuarterón,
 si lo hizo de venganza, no alcance perdón de Dios.

La cantó la solista Belén Bengoa.

En la recitación publicada por Asensio: 2a «cuando las damas del mundo» (cfr. «cuando las damas bonitas» Villarino de Manzanas, *Zamora*); 3b «metida en esta prisión» (cfr. «metida en esta prisión» Trefacio y Villarino, *Zamora*); 5a «si no son tres pajarcitos» (cfr. «si no son tres pajarcitos» Doney, *Zamora*, «si no son los tres pajarcitos» Ferrera de Arriba, *Zamora*, «sólo los tres pajarcitos» Otero de Bodas, *Zamora*); 8b «ni árboles que echaran flor» (cfr. «ni árboles que tengan flor», Doney, *Zamora*). La ver-

sión de 1976 es análoga a la de 1979 (salvo que faltaban en ella 6a-7b y se invertían 11 y 12).

* * *

El romance «Tiempo es el escudero» (*CMP, número 146), con música de Gabriel [Mena], carece en esta versión musical de texto. Sólo constan en el *Cancionero* los versos

Tiempo es, ell escudero, tiempo es de adar d'aquí
qu'el secreto se descubre, ya no lo puedo encobrir.

La tradición judeo-española lo conservó completo en Sarajevo (*Yugoslavia*) hasta el siglo xx. La versión interpretada en este concierto, procedente del «Archivo Menéndez Pidal», fue recogida y transcrita por Manuel Manrique de Lara en 1911. Es la núm. *R2.3 de S. G. Armistead, *El romancero judeo-español en el Archivo Menéndez Pidal. Catálogo-índice de romances y canciones* (Madrid, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, 1978). El texto es el de la versión núm. R2.2, del Dr. Mauricio Levi, también recogida por Manrique de Lara en 1911:

Poco andante, quasi ad libitum

Ho-ra es — el ca — ba — lle — ro, — ho-ra
es — dean-dar — de-a — qui — que-me- cre — ció — la-ba-



—Hora es, el caballero, hora es de andar de aquí,
que me creció la barriga, me se acorta el bel vestir.
Vergüenza he de mis doncellas, las que me suelen aservir;
vergüenza de padre y madre, los que se miraban en mí.
—Parildo, la infanta, parildo, que así mi madre me parió
Hijo so de una lavandera que lava paños cuadril; [a mí.
hijo so de un cava-tierras que acaba en el vivir.
Ni casa, ni camas tengo onde vengas a parir,
parildo, infanta, parildo, que así mi madre me parió a mí.
—Antes arreviente, mientras no se diga tal por mí.
Julián, falso y malvasón que entrastes en mi jardín.
Cogites la flor y el fruto, me dexates sola aquí.
Cogites a grano a grano, me engañates a mí.

Fue cantado por el solista Miguel Gutiérrez del Arroyo.

La picante historia se cantaba casi igual en el siglo XVI. Gracias a su popularidad entre los poetas glosadores de romances viejos conocemos seis versiones distintas de esa época. Citaré la contenida en un pliego suelto del que conocemos tres tiradas distintas:

Tiempo es el cavallero tiempo es de ir de aquí
que me cresce la barriga y se me acorta el vestir,
que no puedo estar en pie ni al emperador servir;
vergüença he del rey mi padre de lo que dira de mí

vergüença he de mis donzellas las que me dan el bestir.
—Parildo vos, mi señora, que assí hizo mi madre a mi.
Hijo soy de un labrador que a cabar gana el bivir.
—¡Maldita sea la donzella que se enamoró de ti!
jantes rebentasses, vientre, que de tal hombre parir!
—No vos maldigays, señora, no vos maldigays assí;
hijo soy del rey de Francia de la reyna otro que si
villas y castillos tengo donde os puedan bien servir.

Ya en 1521 Gil Vicente en la *Comedia Rubena* sacó a escena una criada cantando desvergonzadamente en un aparte

Tiempo era, caballero, que se me acorta el vestir

como una alusión, bastante directa, a la situación en que se encontraba su señora. Y tan gustado era el romance, que un tal Francisco de Godoy pudo aprovechar su comienzo

Tiempo es, el cavallero, tiempo es de andar de aquí

para, cantándolo, aconsejar la huida a Diego de Almagro durante la traicionera entrevista que le había dispuesto en Mala Francisco Pizarro (1537).

* * *

Si el romance «Que me cresce la barriga» (como lo denomina otro pliego suelto) gozó de popularidad entre los poetas y poetastros glosadores de romances, nunca por ello llegó a compararse en éxito al tema de *La bella malmaridada* (que en su versión

musical, *CMP, núm. 234, de Gabriel Mena, poeta y músico al servicio del rey Fernando y del almirante don Fadrique Enríquez, servirá de cierre a la primera parte de este concierto). *La bella malmaridada* llegó a ser un verdadero mito, y con razón se quejaría Gregorio Silvestre:

¡O bella malmaridada,
y a que manos has venido!
Mal casada y peor glosada,
de los poetas tratada
peor que de tu marido

.....

pues son infinitas, y de gusto y valor variadísimo, las glosas que se hicieron del refrán de canción, tanto en la forma que aparece en el *Cancionero musical de Palacio*:

La bella malmaridada
de las (mas) lindas que yo vi
miémbresete cuán amada,
señora, fuiste de mí,

como en la que constituye el núcleo del romance de *La bella*:

La bella malmaridada,
de las lindas que yo vi,
véote triste, enojada,
la verdad dila tú a mí.
Si has de tomar amores,
vida, no dexes a mí.

Como curiosidad y por lo que pueda tener de apropiada al presente, recordaré sólo la glosa hecha por J. de Cobos «en la oposición que hicieron a la cátedra de Biblia F. Luis de León y Fr. D[omingo] de Guzmán» (el 5 de diciembre de 1579), en que los estudiantes votaron 281 contra 245 a favor de Fray Luis:

Luís y Mingo pretenden
casarse con Ana vella,
cada cual pretende avella;
mas, según todos entienden,
muere mas Luís por ella,
a Mingo ayuda ynterés.
La vella diçe: Cuytada,
si soy con Mingo casada,
anme de llamar después
la vella mal maridada.

Y si por hermoso ser
presume Mingo que Dios
a de haçerme su muger,
en cualquiera de los dos
ay bien poco qu'escoger.
Mingo, guarda tu ynterés,
que a Luís e dado el sí;
no es su cara de rubí,
tampoco la tuya es
de las mas lindas que vi.

Solo Luís no me ofende,
él solo sabe agradarme
pues de Myngo me defiende,
los pensamientos me entiende,
sabe mejor requebrarme.



No daré un marabedí,
Mingo, por vuestros primores;
los de Luís son mejores;
no os enamoréis de my,
si avéis de tomar amores.

Si de Mingo no pariere
haramе dichosa Dios.
Quieraos, Mingo, quien quisiere,
porque yo, mientras viviere,
seré steril para vos.
Con Luís quiero casarme;
Luís, dadme luego el sy;
sólo vos podéis honrrarme
por eso, si quieren darme
vida, no dexéis a my.

(Biblioteca Real, *Poesías Varias* 2-F-3, manuscrito de
hacia 1585, fol. 134 a.)

* * *

La segunda parte del concierto tiene aún su punto de arranque en el *Cancionero musical de Palacio*, con dos composiciones líricas muy representativas de la tradición medieval a que los músicos, damas y galanes de las últimas cortes trastámaras supieron dar nueva vida.

Paseisme aor'allá, serrana
que no muera yo en esta montaña

(*CMP, núm. 244), con música de Escobar, constituye un eslabón de la cadena tradicional de las «serranillas» hispánicas en que el caminante perdido en

la montaña reclama la ayuda de una serrana porteadora. El tema fue perseguido con especial atención por Menéndez Pidal en su pionero estudio sobre la lírica tradicional leído en el Ateneo de Madrid, que Dámaso Alonso evocó en días pasados. También especialmente grata a los oídos de Menéndez Pidal sonaría el famoso zéjel

Tres moricas m'enamoran
en Jaen
Axa i Fatima y Meriën.

(**CMP*, núm. 24) con sus graciosos trísticos glosadores de disposición paralelística. No sólo la forma zejelesca, sino el propio tema hunden sus raíces en la cultura musulmana. Según señaló Menéndez Pidal en *Poesía árabe y poesía europea* las tres moricas andaluzas son herederas de las «Tres muchachas» que dominaban en el siglo IX a Harún ar-Rašid, según el poema popularizado por la gran cantora Oraib.

Las restantes muestras del *villancico* ya no proceden del *Cancionero musical de Palacio*. Tras *«Con qué la lavaré», tema tradicional desarrollado polifónicamente por Juan Vázquez, los villancicos elegidos del *Cancionero musical de la Colombina* (*«Juicio fuerte será dado», por Triana) y del *Cancionero musical de Upsala* (*«No la debemos dormir», *«Riu, riu, chiu» y *«Dadme albricias, hijos de Eva», anónimos) se centran en la temática reli-

giosa, con un movimiento hacia formas, en letra y música, más distantes de lo «popular», que culmina con la soberbia lección moralizante de *«Corten espadas afiladas» única muestra en el concierto del *Cancionero musical de Medinaceli* y remate del programa:

Corten espadas afiladas

lenguas malas

Mañana de San Francisco

levantado me an un dicho

Corten espadas afiladas

lenguas malas

Liberame, Domine

a labiis yniquis et a lingue dolose

lenguas malas

Levantado me an un dicho

que dormi con la niña virgo

Lenguas malas

Beatus vir qui timet Dominum

yn mandatis ejus volet nimis

Lenguas malas

Corten espadas afiladas

lenguas malas.

Segundo concierto

(29 DE NOVIEMBRE)

AGRUPACIÓN VOCAL E INSTRUMENTAL «ORFEO»

Esta agrupación se constituyó a finales del año 1977 mediante la unión de un coro de cámara y un conjunto instrumental.

A sus componentes, estudiantes y profesionales de actividades diversas, les une el interés por la música. Tanto las voces como los instrumentos tenían, antes de formarse la agrupación, su pequeña historia musical: Las voces proceden, muchas de ellas, de la Escuela Superior de Canto y de corales como la de Santo Tomás de Aquino o el Orfeón de Castilla. Los instrumentistas proceden del Conservatorio y, habiéndose especializado por su cuenta en instrumentos antiguos, llevan ya cerca de diez años tocando juntos.

La agrupación Orfeo centra su actividad en el estudio y difusión de una música aún poco conocida

en España: la música de la Edad Media, del Renacimiento y del primer Barroco. Esta música, rica y apasionante, muchas veces inédita, arranca de la monodia y llega hasta los madrigales italianos, pasando por la polifonía de los Cancioneros españoles y la música de danza europea.

Para reconstruir el sonido de toda esta época, la agrupación Orfeo cuenta con instrumentos copia de los utilizados entonces: fídula, viola de gamba, vihuela, regal, flautas de pico, chalumeaux, orlos, etc.

GRUPO INSTRUMENTAL

Mario González Etcheverry (violín); Javier Estrada (viola y fídula); Luis Gutiérrez del Arroyo (cello); Juan Carlos Mulder (vihuela); Carmina Gobernado (órgano); Luisa González Sotos (flautas alto y tenor); Fernando Gutiérrez del Arroyo (flautas y cromornos); Anna Steele (chalumeaux y flauta tenor); Julio Suárez Llanos (flautas alto y bajo).

GRUPO VOCAL

Sopranos: Rosa Rodríguez Santos, María José Campillo García, María Alonso García, Alicia Garayzabal Enjuto.

Contraltos: Mercedes López F. Sanz, Isabel Zamorano Ballesteros, Carmen González Sotos, Fran-

cisca Rodríguez Santos, María del Mar López F. Sanz.

Tenores: *Manuel Estrada Ramiro, Braulio Tamayo López.*

Barítono: *Antonio González Camacho.*

Bajos: *Alberto Urrutia Valenzuela, Bernardo López Melero, Emilio Gómez Barrios.*

*Para su concierto, la agrupación «Orfeo» tomó como base el Cancionero musical de Palacio, en cuya edición, por Mn. Anglés y Romeu Figueras, podrá el lector hallar las músicas, los textos y un conjunto de anotaciones de gran valor sobre cada uno de los poemas interpretados. Para completar su repertorio, «Orfeo» echó mano del Cancionero musical de Medinaceli, también al alcance de los lectores en una buena edición. En vista de ello, en esta crónica del acontecimiento nos limitaremos a recordar la temática del concierto-homenaje a Menéndez Pidal aludiendo a los poemas interpretados (que señalaremos con un *) a través del comentario de Diego Catalán.*

Al margen de un concierto de música de los siglos xv-xvi: 2

DIEGO CATALAN

El concierto de la agrupación vocal e instrumental «Orfeo» que van a oír hoy, ha sido estructurado a la inversa del que, días atrás, ofreció la coral «Juan del Encina». Partiendo de los temas más serios, al menos en apariencia, desembocará en lo villanesco, lo jocosos y hasta lo «tabernario». En vez de dispersarnos con la lección moral del

Beatus vir qui timet Dominum
yn mandatis ejus volet nimis
Lenguas malas.
Corten espadas afiladas
lenguas malas.

lo haremos, esta vez, con la incitación carnavalesca (con música de Juan del Encina, *CMP, núm. 175):

Oy comamos y bebamos
y cantemos y holguemos
que mañana ayunaremos.

Por onrra de sant Antruejo
paremonos oy bien anchos,
embutamos estos panchos
rrecalquemos el pellejo,
que costumbr'es de congejo
que todos oy nos hartemos
que mañana ayunaremos.

Pero antes de oír el gracioso desarrollo zejelesco de la extraña «cabeza»

Calabaça.

No sé, buen amor, qué te faça

de autor desconocido (*CMP, núm. 251), o el irónico comentario musical de Juan del Enzina (*CMP, núm. 312) a

—Antonilla es desposada;

hágotelo, Juan, saber.

—¡Jur'a Diez!, no puede ser.

vamos a escuchar algunos poemas pertenecientes a dos grandes ciclos temáticos especialmente gustados en los medios cortesanos de tiempo de los Reyes Católicos: los poemas «a noticia», alusivos a sucesos contemporáneos con trascendencia política, y los poemas caballerescos de ambientación carolingia.

El romancero y también la lírica «popularizante» fueron insistentemente utilizados a fines del siglo xv para hacer propaganda política. El acudir al canto y a la música como armas suplementarias de una

causa no era un hecho nuevo. Aparte del precedente representado, en tiempos lejanos, por la epopeya, el romancero «noticiero» estaba ya firmemente arraigado como género al menos desde 1328, en que hubo de componerse el romance que celebra el triunfo de la rebelión del prior de San Juan contra los favoritos del aún adolescente Alfonso XI:

Buen prior Hernan Rodríguez con el rey rebuelto os hane
Pero López de Padilla esse que mal siglo alcance

y había servido, tanto a los «emperegilados», partidarios de Pedro I, como a los trastamaristas, en su larga contienda civil, desde que en 1357 don Juan de la Cerda, señor de Huelva y Gibraleón, caía preso de las milicias realistas sevillanas —los jaboneros— y sus enemigos le hacen quejarse en un romance del ex-alcaide mayor de Sevilla Gómez Arias d'Area

Mi compadre Gómez Arias qué mal consejo me dio
.....
nunca viera xaboneros tan bien vender su xabón

hasta que los enriqueños celebran el fracaso del asalto a Baeza por el rey don Pedro y el ejército moro granadino que entonces le apoyaba (1368), designando al rey legítimo con el insultante apelativo de «Pero Gil» por suponerlo hijo adulterino de la reina:

Cercada tiene a Baeça esse arraez Audalla Amir
con ochenta mil peones, cavalleros cinco mil,

con el va esse traidor el traydor de Pero Gil
.....

Aunque menos atendida por la crítica, la utilización de la lírica con propósitos de propaganda nos consta desde tiempos aún más lejanos. Don Juan Manuel recuerda un canto acusatorio contra Jaime I de Aragón

Rey vello que Deos confonda
tres son estas cona de Malhonda

en que los amigos y vasallos del infante don Enrique de Castilla denuncian la duplicidad del viejo rey aragonés, cuando, pese a lo pactado con el infante en las vistas de Maluenda, no sólo actúa muy flojamente en apoyo de don Enrique al tiempo que el infante hace la guerra en Andalucía (1255), sino que, una vez fracasada la rebelión y exiliado don Enrique, cancela su compromiso de darle por esposa a la infanta doña Costanza y casa a su hija, como prenda de paz, con otro de los hermanos de Alfonso X, el infante don Manuel, premiándole por haber servido fielmente al rey castellano contra el propio rey aragonés durante la guerra (1256).

Más adelante, durante la minoría de Juan II, la orquestación de una poesía «popularizante», viajera en alas del canto, en respaldo de la guerra fronteriza (1406-1410) que el tutor don Fernando, el infante «de Antequera», ha organizado para captarse

la adhesión de la nobleza, es un hecho evidente. El «romancero fronterizo», iniciado con el romance del *Asalto a Baeza* (1407):

—Moricos, los mis moricos, los que ganays mi soldada
derribédesme a Baeça essa villa torreada

.....

culmina por entonces, con los romances en que, adoptando también el punto de vista del enemigo, se comenta el cerco y conquista de Alcalá por el infante (1410). Pero no falta, en el tema fronterizo, el recurso a la lírica. Antes que el romancero se apodere del tema de la «morica» cautivada en Antequera, que el rey moro valora más que la plaza perdida (tema transferido posteriormente al ciclo del rey Chico de Granada), la lírica había cantado a la «morica garrida» de Antequera que, malcasada, acepta los requiebros de un cristiano de la hueste sitiadora:

Yo le dixé: Alay xulay
Respondiome: Alá çalema

en un poemita que glosa un estribillo tan claramente propagandístico de la guerra como

Si ganada es Antequera
¡óxala Granada fuera!

El valor de propaganda que venimos atribuyendo a todas estas composiciones es mera hipótesis;

pero la hipótesis halla confirmación en una época posterior, cuando la crónica dedicada al condestable Miguel Lucas de Iranzo constata que, habiendo hecho Iranzo una acción hazañosa en la frontera, «el rey, porque mayor memoria quedase, mandó fazer un romance, el cual a los cantores de su capilla mandó asonar» (1462).

La secular tradición de acudir a la poesía cantable como propaganda no fue despreciada por los Reyes Católicos, tan preocupados siempre —quizá a causa de la inicial ilegitimidad de su reinado— por movilizar a la opinión en favor de sus proyectos políticos. El *Cancionero musical de Palacio* incluye —y la Agrupación «Orfeo» nos permite volver a oír— romances «fronterizos» como

Sobre Baça estava el rey, lunes, despues de yantar,
mirava las ricas tiendas qu'estavan en su rreal,
mirava las huertas grandes y mirava el arraval,
mirava el adarve fuerte que tenia la çiudad
.....

(*CMP, núm. 135), donde un moro advierte al rey Fernando que los defensores de Baza cuentan con siete caudillos «tan buenos como Rroldán» (1489), y villancicos referentes a otra «frontera», la del Rosellón (1503), como el de Tordesillas (*CMP, núm. 424):

*Françeses: por qué rrazón
fuiestes de Ruysellón?*

Françeses de la granxera
dezíme de qué manera
huístes de la frontera
con miedo del gran león.

Los françeses de París
devotos de san Donís
dexaron la flor de lis
metida en un botijón

o a la, más lejana, guerra de Italia (1504) como el
de Almorox (*CMP, núm. 423):

*Gaeta nos es subjeta
y, si quiere el Capitán,
también lo será Millán*

Pues es ganada Gaeta
por el gran duque Gonçalo,
la Françia dio tal resbalo
que se le quebró la teta.
No beberán con galleta,
de Nápoles botarán
a Françia a beber de ahután
.....

cuyo tono burlesco encuentra en el *Cancionero* sus
complementos en composiciones de tema italiano
puramente «chauvinistas», como la de *CMP, nú-
mero 421:

*Fata la parte
tutt'ogni cal,
qu'es morta la muller
de miçer Cotal.*

Porque l'ay trobato
con un español
en su casa solo,
luego l'ay maçato.
Luy se l'à escapato
por forsa y por arte

.....

Aunque suele pasarse el hecho por alto, el tema «fronterizo» antifrancés no es ajeno al propio romancero. El *Libro de Música* de Miguel de Fuenllana (1554), y otros más, recogen el romance que comienza:

¡A las armas, moriscote, si las has en voluntad,
los franceses son entrados los que en romería van,
entran por Fuenterrabía salen por Sant Sebastián!

en que se poetiza un problema de fronteras ocurrido en 1496 (del que nos da cuenta el continuador anónimo de la *Crónica de Bernáldez*): la entrada pacífica de multitud de peregrinos franceses de los que se sospecha, como dice el romance, que

No van a pie los romeros, que en buenos caballos van,
los vestidos que llevaban arneses son de justar,
los sombreros que traían relumbran como cristal,
las calabazas del vino llenas de pólvora van.

El romancero «a noticia» de tiempo de los Reyes Católicos no se limitó, como tampoco el de tiempos anteriores, a memorar eventos militares. En el ám-

bito de sus intereses caen sucesos como *La expulsión de los judíos de Portugal* (1497), o el escándalo cortesano (1481) del apaleamiento de Ramiro de Guzmán por don Enrique Enríquez en venganza de haberle recordado su sangre judaica con ocasión de un altercado por rivalidades amorosas:

Cavalleros de Castilla no me lo tengáis a mal
porque hize dar de palos a Ramiro de Guzmán
porque me llamó judío delante del Cardenal.

Y, desde luego, no olvida sucesos como la *Muerte del Príncipe de Portugal* (1491) o la *Muerte del Príncipe don Juan* (1497). Esta vena elegíaca del romancero le hace interesarse incluso por la *Muerte de don Manrique de Lara* (1493) el joven hijo del Duque de Nájera:

A veynte y siete de março, la media noche sería,
que Barcelona la grande muy grandes llantos hazía,
los gritos llegan al cielo, la gente se amortecía
.....

que oiremos hoy en la *versión conservada por el *Cancionero musical de Medinaceli*.

El romancero de tema carolingio gozó de especial aprecio entre los profesionales tardíos de la poesía oral: cuando ya la épica era un género muerto, la juglaría castellana echó mano de las narraciones de tema francés para componer pequeños poemas o largos romances narrativos en estilo muy formulai-

co. Los pliegos sueltos cancioneros y romanceros de principios del siglo XVI les concedieron la primacía, destacándolos por delante de los romances viejos de estilo tradicional. Pero antes, a fines del siglo XV, los ambientes cortesanos prefirieron extraer de esos largos relatos juglarescos las escenas y parlamentos más llamativos y darles autonomía.

Así, frente a la versión de la *Pérdida de don Beltrán* (originalmente, *Pérdida de don Rinalte*) en que el romance comienza cuando el padre del héroe, enterado de la pérdida de su hijo, regresa a buscarlo solo: «En los campos de Alventosa / mataron a don Beltrán // nunca lo echaron menos / hasta los pueritos pasar...» prefirieron describir, desde un principio, al pobre viejo cuando ya estaba cansado de revolver los muertos en el campo de batalla:

—Los brazos traigo cansados de los muertos rodear,
falló todos los franceses, no falló a don Rreynalte.

(según oiremos cantar con música anónima del *CMP, núm. 446). Frente a la narración completa de *Gaiferos rescata a Melisenda* (de 306 dieciseisílabos), que comienza presentando a Gaiferos jugando a las tablas sin acordarse de que su esposa está cautiva, optaron por conceder autonomía a la escena en que Melisenda, desde las ventanas del palacio moro, ruega a su esposo, sin conocerle:

—Cavallero, si a Francia ides, por Gayferos preguntad...

(que oiremos en *versión musical anónima del *Cancionero de Medinaceli* seguida de «Mas vale trucar» de Juan del Enzina, *CMP, núm. 298). En fin, frente al no menos largo romance del *Conde Claros* («Media noche era por filo / los gallos quieren cantar») dieron preferencia a la escena en que el tío comunica al conde su sentencia:

—Pésame de vos, el conde, porque vos mandan matar,
pues el yerro que bos hezistes no fue mucho de culpar,
que los yerros por amores dinos son de perdonar
..... etc.

y en que el conde, rechazando las admoniciones de su tío («Mas os valiera, sobrino, / de las damas no curar») profiere la lapidaria respuesta:

—Mas quiero morir por ellas que bevir sin las mirar;

y, junto a esa escena, el villancico de Lope de Sosa, que completa, como deshecha, el comentario del pajecito («Mas envidia de vos, conde, que manzilla ni pesar»), exclamando:

—*¡Alça la boz, pregonero!*
porque a quien su muerte duele
con la causa se consuele

(que con música de Juan del Enzina y anónima, respectivamente, *CMP núms. 131 y 352, oiremos también aquí).

La popularidad de estos héroes caballerescos del romancero carolingio, entre los cortesanos de los Reyes Católicos que comulgaban con el ideario expuesto por Juan del Enzina en la canción (*CMP, núm. 438)

Todos los bienes del mundo
pasan presto y su memoria
salvo la fama y la gloria,

no nos puede extrañar; pero sí sorprende el que la tradición oral haya conservado estos tres romances hasta hoy, acertando a sintetizar las versiones extensas sin perder motivo esencial alguno. También es curiosa la preferencia sefardí, en el caso de *Gai-feros rescata a Melisenda*, por la escena autónoma del encuentro de los esposos (preferencia similar a la de los cancioneros musicales), mientras la tradición cristiana —portuguesa, castellana y catalana— conservó el romance completo.

Claro está que el noticierismo y el caballeresco mundo de los héroes épico-novelescos de la dulce Francia no agotan, ni poco ni mucho, la temática cancioneril de la época de los Reyes Católicos. Sin salirse de la poesía que busca inspiración en temas tradicionales, de ascendencia medieval, y utiliza un lenguaje con connotaciones populares o popularizantes, caben mensajes tan diversos como los que suponen estas tres pequeñas joyas del repertorio de «Orfeo»: el anónimo (*CMP, núm. 269)

*¡Ay que non era!
¡Mas ay, que non ay
que de mi pena se duela!*

Madre, la mi madre,
el mi lindo amigo
moricos de allende
lo llevan cautivo,
cadenas de oro,
candado morisco;

la glosa, con música de Escobar (*CMP, núm. 337) a

Pásame, por Dios, varquero,
d'aquesa parte del rrío,
duélete del dolor mío,

y la joya de las creaciones pastoriles de Juan del
Enzina (*CMP, núm. 293), que Jimena Menéndez-
Pidal recordaba, en estos días, haber sido sacada del
olvido por los primeros «residentes»:

*Ai triste que vengo
vençido de amor,
maguera pastor.*



ASPECTOS GRÁFICOS DEL HOMENAJE

Exposición

ELVIRA ONTAÑÓN

Dentro del conjunto de actividades organizadas en memoria de D. Ramón Menéndez Pidal, figuró una *Exposición* presentada en el Instituto Internacional de Boston.

En ella se trató de que tuvieran expresión plástica, algunos de los aspectos más significativos de su vida y de su trabajo.

Una serie de fotografías, obras manuscritas y publicaciones, colocadas cronológicamente, nos llevaban a conocer sus años mozos en Pajares de Asturias, sus azares de bachiller, sus concienzudos apuntes de estudiante universitario (completados ya por estudios personales sobre Crónicas)... y su encuentro con María, su «vita nuova», quien sabría alentar toda su vida como compañera y colaboradora.

Desde entonces fue atraído por el ambiente a que ella pertenecía (Asociación para la Enseñanza de la Mujer, Institución, naturaleza), mucho más acorde

con las aficiones de don Ramón que la esfera política pidalina. Las fotografías tendrán siempre como fondo el Pardo, el Guadarrama: «allí hay barrancos hondos de pinos verdes, donde el viento canta»... Aquel viaje de novios, recorriendo el itinerario del Cid, el Duero, donde María descubre el triste romance de la dolencia del príncipe D. Juan. Y otros viajes, también a pie o en mulo, por aldeas y caseríos para determinar los límites lingüísticos del asturleonés, en el que son también institucionistas quienes le comprenden y ayudan a su paso por Villablino en tierras leonesas. Y siempre esta unión con el paisaje hasta sus últimos años entre sus pinos de San Rafael, con nietos y biznietos.

Desde allí recorriendo otras andanzas, las del Arcipreste de Hita, junto a las ruinas que él identificó como Venta del Cornejo, y en el Puerto de Tablada promoviendo la elevación de un monumento rupestre a Juan Ruíz, donde el Coro de Misiones Pedagógicas cantaría la serranilla del encuentro con Aldara. Desde allí a cumbres más altas, las de Gredos, recogiendo romances entre los pastores, con su aún joven discípulo Claudio Sánchez Albornoz.

Datos gráficos ilustran cómo Fortuna, unas veces amable y otras adversa, le llevaría a campos bien distintos que el amor a la Naturaleza o la Filología: le vemos por tierras del Perú y el Ecuador, apaciguando discordias de límites (1905), en las trincheras de Verdún (1916) con Pérez de Ayala, en el

exilio conversando con Marañón y Azorín (1939). A través de la prensa y de las firmas de adhesión se recuerda el impacto que tuvo su carta censoria al Dictador (1930).

Pero lo que nos habla de la profundidad de su obra creadora es su mesa de trabajo, su biblioteca, las laboriosas etapas en la redacción de cada original manuscrito. Nada se da por acabado: el libro impreso está lleno de anotaciones para la edición futura. Y su otra media vida de trabajo en el Centro de Estudios Históricos, rodeado de Navarro, Castro, Serís, Solalinde, Amado Alonso, más tarde Dámaso Alonso, Lapesa... Uno de los veinticuatro cajones con millares de fichas para esa Historia de la Lengua que nunca completó y que espera la colaboración de algún joven entusiasta para salir a luz en las series del Seminario Menéndez Pidal (cuyas publicaciones en el campo del Romancero, la Historiografía y la Lingüística, figuraban también en la Exposición).

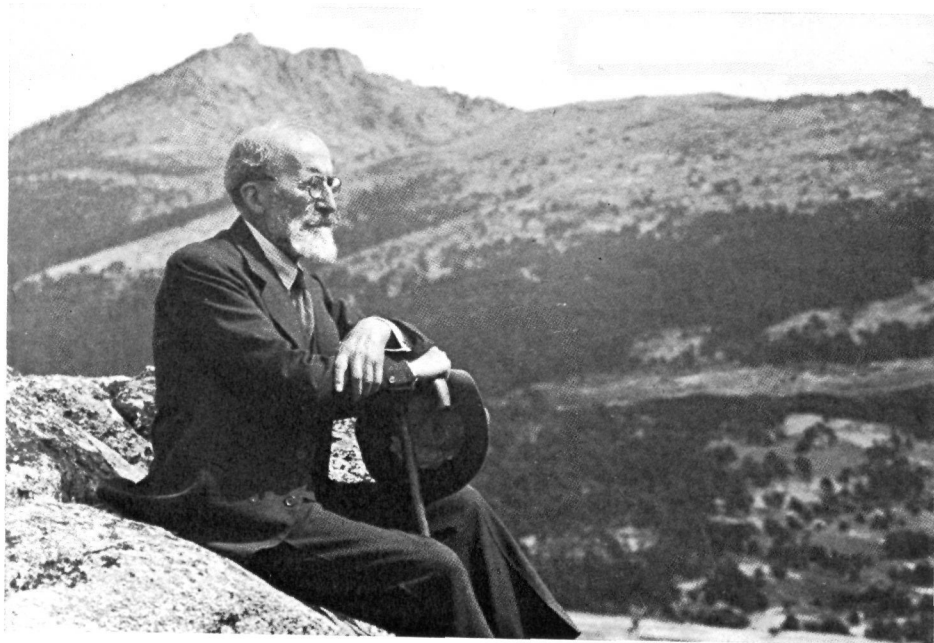
* * *

A la recopilación, orden y presentación del material que componía esta Exposición, contribuyeron los miembros y colaboradores de la Cátedra Seminario Menéndez Pidal de la Universidad Complutense de Madrid: Diego Catalán, Jesús Antonio Cid, Beatriz Mariscal de Reth, Suzy Petersen, Flor Salazar y Ana Valenciano y las bibliotecarias de la Biblioteca Menéndez Pidal: Carmen Alvarado y Consuelo Varela.

Constaba de los siguientes paneles: 1. 1885. 16 años. Bachiller. Vida aldeana en Pajares del Puerto; 2. Universitario en el «desierto intelectual». 1885-1892; 3. En busca de la épica. Hallazgo de María; 4. Montañismo. Naturismo; 5. «Cupiditas aedificandi (a lo Trajano) con pochissimi danari (a lo Maximiliano)»; 6. El matrimonio Menéndez Pidal. Hijos. Nietos. Bisnietos; 7. Investigación deportiva. Tradición épica. Romancero. Dialectología; 8. Investigador de despacho; 9. Tres intervenciones políticas; 10. Menéndez Pidal y las dos Españas.



Los años de juventud en Pajares del Puerto



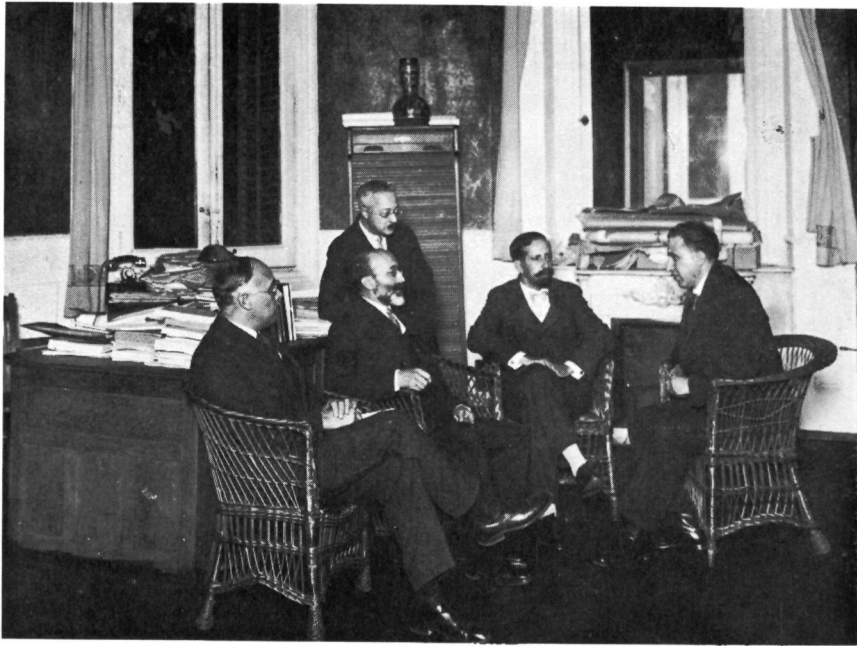
En San Rafael. Julio 1945



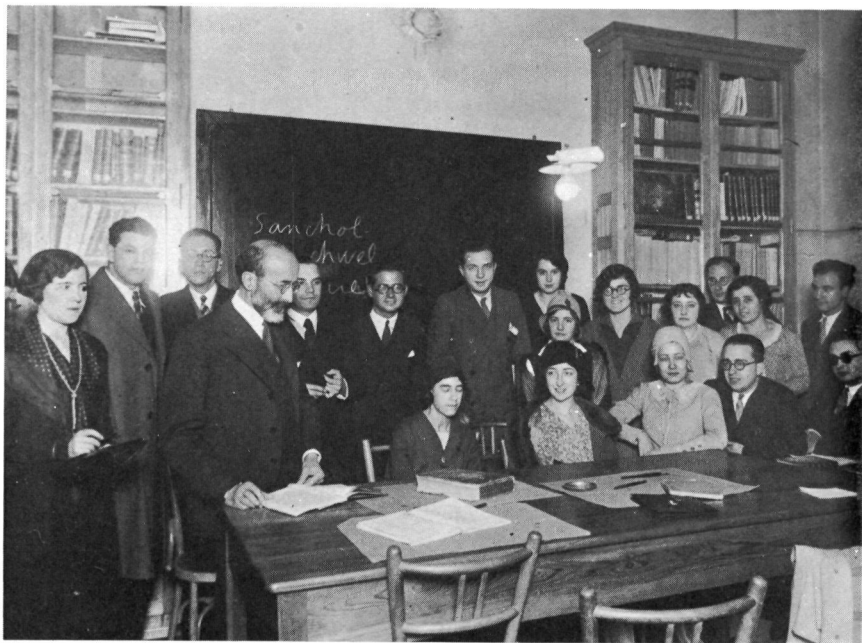
Villablino, 1910. Trazando límites lingüísticos



En la Venta del Cornejo donde estuvo el Arcipreste de Hita



En el Centro de Estudios Históricos de la calle de Almagro
Navarro, Menéndez Pidal, Seris, Castro y Salinas



Curso de Doctorado. Generación de Lapesa



En el exilio, con Azorín y Marañón. París, 1939



En casa de Gómez-Moreno. 1950

Presentación de la película «Hijos de 1868»

GONZALO MENÉNDEZ-PIDAL

A través de Manolo Varela y de Elvira Ontañón me pedisteis que participara en esta conmemoración decenal de la muerte de mi padre. Muchos sabéis de mi alergia a las conferencias, por eso pensé en mostraros estas imágenes que vais a ver, y que creo tienen mucho más de sugestivo y entrañable que las palabras que yo pueda pronunciar.

Esta película se tramó hace diez años y la titulé «Hijos de 1868» porque en ella se evoca la figura de una serie de personas nacidas en el período que va desde la Revolución de septiembre hasta la Restauración Borbónica: Enrique Granados, Ramón María del Valle Inclán, Ramón Menéndez Pidal, Julián Besteiro, Manuel Gómez Moreno, Pío Baroja, Antonio Machado, José Martínez Ruiz, entre otros.

Poco a poco había conseguido por entonces que llegaran a mis manos fragmentos cinematográficos

en que éstos y otros hombres de nuestra próxima y truncada Historia revivían ante mis ojos. Y un día en que la familiar casa chamartiniana estaba ensombrecida por la tremenda situación en que mi padre se debatía, pensé ir encuadrando a esos hombres en la también dramática historia que les tocó vivir, hacerlos latir en su ambiente. Fue una empresa que emprendí y realicé en solitario. Los amigos no sabían bien lo que yo estaba haciendo, pero colaboraban en todo lo que les pedía.

En esta nuestra España tan dada a hablar del pasado y tan poco dada a conservar testimonio de él, era difícil reunir el material que a mi me hubiera gustado compaginar con lo que tenía. Y de eso que tenía, de cada fragmento, podría contaros una anécdota sorprendente en verdad, pues muchas de esas piezas llegaron a mí por caminos bien poco previsibles (amigos ingleses, alemanes, y algún desconocido...). Otras veces, lo que creía alcanzable no había modo de encontrarlo: tal el caso de unos planos rodados por mí mismo con los que creía poder sugerir una faceta de la vida de mi padre, paseando por el Guadarrama en compañía de mi cuñado Miguel Catalán.

Pero en fin, había que conformarse con lo que había: imágenes y sonido. Y nació el documental que vais a ver (y que algunos de vosotros ya conocéis). Cuando lo di por acabado, para mí la sorpresa fue el interés que la película despertó en las generaciones

jóvenes y en públicos fuera de España; eran años negros dentro y fuera del sótano en que había hecho el trabajo de montaje y sonorización, yo creí que su principal atractivo lo tendría sobre gentes de mi edad, algo nostálgicas, pero fue como digo, en los más jóvenes, en quienes despertó más interés y entusiasmo; ellos creían recuperar con esas imágenes algo que se les había escamoteado.

Y para terminar, lo que puedo afirmar es que todo el material es documento: así por ejemplo, los grabados de la Revolución del 68 son ilustraciones de revistas contemporáneas, el acribillamiento del Oquendo en la guerra de Cuba procede de un estudio técnico publicado por los ingleses, la cámara con que se alude al trabajo de catalogación de Gómez Moreno es realmente la que utilizó entonces, etc., etc. De ahí la vida que parece recobrar el entorno histórico en que les tocó vivir a esos «Hijos de 1868».



ÍNDICE GENERAL

	<i>Págs.</i>
Manuel Varela Uña, Manuel Pedregal y Gonzalo Menéndez-Pidal, <i>Palabras de introducción al homenaje.</i>	9
Dámaso Alonso, <i>Pluralidad y unidad temáticas en la obra de Menéndez Pidal</i>	17
Rafael Lapesa, <i>Menéndez Pidal, creador de escuela: El Centro de Estudios Históricos</i>	43
Diego Catalán, <i>El modelo de investigación pidalino cara al mañana</i>	81
* * *	
HOMENAJE MUSICAL. CONCIERTOS EN MEMORIA DE DON RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL	125
Primer concierto. <i>Coral «Juan del Encina»</i>	127
Jimena Menéndez-Pidal, <i>Presentación</i>	129
Diego Catalán, <i>Al margen de un concierto de música de los siglos XV-XVI: 1</i>	135
Segundo concierto. <i>Agrupación vocal e instrumental «Orfeo»</i>	151
Diego Catalán, <i>Al margen de un concierto de música de los siglos XV-XVI: 2</i>	157
ASPECTOS GRÁFICOS DEL HOMENAJE	171
Elvira Ontañón, <i>«Exposición»</i>	173
Gonzalo Menéndez-Pidal, <i>Presentación de la película «Hijos de 1868»</i>	177